ANA TERESA TORRES

Nocturama

01 BIBLIOTECA ANA TERESA TORRES



NOCTURAMA

ANA TERESA TORRES



Primera edición digital: julio de 2016

www.alfadigital.es

Escríbanos a: contacto@editorial-alfa.com
Síganos en twitter: @alfadigital_es

ISBN Digital: 978-84-17014-02-5
ISBN Impreso: 980-354-198-6

Diseño de colección
Ulises Milla Lacurcia

Corrección ortotipográfica
Isabel González

Conversión a formato digital
Sara Núñez Casanova

Retrato de la autora
Guillermo Suárez

Fotografía de portada
iStockphoto.com



ANA TERESA TORRES
(Venezuela, 1945)

Es autora, entre otras, de las novelas *La favorita del Señor, Vagas desapariciones, Los últimos espectadores del acorazado Potemkin, Nocturama* y *Doña Inés contra el olvido*, Premio de Novela de la I Bienal de Literatura Mariano Picón-Salas y Premio Pegasus de Literatura 1998, traducida al inglés y al portugués en varias ediciones. Destacada ensayista, en el año 2009 obtuvo una mención por parte del jurado del Premio de Ensayo Debate-Casa de América por su obra *La herencia de la tribu. Del mito de la Independencia a la Revolución Bolivariana*, a la que le siguieron *El oficio por dentro* y *Diario en ruinas (1998-2017)*. En el campo psicoanalítico destacan sus obras *Elegir la neurosis* e *Historias del continente oscuro. Ensayos sobre la condición femenina*. En 2001 recibió el Premio de la Fundación Anna Seghers de Berlín por su obra general. Es individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua.

Como los animales del Nocturama, entre los que, llamativamente, había habido muchas razas enanas, diminutos fenecs, liebres saltadoras y hámsters, también aquellos viajeros me parecían de algún modo empequeñecidos, ya fuera por la insólita altura del techo de la sala, ya por la oscuridad que se iba haciendo más densa, y supongo que por eso me rozó el pensamiento, en sí absurdo, de que se trataba de los últimos miembros de un pueblo reducido, expulsado de su país o en extinción, y de que aquéllos, por ser los únicos supervivientes, tenían la misma expresión apesadumbrada de los animales del zoo.

Austerlitz
W.G. SEBALD

1

Cuando despertó de golpe con la caída del aspa del ventilador, así había iniciado Aspern su relato, Ulises Zero, sin saber entonces que ése era su nombre, se sentó en la cama y miró desconsolado el aparato roto. Se quedó inmóvil unos minutos con la sola convicción de un dolor de cabeza, luego se levantó y se acercó a la ventana. No pudo abrirla porque los tornillos estaban oxidados, separó las hojas de las persianas y comprobó que estaba anocheciendo. Comenzaban los comercios a iluminarse y al fondo el cielo se enrojecía en un tono que consideró hermoso. Empujó la puerta del baño y se refrescó la cara con el hilo de agua que salía del lavamanos. Se miró en el espejo y se alisó el pelo. Se vio desnudo. Sobre una silla había un maletín del que sacó una camisa y unos pantalones, una chaqueta de lluvia, ropa interior y unos zapatos deportivos. Todo le calzaba a su medida. Del bolsillo del pantalón extrajo una billetera y desplegó el contenido sobre la cama: un carnet de identidad, una tarjeta de crédito, una buena cantidad de dinero en efectivo, una chequera, y la foto de una mujer con un niño. Palpó el interior de la chaqueta y encontró una pistola.

Se acostó y cerró los ojos intentando establecer un orden que no acudía en su ayuda. Activó el pequeño televisor apoyado en un soporte fijado a la pared frente a la cama. Transmitía un solo canal con una sola película que, una vez terminada, volvía a empezar. Intentó inútilmente manipular los controles del aparato para ver otra señal, pero desistió y se quedó dormido.

Por la mañana la pantalla mostraba de nuevo el inicio de la misma cinta. Decidió entonces salir de la habitación y atravesó un corredor cubierto por una alfombra sucia que desprendía olor de cigarrillo. Pulsó el botón del ascensor y esperó varios minutos sin que se presentara. Una pareja cruzó el corredor, y la mujer, obviamente muy bebida, le informó que el ascensor no funcionaba. Los siguió por las escaleras y llegó a la planta baja. Allí constató que estaba en el Hotel Oasis. Antes de salir le preguntó a la recepcionista en qué ciudad se encontraba.

—No tengo tiempo para borrachos —contestó, y desapareció por

una puerta interior.

Traspasó la entrada principal y una vez afuera se detuvo absorto ante el tráfico que circulaba a gran velocidad. Recorrió la acera buscando una señalización, aunque leerla no le sirvió de nada, no reconocía el nombre de la calle.

Paró un taxi y pidió ser llevado a una estación de policía.

—Le robaron el automóvil, ¿verdad?

Optó por contestar que sí.

Cuando el taxi se detuvo frente a la estación de policía, continuó Aspern, había una larga cola de personas que aguardaban la apertura de las oficinas de declaración de siniestros. La gente se quejaba de la desconsideración por la espera y la inutilidad de los trámites, al tiempo que se relataban unos a otros los incidentes de su caso. No le importaba la demora y le pidió al que le seguía en la cola que le mantuviera su puesto mientras compraba el periódico. Compró también un café con leche y un sándwich, de pronto se dio cuenta de que tenía muchas horas sin comer. Leyó el diario sin ningún interés, daba noticias de un lugar que no significaba nada para él, pero al menos sabía el nombre de la ciudad. Nunca había estado en ella, no era sino un punto más en el mapa, sin embargo, era el punto en el que estaba. Había leído todo el periódico, incluidos los avisos clasificados, esperando que al menos una palabra, una cita, una mención, aclarase en algo la neblina de su mente, cuando oyó que alguien lo llamaba, es decir, alguien gritaba "¡Zero!"; comprendió que se refería a él.

Entró en la oficina del detective jefe —así se leía en la placa sobre la mesa— y le dijo:

—Aparecí en el Hotel Oasis y no tengo la menor idea de cómo llegué allí. Es más, tampoco conozco esta ciudad. No sé por qué estoy aquí.

Pensó que el detective se sorprendería de sus palabras pero no ocurrió así.

—Otro caso del papelito envenenado.

Ulises Zero quedó en estado de mayor perplejidad, si es que tal cosa era posible. El detective ahora atendía otros asuntos. Después de varias llamadas, por fin regresó a él.

—El asunto del papelito envenenado se ha puesto de moda. Usted probablemente tuvo contacto con alguien que se le acercó a pedir una dirección con un papel en la mano y lo tropezó. En segundos le inyectan por vía subcutánea un derivado de la escopolamina que atonta a la víctima y entonces aprovechan para administrarle una dosis más fuerte de benzodiacepina por vía oral; es una droga comúnmente usada en anestesiología que con otros compuestos produce efectos secundarios de amnesia temporal. No tema, es

pasajera y sin mayores consecuencias. Mientras tanto le roban sus pertenencias y lo dejan abandonado en cualquier parte. Tuvo suerte, ¿sabe?, fue a parar a un hotel de citas muy respetable. Hay a quien lo tiran en la calle. Muerto.

—Aquí hay algo que no cuadra. A mí no me robaron, o puede ser que sí porque no recuerdo lo que tenía conmigo, pero encontré una tarjeta de crédito, dinero en efectivo, una chequera…

—Todo eso debe ser robado. No lo use.

—Me refiero a que es extraño que el ladrón me haya dejado todo eso.

—Sí, es extraño. No se preocupe, ya le digo que el efecto amnésico es pasajero. Buenos días, señor Zero.

—No estoy seguro de ser el señor Zero —pero ya el detective jefe estaba en otra llamada telefónica.

Cuando volvió al Hotel Oasis, decía Aspern que había relatado Ulises Zero, ya había transcurrido gran parte del día. Ahora la recepción era atendida por un hombre que leía la sección deportiva y vagamente escuchaba la voz del locutor que rendía los asesinatos del fin de semana. Ulises lo sacó de sus entretenimientos solicitando una habitación.

—¿Solo? —preguntó el recepcionista identificado con una etiqueta que decía "Walter".

—Solo —contestó Ulises.

Le extendió la tarjeta de crédito y el recepcionista la pasó por la máquina y le entregó una llave.

—Segunda puerta, primer piso.

—Ésa no es la que quiero. Quiero la 32, tercer piso. Espero que hayan recogido el aspa del ventilador.

—El ascensor no funciona. Le puedo dar otra habitación en el primer piso.

—Quiero la misma —dijo convencidamente.

—No hay ascensor.

—Ya lo sé.

El hombre hizo un gesto banal. Ulises subió lentamente las escaleras observando minuciosamente todos los detalles de los peldaños, el color de la pintura, el tufo que se desprendía de las alfombras sucias de los pasillos, los susurros de algunas habitaciones, el entrechocar de vasos en otras, unas risotadas más allá. Todo estaba igual que la primera vez, todo correspondía exactamente a la fotografía que guardaba en su memoria. Es como si hubiese vivido siempre aquí, como si ésta fuese mi casa de infancia. Abrió la puerta de la habitación 32 y un sentimiento de resguardo lo protegió de la intemperie.

Revisó el interior del maletín con más atención que la noche anterior. En el compartimiento para documentos encontró un recibo en el que se indicaba que era propietario de una suite en las Residencias Urbex y unas llaves. Luego dispuso los productos de aseo personal en el baño, colgó cuidadosamente un pantalón y una camisa en el mínimo armario, guardó la ropa interior en una gaveta y arregló los zapatos junto a la cama. Todo está en orden, pensó. Todo está maravillosamente en orden. Las cosas parecen estar en el mismo lugar que siempre. Probablemente algunos cambios se han producido dentro de mí pero no son cambios demasiado graves. Creo que sigo siendo la misma persona, todos seguimos siendo las mismas personas.

Puso en marcha la televisión y aparecieron las imágenes de la película que ya conocía. Iba por la mitad, aproximadamente. Sabía que dentro de poco se iba a cometer el segundo crimen y esa seguridad lo emocionó. Dejó que la película siguiera rodando sin atenderla, y se levantó para intentar abrir la ventana. Continuaba resistiéndose. Llamó a la recepción y obtuvo una respuesta que podía interpretarse de dos maneras: era peligroso abrir la ventana porque un tercer piso no es muy alto y los hombres-arañas escalaban fácilmente hasta ella; el encargado de mantenimiento estaba de reposo médico porque lo habían abaleado mientras limpiaba las ventanas del primer piso.

—Yo la quiero abrir. Necesito un destornillador. Y también una botella de whisky.

Se sirvió el whisky y en poco tiempo logró que los vidrios deslizaran. Experimentó entonces una desconocida alegría, desde la cama podía ver el ocaso, deleitarse en cada uno de los tonos que el sol en picada iba destellando. Es el lugar más maravilloso del mundo, dijo en voz alta. Es el lugar desde el cual quiero siempre contemplar esta ciudad. Los muros de los edificios contiguos detrás de los cuales respiraba la vida de personas que no conocía ni deseaba conocer; los tendederos aéreos cargados de sábanas y toallas; los aparatos de aire acondicionado herrumbrados destilando manchas de humedad sobre las paredes; los carteles publicitarios. Especialmente le llamó la atención el de una joven en traje de baño sacando el culo; mientras bebía de un enlatado le decía a un hombre encorbatado: “Tú también puedes refrescarte”. Sintió ganas de masturbarse mirándola. Un placer rápido y eficaz. Después quería dormir profundamente con la certeza de que cuando despertara la habitación 32 estaría exactamente en el mismo estado en que la había dejado. Se sirvió otro vaso de whisky. ¿Es necesario saber quién soy para estar en el mundo? ¿O volver a algunas conversaciones? Probablemente alguien ha hablado conmigo y sabe de mí.

Irritado abrió la puerta a los golpes insistentes del empleado. No

había firmado el cargo de la botella de whisky.

—Nunca más me molestes, cuando estoy descansando no me molestes, ¿lo entiendes?

Walter cerró la puerta intentando hacerlo silenciosamente y Ulises volvió a su posición anterior. Ya la noche había caído completamente y ahora quería apreciar el espectáculo de las luces. Percibir desde lejos el ruido de los automóviles que circulaban por la autopista, y el brillo de los anuncios o sus reflejos, saber que detrás de los tabiques de los edificios que veía frente a su ventana alguien estaría acostándose o mirando incansable la televisión, o cometiendo un crimen, mientras él dormía en la habitación 32 del Hotel Oasis, a la que por fin había regresado para vivir siempre en ella. Hasta que la muerte nos separe.

No se escuchaba ningún ruido que delatara la presencia de otros y más bien parecía que todo estuviera detenido. El silencio le producía insomnio. Se vistió y bajó las escaleras. Su entrada en la recepción fue anunciada por el ladrido del Pitbull.

—¡Quieto, quieto, Sonofabich! —ordenó Walter—. Se pone muy nervioso a esta hora, en la madrugada, usted sabe, la hora más aciaga. Hace un mes tuvimos un problema serio, llegó un cliente en un momento en que me había ausentado, y el perro le brincó encima. Por suerte le pude poner la inyección relajante. Es lo único que le hace abrir la mandíbula.

Ulises ignoró el comentario y pasó delante del perro, ahora retenido por la cadena de clavos que sostenía Walter.

—¿Se quiere ir ya?

—Voy a dar una vuelta.

—Es la hora de los piqueros.

—¿Quiénes son los piqueros?

—A esta hora salen de los matorrales del río donde viven y suben a la avenida. No se lo recomiendo, señor, si es que usted es nuevo por aquí.

Ulises, contaba Aspern, descendió por el lado sur de la calle y pasó varias esquinas sin encontrar a nadie. Por un momento amó la soledad que emergía de la acera. Hizo un esfuerzo por recordar dónde antes había sentido aquella soledad pero no podía extraer ninguna imagen de su memoria. Estaba seguro de haberla conocido, era improbable que fuese capaz de imaginar tanta felicidad. Siguió avanzando hasta que la calle se terminó. Cruzaba delante de él una autopista elevada sobre el río y era imposible continuar. Esperaba dubitativamente una solución cuando escuchó unos ronquidos que parecían de animales. Vio entonces un estrecho túnel subterráneo que atravesaba por debajo de la autopista y se encaminó hacia allí. El ruido provenía, efectivamente, de una jauría de perros salvajes que se disputaban los

restos de un cadáver. Apuntó la pistola y disparó varias veces, logró herir a dos de ellos y los demás se espantaron en la oscuridad. Continuó guiándose por la luz del fuego que habían encendido entre los matorrales al otro lado del túnel. Era un grupo de unas diez personas, seis o siete adultos y varios niños. Cuando se aproximó a ellos, uno de los hombres sacó una punta afilada con la que picaba la carne que las mujeres calentaban sobre las piedras y lo amenazó:

—¡No fotos!

Ulises Zero gritó también:

—¡No soy periodista!

—¡No periodistas, no periodistas! —gritaron a su vez los niños y comenzaron a arrojarle piedras.

Ulises logró sacar de la chaqueta la botella de whisky que había traído consigo y se la acercó al que pretendía atacarlo; éste la tomó y bebió un trago, se la pasó a otro, y así hasta que la botella quedó vacía. Él también bebió, y una de las mujeres. Los hombres lo dejaron tranquilo y desaparecieron por el túnel. Llevaban las puntas afiladas en los bolsillos de los pantalones y se alumbraban el camino con una linterna; comenzaba a clarear y en pocos minutos estarían en la avenida. Recordó lo que le había dicho Walter, “la hora más aciaga”, y los miró mientras se alejaban. Las mujeres y los niños sacaban agua de unos baldes que sostenían con una cuerda. Le ofrecieron unos pedazos de carne pero él se resistió a comerlos. Pensó que podían ser carne de perro, de los perros salvajes que vivían en las orillas del río, estaba seguro de que si lo preguntaba no obtendría una respuesta. Ulises se dio cuenta entonces de que estaba sangrando. Se pasó la mano por la frente y la vio roja, pero no sentía dolor, solamente un frío intenso, las piedras le habían rozado la sien. Una de las mujeres le echó agua por la cabeza y lo empujó para que se recostara de un árbol. Se dejó empujar y cerró los ojos como si durmiera, aunque sabía que estaba despierto. La mujer, entonces, le abrió la bragueta y lo chupó hasta hacerlo brotar.

Cuando la luz invadió los matorrales aguzó el oído para percibir los ladridos o las voces de las mujeres de los piqueros, únicamente se escuchaba el tráfico atronador que atravesaba la autopista por encima del río. Luego se concentró en el olor nauseabundo que la mujer había dejado en él y sintió asco. Se enderezó y vio que estaba completamente solo. Atravesó el túnel subterráneo en sentido contrario y regresó por la calle que conducía al Hotel Oasis.

—¿Cómo estuvo el paseo? —saludó Walter—. Estaba por terminar el turno.

Ulises Zero subió a su habitación, se duchó hasta agotar el agua caliente, se vistió con ropa limpia y volvió a salir. Cuando volvió por la tarde encontró de nuevo a Walter en la recepción.

—Walter, avísale al dueño que quiero comprar la habitación 32.

—¿Comprar la habitación?

—No repitas lo que digo sino haz lo que digo.

—Es que las habitaciones se alquilan, no se compran.

—Busca una calculadora, ¿tienes una a mano? Bien, multiplica el precio de la habitación durante 24 horas por 365, eso te dará lo que vale por un año. Llama al dueño y avísale que lo ponga en mi tarjeta. Allí tienes el número.

—No es dueño sino dueña.

—Es lo mismo.

—No ha sido costumbre de la casa, no sé si la señora esté de acuerdo.

—Te aseguro que lo va a estar. Te volveré a contactar en una hora para confirmar que ya hablaste con ella.

Cuando la dueña del Hotel Oasis lo citó para que firmara las formalidades del uso exclusivo de la habitación 32, Ulises Zero, había relatado Aspern, le explicó así:

—Lo primero es que no estoy nada seguro de ser Ulises Zero. Me desperté en la habitación 32 de este hotel sin recordar nada de mí y encontré unos documentos con esa identidad. Aquí están todos los papeles que me acreditan como tal —dijo poniéndolos sobre la mesa —, aunque no tengo la certeza de serlo. El inspector de la policía me explicó que fui víctima del papelito envenenado. Parece que ha ocurrido con bastante frecuencia. Las personas pierden la memoria por unas horas y luego la recuperan. Sin embargo, creo que ya han pasado casi dos días.

—Es probable que el efecto amnésico de la droga sea mucho más poderoso de lo que se piensa, pero hasta ahora las informaciones dicen que todos los afectados vuelven a la normalidad. Debe ser muy incómoda una identidad que no parece propia. Entonces, Ulises, no tengo más remedio que llamarlo por ese nombre mientras tanto, ¿cómo piensa pagar la habitación?

—Le doy mi palabra de que soy un hombre rico. Soy propietario de una suite de lujo en las Residencias Urbex. La visité esta mañana. Aparentemente es un lugar muy notorio porque tomé un taxi y el conductor me llevó sin hacer ninguna pregunta sobre la dirección. Allí nadie pareció ni reconocerme ni desconocerme. Son más de trescientas unidades repartidas en quince pisos de alfombras silenciosas extendidas en pasillos discretos. Por todas partes se siente el aroma del refrescador de ambiente, el personal saluda mecánicamente y se limita a una sonrisa inexpresiva. En general, los residentes parecen ser hombres de negocios. No tuve que dirigirme a nadie porque las llaves de mi suite estaban en el maletín que encontré en el Oasis; entré y

pude apreciar que está decorada con colores suaves y persianas verticales. En la nevera había jugo de naranja natural, y bebí un vaso mientras repasaba los canales de televisión. Puse unas rodajas de pan en la tostadora, las unté con mantequilla light y desayuné escuchando las noticias en CNN. Luego pulsé el registro de mensajes de la contestadora y había varios recordándome una cita a la que por lo visto no he acudido. Después fui al banco emisor de mi chequera y pedí el estado de cuenta. No estoy acostumbrado a ser Ulises Zero porque una cuenta de ocho dígitos altos me causó una honda impresión. Hice un esfuerzo para que el empleado no captara mi sorpresa. Y eso no es todo, tengo otra cuenta en dólares. Seis dígitos bajos, no está mal. ¿Qué le parece?

—Magnífico. Me resulta un poco extraño que alguien quiera comprar una habitación en el Oasis si tiene una suite en las Urbex, pero no me dedico a la investigación de seres humanos. Y, por cierto, ¿usted a qué se dedica?

—Creo que soy un millonario serio. No ha aparecido ningún documento que indique que trabajo en alguna parte.

—Mejor todavía, así tendrá tiempo suficiente para encontrarse.

—Quiero volver a mi vida, cualquiera que ella fuese. Y la única manera es permanecer en esta habitación, si llegué hasta aquí debe ser por alguna razón. Esta habitación es mi única pista. ¿Lo comprende?

—¿Cómo hizo para firmar en el banco?

—Mi firma correspondió exactamente a la registrada. Cobré un cheque sin el menor problema. La había ensayado antes copiando la que aparece en el carnet de identidad, y el resultado fue perfecto. Tengo la caligrafía de Ulises Zero, no debe preocuparse por el pago de la habitación.

Dicho así comenzó a llorar. Un llanto fuerte, ronco, que intentaba inútilmente refrenar. No quiero que me pase esto, gritó varias veces.

—La verdad es que es demasiado raro. ¿Ha pensado en la posibilidad de unos exámenes médicos? Busque a Díaz-Grey. Es muy famoso en la ciudad.

—Soy Ulises Zero pero no recuerdo serlo. No me siento serlo. No quiero serlo.

La dueña miró el reloj.

—Bueno, Ulises, que disfrute la habitación. Estoy un poco ocupada ahora. Cualquier cosa que necesite, por favor llame a Walter.

2

Aspern lo vio venir desde la veranda. Vio que Ulises Zero caminaba agotado entre los matorrales y esperó su llegada.

—Estoy perdido —había dicho Ulises.

—Ya lo sé, ¿por qué otra razón hubiera aparecido aquí? Pase adelante, le traeré algo caliente. ¿Toma té?

Ulises bebió ávidamente la taza que le ofreció Aspern y se sentó frente a él en la mecedora.

—Estaba buscando una dirección cuando se desencadenaron circunstancias que me impidieron encontrarla y me extravié. No tengo la menor idea de cómo llegué a su casa. Creo que estoy demasiado cansado.

Ulises se bajó del taxi cerca del edificio donde le habían dicho que vivía Díaz-Grey, había continuado Aspern su relato. El conductor le explicó que la orientación de la calle le impedía seguir, pero bastaba con que caminara unos cincuenta metros para llegar. Así lo hizo, y al pasar frente a una iglesia se detuvo y entró en ella. Había mucha gente, al parecer se celebraba una ceremonia. Las personas, en su mayoría mujeres, rezaban y cantaban. Luego el sacerdote tomó el micrófono y comenzó una perorata que fue súbitamente interrumpida por un grupo de hombres que se acercaron al altar y lo empujaron. Dijeron pertenecer a Los Guerreros del Sol y prohibieron que nadie abandonara el recinto hasta tanto hubieran registrado los archivos de la iglesia porque se había recibido información de que en ella escondían material subversivo. Las mujeres gritaban y trataban de escapar pero las puertas estaban custodiadas por jóvenes armados que les impedían salir. Una persona sentada al lado de Ulises le aconsejó que se mantuviera tranquilo hasta que todo terminara, generalmente duraba poco tiempo. Explotaron varias botellas de gasolina y los gritos se transformaron en aullidos. Una nube de gases invadió la iglesia y Ulises perdió la visión de lo que estaba ocurriendo. Se acostó en el suelo esperando que los gases se despejaran y se tapó la cara con la chaqueta. Permaneció así hasta que los gritos se debilitaron y el aire se hizo más respirable. El sacerdote retomó el micrófono y exhortó a las personas a retirarse en calma por la puerta trasera. La puerta

conducía a un pasillo y Ulises avanzó con los demás hacia la salida. Finalmente se vio de nuevo en la calle pero no la reconoció. No era la misma en la que se había detenido el taxi. Preguntó a los transeúntes por la dirección de Díaz-Grey y no logró nada, no les resultaba conocida. Lo intentó varias veces hasta que, exhausto, se sentó en un café y pidió una botella de agua. Consultó con el mesero su problema, había perdido la calle en la cual creía que vivía Díaz-Grey. El mesero le indicó que la calle era muy fácil de localizar, apenas debía recorrer dos cuadras a la derecha y luego torcer a la izquierda, eso no era posible en aquel momento porque los soldados habían cerrado el acceso a causa de lo acontecido en la iglesia, y tampoco encontraría un taxi disponible en las cercanías. Cuando los soldados acordonaban las calles el tránsito quedaba interrumpido por varias horas, de modo que lo más prudente era dejar su cita para otro día y regresar a pie esquivando las esquinas precintadas.

Ulises memorizó las explicaciones que le dio el hombre para volver al Hotel Oasis y le preguntó si era una distancia muy larga. Éste le confirmó que, en efecto, se hallaba en el extrarradio de la ciudad y llegar al centro le tomaría al menos dos horas de marcha. Otra posibilidad sería continuar al norte, hacia una pequeña localidad en la que podría o bien pasar la noche o bien tomar un autobús que rodeaba la ciudad por una avenida perimetral y entraba en ella desde el lado sur. El trayecto hasta esa localidad, le aseguró, era más corto, probablemente unos cuarenta y cinco minutos si no se detenía. Ulises decidió seguir esta ruta, no sin antes comprar otra botella de agua. El sol caía muy fuerte y todavía experimentaba el efecto tóxico de los gases en la garganta y los ojos.

El camino hacia la localidad que le había señalado el mesero era inicialmente una avenida cada vez más deshabitada, y luego se transformaba en una carretera vecinal por la que transitaban muy pocos vehículos. Se dispuso a contarlos como método para entretenerse durante su marcha ya que no había ningún letrero que marcara los kilómetros ni los lugares que iba dejando atrás. Le hubiera gustado toparse con alguien para cerciorarse de que estaba en la vía correcta, pero los automóviles circulaban muy rápido y no se cruzó con ningún peatón; como tampoco apareció ninguna desviación continuó adelante. El sol iba bajando de modo que el esfuerzo se fue haciendo más leve. Transcurridos los cuarenta y cinco minutos previstos, la localidad que buscaba no aparecía. Caminó dos horas más y sintió que el anochecer estaba próximo, la temperatura había descendido radicalmente y era urgente encontrar algún refugio. Divisó, entonces, una casa un tanto apartada de la carretera y se dirigió hacia ella.

—Tiene los ojos muy irritados —observó Aspern.

—Sí, lanzaron muchos gases en la iglesia.

Aspern se levantó y volvió del interior con más té. El té es un remedio maravilloso. *It keeps you going*.

—Estaba por prepararme algo de cenar. Pasemos adentro, una vez que ha oscurecido completamente el frío es insoportable.

Ulises lo siguió y entró en una sala desbordada de libros. Había libros en las repisas agrupados en varias filas, en las mesas y en el piso. Libros como columnas por todas partes.

—Póngase cómodo, si encuentra un lugar donde hacerlo. Arrime un poco los libros que están sobre el sofá, es el más mullido. Voy a calentar una sopa y tengo también unas costillitas de cordero que no me quedan nada mal.

Alzó la mano hacia un gabinete y sacó una botella de vino.

—No demasiado bueno pero tampoco demasiado malo.

—Me llamo Ulises Zero —dijo como si hubiese olvidado algo importante.

—Aspern —contestó Aspern.

Mientras preparaba la comida Aspern hablaba sin parar.

—Como ve mi ocupación principal son los libros. Estoy escribiendo la historia de Nocturama. Su fundación es desconcertante. Un científico fascinado por el conocimiento de las especies de la comarca se había propuesto producir un diorama de la fauna y flora con la intención de exponerlo en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Equipado con los mejores recursos disponibles para la época —aproximadamente la primera mitad del siglo pasado— se instaló en una población cuyo nombre original se ignora, y que, si bien lejana, era la más cercana al emplazamiento que había escogido para sus fotografías y registros. Mientras vivía allí era percibido por los lugareños como un ser estrafalario, de pocas palabras, pero en general amigable. Su nombre fue olvidado porque nadie lo llamaba por él, se referían a su persona como “el científico”, y algunos más irrespetuosos decían “el raro”. Sus datos personales consignados en la posada en la que residía fueron destruidos en un incendio que acabó con el establecimiento; por otra parte, su diorama no llegó nunca a término. Como habrá sospechado todos los materiales acumulados durante su investigación se perdieron en las llamas, y apenas si los huéspedes de la posada, incluyendo al fracasado dioramista, tuvieron tiempo de huir. No hubo víctimas fatales pero el posadero atribuyó lo ocurrido a la mala suerte y la mala suerte al forastero. Eran en la región muy supersticiosos, y, comprendiendo que sería considerado un enemigo, optó por irse.

A partir de estos hechos la calamidad se abatió contra el pueblo, que había comenzado a conocerse como Diorama debido a que los

habitantes se referían obsesivamente a ese nombre. Como el científico no hablaba su lengua, era una de las pocas palabras que lograba articular cuando los curiosos querían saber más de sus propósitos. Poco después del incendio Diorama comenzó a sufrir una sequía abominable que arruinaba las cosechas, único medio de vida de la población. Muchos de ellos abandonaron el lugar y se perdieron para siempre en ciudades desconocidas, pero otros, fieles a su tierra, decidieron emigrar a la región de las cumbres en donde la lluvia era casi constante durante, al menos, ocho meses del año. El éxodo desalojó la antigua población y produjo una nueva, la que después se conoció como Nocturama, probablemente porque quisieron los fundadores recordar la causa de su exilio, o porque llegaron por la noche al valle en el que decidieron asentarse. La ciudad se recogía en el seno de una alta montaña, que a su vez se desplegaba en otra hasta perderse en una cordillera. Un observador que la sobrevolara no sería capaz de distinguirla sin que alguna señal dirigiera su mirada hacia el recoveco que llenaban las casas apiñadas, de color parduzco y tejados de pizarra desgastados por los largos inviernos. En primavera la luz de las cimas eternamente nevadas se reflejaba en las piedras de los muros y espejeaba en las estrechas ventanas adornadas con las flores que colocaban las mujeres en los balcones siempre oxidados.

Aspern había vaciado varias copas de vino, exaltado por su propia descripción, aunque dudoso de que el tema interesase a su huésped.

—No sé a qué se dedica, amigo Ulises, pero quizá le guste participar de mis investigaciones a las que me dedico por entero. Para descansar suelo leer novelas, soy muy aficionado a la novela inglesa. ¿Cuál es su ocupación?

Ulises quiso decirle que su caso era problemático, no recordaba su identidad anterior. Estoy perdido, éste es mi oficio. Aún no sé si lo ejerzo bien, aunque de alguna manera sí, puesto que llegué hasta su casa. Aspern suponía que probablemente Ulises le calculaba unos sesenta años, quizás algunos menos, y en su observación seguramente había detallado que usaba una chaqueta de *tweed*, una camisa de lanilla de un mostaza irritante, y botas cortas trenzadas, con mucho uso pero todavía en buen estado. Probablemente le atribuía fumar de vez en cuando una pipa que se le apagaba constantemente, y en todo parecía un personaje plausible para vivir en una novela inglesa. Quizás el lord en cuya casa de campo se había cometido un asesinato y conversaba desenfadadamente con el inspector. O también el propio inspector, cuando regresaba a su oficina a poner en orden las notas que había tomado interrogando al mayordomo y a la camarera. O el mismo mayordomo cansado de servir tisanas a milady. Todo es intercambiable, dijo Aspern que hubiera pensado Ulises. Pero, al fin y al cabo, esperaba de él una respuesta concreta y le había preguntado

por su ocupación.

—Soy un millonario.

Aspern decía que se atragantó de la risa. —¿Ése es un oficio? ¿Y dónde vive?

—Compré una habitación en el Hotel Oasis y tengo una suite en las Residencias Urbex.

—¡Qué lugares tan prodigiosos! Es usted muy imaginativo. Oasis es un nombre apropiado para un hotel de citas.

—Así es —contestó Ulises.

—¿Y las Residencias Urbex? No las he oído nombrar nunca. ¿Son nuevas? Bueno, la verdad es que hace mucho tiempo que no voy a la ciudad. Cuando debo comprar provisiones envío a un chico que vive por aquí cerca y él me trae lo necesario. Es mi único lujo. De resto prefiero quedarme en casa. Trabajo desde la mañana hasta la tarde, luego salgo a pasear un rato, y cuando cae el sol regreso a ver el atardecer desde la veranda. Gracias a esa costumbre lo vi llegar. De lo contrario, en otro horario, no nos hubiéramos encontrado. ¿Tiene sueño?

Ulises había cerrado los ojos mientras Aspern relataba su rutina y se sobresaltó. Estaba destruido. El vino le había hecho efecto y el día había sido extraordinariamente largo. Aspern le extendió una manta y le ordenó acostarse en el sofá en el que se quedó profundamente dormido.

El propósito que no pude cumplir ayer era buscar a Díaz-Grey, dijo Aspern que había explicado Ulises al día siguiente. Me lo recomendó la dueña del Hotel Oasis, al parecer es alguien que podría ayudarme a encontrarme a mí mismo. A recuperar mi verdadero nombre. Caben dos posibilidades. Una, que yo sea Ulises Zero, que siempre lo haya sido y he dejado de recordarlo. Otra, que no lo sea y que por alguna razón alguien metió los papeles de Ulises Zero en mi ropa. En el segundo caso las alternativas de mi identidad son infinitas, puedo ser cualquiera. En el primer caso sería más sencillo. Simplemente alguien que olvidó su nombre y con el tiempo puede recordarlo y seguir siendo quien era sin mayores tropiezos. Lo cierto es que nada de lo que veo me resulta familiar, salvo la habitación del Hotel Oasis. Me siento apegado a ella. De resto, todo este paisaje no podría decir que me es extraño, pero tampoco cercano. Me parece un lugar cualquiera en el que bien pudiera haber vivido toda mi vida o haber llegado recientemente por primera vez. ¿Conoce usted a Díaz-Grey?

—No he escuchado ese nombre nunca, no que pueda asimilarlo a alguien conocido. Pero eso no tiene importancia. Si necesita un médico podemos llamar a Wakefield. Es un amigo muy querido.

Jugamos una vez por semana al póker junto con su esposa Emma y el coronel Dickinson. No apostamos en serio, por supuesto, se trata de pasar el rato y no tenemos ninguno de nosotros dinero para perder. Nos reunimos los viernes. Un momento, hoy es viernes. ¡Qué distraído! Ésta es la oportunidad, estoy seguro que David Wakefield encontrará las causas de su problema. Eso sí, no le diga que es millonario. Emma es muy avariciosa y le exigirá que le cobre una tarifa extremadamente alta. Quédese tranquilo, como si estuviera en el Oasis. La partida comienza alrededor de las cinco y luego cenamos. Espero que Dickinson traiga el brandy, hoy le toca a él suministrar la bebida. Después de la cena acostumbramos tener una tertulia intelectual. Dickinson nos cuenta sus viajes por países lejanos, muy instructivos y estimulantes. En otras oportunidades soy yo quien expone sus investigaciones sobre el reino perdido de Nocturama, y a veces Wakefield nos ilustra con anécdotas científicas. Emma, por supuesto, es la más grata compañía. Le gustará conocerlos.

Ulises insistió en que debía regresar a la ciudad, asegurándole que estaría de vuelta a las cinco.

Cuando comprobó que eran las cinco, escuchó el timbre de la puerta y entraron el doctor Wakefield y su esposa. Inmediatamente sonó de nuevo y era el coronel Dickinson con una botella en la mano. Aspern les informó que esperaban a un invitado, y todos estuvieron de acuerdo en que no sería prudente comenzar la partida antes de su llegada. Conversaron pausadamente mientras tanto. Alrededor de las seis Aspern comentó que quizás había tenido algún inconveniente y no vendría, de modo que podían empezar a jugar. Sin embargo, los jugadores quisieron continuar hablando acerca del visitante. El doctor Wakefield se sorprendió al escuchar que Ulises Zero buscaba a Díaz-Grey.

—Díaz-Grey murió hace varios años.

—¿Estás seguro?

—Completamente, fui a su entierro.

—Qué extraño, ¿no?, que se lo recomendaran a Zero.

—Posiblemente la persona que se lo recomendó no lo sabía.

—Por supuesto, Emma, nadie recomendaría el nombre de una persona muerta.

—Se lo recomendó la dueña del hotel donde vive.

—¿Cómo dijiste que se llama el hotel?

—Oasis.

—Nunca he escuchado mencionar el nombre del Hotel Oasis.

—Yo tampoco, pero eso no tiene nada de particular. Conozco muy pocos nombres de los hoteles de la ciudad.

Dispusieron las cartas y, terminado el juego, cenaron y sirvieron el

brandy. Emma Wakefield abrió un paquete que hasta ese momento había guardado en su bolso y sacó cuatro pastelitos que colocó en el centro de la mesa.

—No podía ofrecerlos si venía el señor Zero. No hubieran sido suficientes.

—Siempre es bueno —advirtió su esposo— comprar uno de más.

3

El agua bajando por la tubería produjo un borboteo como de alguien que se atragantara tosiendo. Reconocí la cortina raída flotando delante del marco de metal y la luz sobre la silla en la que había dejado la ropa. Abrí la ventana y vi la pajarera que está en la platabanda del edificio vecino. Una covacha llena de pájaros que al atardecer emiten los más diversos sonidos, todos desagradables y chocando sus chirridos entre sí.

Cuando salí de su casa, decía Aspern que había relatado Ulises, emprendí el camino de vuelta a la ciudad, tenía al menos la sensación de reconocer algunos rastros; los árboles, por ejemplo. El tráfico, en cambio, era más abundante que el día anterior. En una curva de la carretera encontré una parada de autobús que no recordaba; había bastantes personas haciendo la cola y me uní a ellas. El conductor me preguntó dónde me bajaba y contesté que iría hasta el final del trayecto. Se sonrió con un gesto avieso al que no le di importancia.

Entramos en la ciudad y no lograba identificar ningún sector cercano al Hotel Oasis, así que decidí hacer como le había dicho al conductor: seguir hasta la parada final. Una vez allí busqué la estación de taxis y me subí a uno indicando que me dirigía al Hotel Oasis, pero el taxista no lo conocía. Entonces pedí ser llevado a las Residencias Urbex. Me sentí satisfecho de estar en la suite y seguro que desde allí podría volver más tarde al Oasis. Encendí la televisión, ninguna noticia me interesaba y me dispuse a ver una película en HBO. Luego comí algo en la cafetería anexa al Business Centre y entonces recordé que usted me esperaba a las cinco, pero seguía sintiéndome muy cansado. Iré el otro viernes, hoy jugarán su partida de póker como de costumbre.

Más tarde, luego de haber descansado en las Urbex, Ulises había decidido que después de todo volvería a mi casa. El conductor del taxi pareció comprender las instrucciones perfectamente y el automóvil arrancó bajo una lluvia cada vez más fuerte que se convirtió en tormenta.

Poco después de iniciar el viaje, continuó Aspern el relato de Ulises, la tromba derramó las torrenteras y el río comenzó a

desbordarse sobre la autopista. La circulación se detuvo por completo. Rápidamente el nivel del agua se elevó unos treinta centímetros tapando la mitad de las ruedas de los automóviles; en pocos minutos el volumen aumentó otro tanto y ya no fue posible verlas porque estaban totalmente sumergidas. No pasó demasiado tiempo sin que el agua llegara a las ventanas. La gente forcejeaba para abrir las puertas que se resistían por el empuje de la corriente, que traía, además, palos y piedras. Muchas personas salieron de sus vehículos y se echaron a nadar. Pensamos en hacer lo mismo pero el conductor decía que seríamos arrastrados por las olas que se habían formado, y era mejor subirnos al techo del automóvil, una camioneta bastante alta. Parecía improbable que el agua llegara hasta allí. Otras personas habían tomado la misma decisión, y montados encima de sus automóviles navegaban a la deriva. Algunos vehículos de poco peso flotaban de modo que se encaramaban unos encima de los otros, tal como puede verse en los cementerios de chatarra. Las ambulancias y los camiones de bomberos comenzaron a llegar y se apostaron en lo alto del terraplén que bordea la autopista. Los bomberos bajaban con las cuerdas y salvavidas para arrojárselos a quienes habían decidido huir nadando, lo que sin duda había sido un error ya que los remolinos los tragaban inmediatamente. Desde el techo de la camioneta vimos cómo pasaban los cadáveres sin que los bomberos lograran detenerlos. Se escuchaban las sirenas y nos iluminaban las luces de faros que se encendían y apagaban constantemente.

Finalmente alcanzamos unos salvavidas que cayeron cerca de nosotros y los bomberos nos urgían a usarlos para atravesar la distancia que nos separaba del terraplén, unos tres metros aproximadamente, pero las olas eran muy altas, tan altas como las recuerdo en la playa en la que acostumbraba bañarme de niño cuando mis padres me llevaban a la bahía de los cazadores de morsas. Bahía de Piedras. Eran olas muy fuertes, de más de dos metros, y turbias. Mi padre repetía que eran olas francas, sin resaca, y que en el caso de que estuvieran a punto de reventar bastaba sumergirse y atravesarlas por dentro para salir ileso, o si aún había tiempo remontarlas impulsándose con los pies. Durante muchas vacaciones fui con mis padres a Bahía de Piedras, a la casa de mi tía, la hermana de mi madre, y pasábamos allí varias semanas. De noche se seguían escuchando las olas, eran permanentes. Si alguien no quería nadar contra ellas no podía bañarse en aquella playa. No cesaban en ningún momento del año ni a ninguna hora del día, siempre el mismo fragor al estallar sobre la costa plomiza y callosa. A veces, por las tardes, salía con mi padre a ver a los cazadores arrastrar las piezas desde los acantilados. Sobre las rocas, unas piedras lisas y negras que parecían planchas hechas por el hombre, colocaban los cuerpos y los

descuartizaban para aprovechar la grasa y las pieles. Mi madre decía que era un oficio muy antiguo y que ella recordaba también haberlo contemplado de niña con su padre, pero ahora, decía Ulises que decía entonces su madre, me produce una visión desagradable. Prefería quedarse en casa mientras yo iba con mi padre a las rocas que quedaban al pie de los acantilados. Por esta razón pensé que estaba naturalmente preparado para atravesar aquellas olas, a diferencia de mi conductor que gritaba furioso de pánico y se negaba a usar el salvavidas. Los bomberos insistían. Uno de ellos habló por el megáfono, y entonces pudimos escuchar, a pesar del estruendo de la inundación, que era necesario abandonar la zona inmediatamente. Nosotros, decía Ulises que decía el bombero, nos vamos también, en pocos minutos habremos despejado el área y quedarán a su riesgo. En pocos minutos, repitió, se espera una ola gigante y todos desapareceremos.

Comprendí que era necesario sobreponerse al terror que se desprendía del fango del que brotaban oscuros los cadáveres; de lo contrario, los bomberos cumplirían su amenaza y no habría salvación. Por el tambor sordo percibí a lo lejos el anuncio de la ola que nos cubriría a las personas, los automóviles y los cadáveres. Me metí el salvavidas que me había arrojado el bombero y me agarré con toda la fuerza posible de la cuerda que sostenían los hombres desde el terraplén. Mi conductor no quiso hacerlo, así que me separé de él y no lo vi más. Una vez en tierra, tirado sobre la pendiente seca, recordé de nuevo cuando iba con mi padre a los acantilados, o cuando nos bañábamos en la marejada aquellas semanas interminables de las vacaciones. Yo deseaba más que nada en el mundo que concluyeran para al fin regresar a nuestra casa y olvidar el rugido de las olas constantes de la playa. Nos despedíamos de mi hermana, decía Ulises que decía su madre, como si fuera para siempre y, en efecto, así ocurrió. Un verano, poco antes de disponernos al viaje a Bahía de Piedras, mi madre dio la noticia de que mi tía había fallecido y la casa había sido vendida por sus hijos para pagar unas deudas. Respiré tranquilo con la seguridad de que no volveríamos. Mi padre lo lamentó mucho. Disfrutaba aquellas vacaciones en Bahía de Piedras, las únicas que tomaba.

Avanzó con la fila de gente que corría escapando de la turbulencia del río, prosiguió Aspern, y después de una larga marcha por los márgenes del cauce reconoció el lugar; era el mismo que había visitado la madrugada que salió a pasear desprevenido y se encontró con los piqueros. Desde allí no le fue difícil llegar a la calle del hotel.

—Es una historia increíble —aplaudió el doctor Wakefield.

—Verdaderamente muy impactante —dijo Emma Wakefield.

—Así es —corroboró Aspern—. El ruido de la tubería lo sorprendió

porque su habitación es muy silenciosa. Eso fue lo que le llamó la atención y le hizo por unos segundos dudar de dónde se hallaba.

—Cualquier detalle que altere nuestra rutina puede ser iluminador —añadió el coronel Dickinson—. Yo, particularmente, soy muy sensible al sonido de los pájaros, si los que cantan no son los habituales, inmediatamente me desconcierto.

—Eso es lo que dice Ulises Zero. Frente a su habitación en el Oasis hay una pajarera sobre la platabanda del edificio vecino y el sonido de los pájaros es siempre el mismo.

—En general los animales producen siempre los mismos sonidos. Está en su naturaleza —explicó Emma.

—Tienes razón querida —asintió su esposo.

—Exactamente, ¿cuál es el problema de este hombre?

—Es un tanto misterioso, o al menos más misterioso de lo que comúnmente suelen ser las cosas. Prometió volver a visitarme, si lo cumple indagaré más.

—Debes hacerlo, Aspern —insistió el coronel Dickinson—, puede ser un terrorista, un estafador internacional o un demente. En cualquiera de los tres casos es peligroso.

—¡Oh sí, profesor Aspern, hágalo, por favor!

—Es tan extraño que le hayan hablado de Díaz-Grey. Sí, es muy extraño. ¿Qué más recuerda este señor Zero?

—Cuando se presentó en la estación de policía, el detective le recomendó que visitara a Díaz-Grey. Luego se compró un reloj. No tengo la menor idea de dónde estoy, decía Ulises, porque no conozco esta ciudad. Creo que nunca he estado en este país. El ambiente me resulta ligeramente familiar, pero eso es todo, familiar. Quizá se parece a la ciudad de donde provengo o la he visto en alguna película.

—¿No era la dueña del Hotel Oasis quien le recomendó a Díaz-Grey?

—Quizá sí, a lo mejor fue así y yo lo recuerdo mal. Por la manera en que se expresa, por sus comentarios, le dije que le suponía una buena formación. Me enseñó también una foto que estaba metida en la billetera que había encontrado en el bolsillo del pantalón. No sé quiénes son, aseguró. Su mujer y su hijo, tal vez, le insinué. Esto puede ser de gran ayuda, podremos pedir colaboración a la policía. Tomará su tiempo cotejar la foto. Paciencia, Ulises. Si la mujer es su esposa o una persona con la que tiene una relación significativa, habremos probablemente llegado a la solución de su identidad. De su identidad nominal. El problema de su extravío subjetivo ya es otra cosa.

—Pero ese hombre necesita regresar a donde pertenece, a los suyos. Debe tener una familia, unos amigos, unos compañeros de

trabajo. En alguna parte hay alguien preocupado, terriblemente preocupado por él. Seguramente quiere volver a su vida, cualquiera que ella fuese.

—Es comprensible que así sea —asintió Aspern.

—Yo tampoco creo estar viviendo mi vida verdadera, la veo como un objeto extraño y lejano, y, sin embargo, no tengo otra —dijo el coronel Dickinson.

—En la suite de las Urbex dice Ulises que hay una pequeña biblioteca, la mayoría de los volúmenes son reportajes y libros de viajes; también una computadora sin ningún documento guardado, parece recién comprada. No hay fotos ni otro detalle personal. Únicamente ropa; ropa buena, de marca. Toda le sienta perfectamente. En el baño, los productos usuales.

—La verdad es que es demasiado raro —comentó el doctor Wakefield—. Me refiero a su amnesia. En esos casos las personas pierden algunos fragmentos y retienen llamaradas del pasado. Una amnesia total, una pérdida absoluta de la identidad acompañada de un pensamiento lúcido es algo que ocurre en las películas pero no en la vida real.

—No es un impostor, si es lo que quieres decir —afirmó Aspern—. Es Ulises Zero aunque no recuerda serlo, no se siente serlo. No quiere serlo. Después que se recuperó del cansancio en que lo dejó el salvamento de la inundación, volvió a mi casa y me expuso que estaba seriamente decidido a buscar a Díaz-Grey. Le comuniqué lo ya sabido, es decir que Díaz-Grey murió, y le insistí que viniera hoy a las cinco de la tarde, o cualquier otro viernes, para escuchar la opinión de Wakefield y sus recomendaciones. Él, sin embargo, sospecha que se trata de una casualidad de nombres, la dueña del Oasis le aseguró que Díaz-Grey vive.

4

Esa tarde de la inundación, contaba Aspern que le había dicho Ulises, recordé Bahía de Piedras, los enormes cuerpos de las morsas apelmazadas en manadas que se extendían en las piedras, y cómo, a la vista de los cazadores, se disolvían en el agua con la mayor rapidez que su pesadez les permitía. En el pueblo las mujeres de los pescadores tallaban con sus colmillos pequeñas figuras para adornos o dijes que usaban las muchachas. Evoqué todo eso con nitidez. ¿No le parece que es una pista? Decidí visitarlo de nuevo. Debe estar en algún mapa, y usted que tiene tantos puede ayudarme. Buscamos un largo rato en varios atlas, dijo Aspern, pero la localidad de Bahía de Piedras no aparece en ninguno. Puede ser que haya cambiado de nombre como ocurrió con Nocturama. Solamente en mapas muy viejos puede encontrarse la antigua denominación de Diorama, y en cuanto al nombre original desapareció por completo de los registros.

Sentados en la veranda Aspern le había relatado a Ulises:

Al paso de las generaciones Nocturama se convirtió en la referencia más importante de la cordillera y su nacimiento oficial se inscribió con ese extraño nombre, o al menos muy diferente a la nomenclatura de la región, lo cual le dio cierto halo de misterio y atrajo algunos turistas de aventura que durante el verano disfrutaban del montañismo. Todo lo cual redundó en beneficio de sus habitantes que podían servir de guías y de cuentistas de fábulas acerca de su origen, sin perseguir otro fin que el de aumentar el escaso número de visitantes. Produjeron también una pequeña industria de albergues, para lo cual inventaron una gastronomía local que antes no habían cultivado, pues se alimentaban sustancialmente de conejos y coliflores.

La gente de Nocturama —los nocturanos, podría decirse— tenía una firme vocación para la supervivencia. Sin embargo, no recordaban su pasado, o quizá los que habían sufrido el exilio de Diorama habían decidido olvidarlo, y durante un largo tiempo se sentían felices de su inocencia. Ocurrió que, sin poder determinarse la causa, insidiosamente surgió en ellos un ansia de historia que los atormentaba. Los niños se quejaban de verse obligados en la escuela a

aprender las grandes hazañas de otros pueblos sin que nada, a excepción de la égida que los condujo hacia Nocturama, les sirviera de epopeya nacional. Los historiadores comenzaron también a inquietarse. Ciertamente el exilio de Diorama a Nocturama era la gloria mayor con la que contaban como pueblo, pero un vacío muy notable se presentaba en su leyenda: quién era el héroe del éxodo. Una gesta emancipatoria requería de un nombre, mejor dicho, de un hombre. Esta orfandad, que al principio era cosa de niños y de intelectuales, fue profundizándose. Las mujeres sentían también una ausencia intolerable cuando acudían a las plazas para acompañar a sus hijos mientras jugaban y ellas conversaban de sus asuntos. La plaza central de Nocturama era hermosa, limpia, bien trazada y armoniosa, pero sin nombre. Se referían a ella como "la plaza". Los jóvenes que se citaban para verse después de sus obligaciones estudiantiles también se sentían frustrados, y lo que antes había sido una costumbre insignificante se transformó en mortificación. Querían testimoniar que allí se amaban, que allí se amarían, y la imposibilidad de nombrar el lugar en que todo aquello sucedía se convirtió en un pensamiento insoportable. Cuando seamos viejos, decían, querremos contarles a nuestros hijos dónde nos conocimos, dónde nos dimos el primer beso, dónde sentimos por primera vez el deseo. Tendremos que decir: ocurrió "en la plaza". Nocturama tiene muchas plazas, todas se parecen. Sólo el nombre de un héroe las hará distintas.

Esta sed de títulos, de epónimos, de determinaciones históricas fue durante un tiempo el sufrimiento compartido de los nocturanos. Los señores del Consejo de Gobierno, quienes al principio habían hecho caso omiso del asunto por considerar que tenían mayores preocupaciones que administrar, aceptaron que un problema de gobernabilidad amenazaba a Nocturama si no se atendía lo que ya era un clamor popular. "Queremos una historia para Nocturama." "Los nocturanos exigimos nuestro pasado." "Lo histórico es parte de los derechos humanos." Las pancartas inundaron las calles y plazas anónimas de Nocturama. Pronto siguieron las manifestaciones, al principio pacíficas y progresivamente más hostiles, frente al Palacio del Consejo de Gobierno. Finalmente, una inmensa concentración llegó a sus puertas. Si el Consejo de Gobierno no satisfacía su petición, exigirían uno nuevo. En esas circunstancias el Consejo de Gobierno en pleno salió al balcón principal y oficialmente anunció: "Hoy se decreta la historia nocturana".

Naturalmente, una historia no podía fabricarse de la misma manera que una casa, una fuente ornamental, una escuela. Era necesario reunir a los historiadores para iniciar lo que sería la gran construcción de la nacionalidad nocturana. Las jornadas, foros y encuentros que se sucedieron concluyeron en el I Congreso de Historia

de Nocturama. Fue un momento vivido con gran expectación. Los notables profesores se congregaron para resumir el resultado de sus largas y minuciosas discusiones. Las sesiones serían retransmitidas por televisión minuto a minuto, y todos los nocturanos se extasiaron en fervor. Asistían a la invención de su origen, y a medida que transcurría el congreso se sintieron orgullosos de sus intelectuales. Fueron testigos del conocimiento e imaginación con que tejieron la más bella historia jamás contada. Ocurrió, sin embargo, una circunstancia inesperada; finalizando las deliberaciones, uno de los historiadores tomó el micrófono y dijo:

—Las efemérides relatadas por nuestros brillantes académicos tienen un profundo problema que no ha sido resuelto.

Se hizo un silencio que nadie se atrevía a romper. Los señores del Consejo de Gobierno se removían incómodos en sus sillones. La población nocturana retuvo el aliento. Los niños, sentados frente a los televisores, comenzaron a llorar.

—El profundo problema irresuelto es que la historia de Nocturama es incoherente.

Los murmullos de indignación de los congresistas se escucharon en todo Nocturama.

—Demuestra eso —gritó alguien.

—¡Sí, que lo demuestre! —se alzó una protesta general.

El director del Congreso de Historia de Nocturama tomó la palabra:

—Ha sido y seguirá siendo costumbre entre nosotros el respeto a la pluralidad. Profesor, explique a la audiencia su afirmación. La población nocturana está pendiente de sus palabras en este momento.

—La historia de Nocturama es incoherente —continuó imperturbable el interpelado— porque ha sido construida a retazos, con incidencias que han tenido lugar en las más diversas partes del planeta. Todo esto no puede haber ocurrido en un mismo lugar.

—¡Es un agitador! ¡Un subversivo! —vociferaron.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Es un traidor a la patria nocturana!

A pesar de la furia que iba en aumento, el historiador disidente mantuvo la calma.

—Lo demostraré —dijo, y acto seguido comenzó a enumerar los argumentos elaborados por los congresistas:

—¿Creen ustedes posible que nuestra historia puede abarcar el asesinato de Maximiliano, la conferencia de Yalta, los viajes de Marco Polo, el caballo de Troya, la invasión del valle del Indo por Darío, la Guerra de las Dos Rosas, el Tratado de Tordesillas, la construcción de Petra, el apogeo chino bajo el emperador manchú Chien-Lung, las conquistas de Napoleón, el Imperio de Augusto, la expansión

musulmana, las hazañas de Gengis Khan, la hegemonía de Tebas, las guerras púnicas, las pirámides de los Incas, el desembarco en Normandía y el asalto al Palacio de Invierno?

Los congresistas se miraban unos a otros. No podían refutar a su colega. Sabían que podían engañar a los nocturanos pero no a sí mismos. El director del congreso se adelantó al podio y se dirigió a la nación nocturana:

—Las contradicciones señaladas tendrán una solución. Prometemos ante todos que en menos de una semana esa solución será encontrada.

Y ciertamente así fue. Los historiadores comprendieron que el asunto debía ser resuelto felizmente porque estaba en juego la paz, y designaron una comisión cuya misión era sintetizar los episodios más notables de modo que compusieran una bella visión de conjunto de grandes momentos de la humanidad, y al mismo tiempo no chocaran con las más elementales leyes de la lógica. Se elaboró así un gran relato que contenía la épica de sus primeros navegantes, quienes en frágiles embarcaciones de madera habían cruzado el océano; los testimonios y crónicas medievales en los cuales destacaba el carácter aguerrido de sus varones, la entereza de sus mujeres, y cómo, incluidos niños y ancianos, habían soportado durante la antigüedad crueles invasiones de otras tribus que pretendían sojuzgarlos. Se procedió a grabar en piedra los nombres de los guerreros que habían repelido al Islam, y también las batallas en las que habían resistido los asedios de los ejércitos que asolaron su territorio durante la Guerra de los Cien Años. Se construyó un castillo derruido para recordar la devastación causada por los otomanos durante el siglo XIX, y una iglesia de la que solamente quedaban en pie una nave lateral y el ábside para ilustrar los bombardeos sufridos en la Primera Guerra Mundial. Con el fin de consagrar que la resistencia nocturana durante los tiempos del nazismo fue notoria, se apuntaló un modesto memorial de los judíos que habían allí encontrado refugio. Y como emblema del pasado ancestral quedó en pie un milenario templo dedicado al sol y adornado con mazorcas en el frontispicio.

Nos retiramos cansados aquella noche, y por la mañana, prosiguió Aspern, Ulises salió de mi casa decidido a buscar a Díaz-Grey. Lo acompañé hasta la parada de autobuses y allí lo dejé junto al resto de las personas que hacían la cola. No eran muchas, así que supuse que podría abordar el primer transporte que llegara.

Ulises se subió al autobús y encontró un asiento libre junto a la ventana. El trayecto entre mi casa y la ciudad comenzaba a resultarle conocido. Primero se extienden unas llanuras cubiertas con maleza y a lo lejos se divisa el humo de las chimeneas de algunas casas aisladas en un paisaje monótono que cambia abruptamente después que la

línea de tren atraviesa la carretera. En ese punto el tránsito se detiene y los vehículos permanecen a la espera del momento en que la luz del pequeño semáforo alterne a verde; se escucha entonces una sirena y queda abierto el paso franco. En realidad, Ulises no había visto el tren, solamente la barrera. Traspasada ésta el camino se hace más encrespado y emprende la subida de una montaña que recorre un paraje completamente solitario, al comenzar el descenso la ciudad aparece. Una vez en ella el autobús se adentra por una vía que se convierte en un nudo de calles, y más adelante toma una desviación hacia una autopista perimetral que permite entrar en el centro urbano por el lado opuesto.

Durante un tiempo no le llamó la atención el paisaje porque era muy similar al que venía recorriendo. Estuvo atento a la montaña que debían ascender antes de llegar a la ciudad, pero continuaban las mismas llanuras con malezas y al fondo las mismas casas diseminadas. Fue una larga excursión que finalmente desembocó en medio de un tráfico atroz, y Ulises pensó que pronto llegarían al desvío que conducía a la perimetral. El autobús continuó su marcha por calles abarrotadas de gente y vehículos. A su vista se desplegaron cientos de negocios al aire libre, dispuestos como un mercado que se extendía por todas las aceras, de esquina en esquina, y tapaba la fachada de los edificios. Los transeúntes erraban entre los tenderetes, y desde la ventanilla del autobús era imposible distinguir otra cosa que los toldos y sombrillas que los cubrían. Se dirigió a su vecino de asiento y éste le dio una respuesta que no lo orientaba de ninguna manera. Entonces se acercó al conductor para consultarle si estaban muy lejos de las calles cuyos nombres conocía, la de las Residencias Urbex y la del Hotel Oasis. El hombre contestó que se encontraban en el punto opuesto. Pero, ¿opuesto de ambas? Opuesto, afirmó el conductor.

Le pregunté entonces por la perimetral, puesto que estaba seguro de que el autobús en la ocasión anterior había tomado esa vía hasta llegar a la estación final en la cual había una parada de taxis. El conductor dijo que se trataba de otro recorrido. Me subí al autobús equivocado, quizá no precisé bien el número, pensé, y quise asegurarme de esta duda, pero ya los pasajeros habían comenzado a bajarse y fui conminado a hacer lo mismo, de modo que me vi en la acera y se cerraron las puertas.

Comencé a andar en medio de los tenderetes intentando localizar alguna dirección que me permitiera volver, o bien a las Urbex, o bien al Oasis. Fue inútil, la multitud obligaba a llevar el paso rápido para esquivar los tenderetes, y, además, los vendedores ponían a todo volumen los equipos de discos compactos, creando así gran confusión. En medio de las diferentes músicas se reproducía también una voz que hablaba constantemente. Al parecer contaba chistes que hacían reír a

los transeúntes; en todo caso, en la algarabía de ruidos, ritmos, voces, bocinas y frenos era completamente imposible dirigirse a nadie, y menos que alguien se detuviera para indicar una dirección. En esas circunstancias seguí la marcha en el sentido de los automóviles que circulaban por la estrecha calle hasta tanto lograra llegar a un lugar menos concurrido. De pronto me envolvió un arremolinamiento de gente, decía Aspern que había relatado Ulises.

5

Era necesario dejarse llevar por la marea humana para no ser aplastado. Sorteaba los puestos de venta, cuando de pronto empezaron a gritar, a tirarse al suelo, a huir en estampida. Corrían pisándose unos a otros y tropezando contra los tenderetes. Unos hombres vestidos de negro con pasamontañas habían surgido como de la nada y disparaban con armas largas. “Los Vengadores de la Patria”, escuchó; todo el mundo parecía entender quiénes eran. Las ráfagas no cesaban y se añadieron las de los soldados que se presentaron arrojando bombas tóxicas y perdigones.

Los cazadores de morsas, decía Aspern que había recordado Ulises, disparaban con escopetas desde las embarcaciones, y cuando los cuerpos de los animales yacían sobre las piedras saltaban sobre ellas para descuartizarlos. Los disparos de los cazadores se oían desde la playa, y el pueblo se regocijaba, porque en el tiempo en que yo era niña, decía Ulises que le contaba su madre, sólo la caza de morsas traía algún beneficio. Después otras fuentes de trabajo disminuyeron las matanzas, pero en mi infancia todos los muchachos eran cazadores de morsas y todas las muchachas aprendían a tasajearlas y despellejarlas. Yo no quise que ése fuera mi oficio, decía la madre de Ulises, y por eso me casé con tu padre y me fui de Bahía de Piedras. Sin embargo, a mi madre, agregaba Ulises, le gustaba volver y contemplar el oleaje desde el balcón de la casa de mi tía, que siempre vivió allá. Sus hijos, aunque no fueron cazadores, trabajaron en el negocio de las morsas y exportaban la grasa y las pieles.

Los cuerpos caían unos encima de otros. Avanzó al borde de sus fuerzas sin detenerse hasta que los disparos se hicieron distantes, cada metro adelantado lo acercaba a la salvación. Así llegó a una calle que se encontraba en estado maloliente, con las entradas de los edificios tapadas por sacos de basura, y atravesada por ratas despavoridas. No había personas y la mayor parte de los comercios estaban cerrados con puertas metálicas. Únicamente tres camiones la recorrían y Ulises logró distinguir, entre las rejillas de la parte posterior, los rostros de los soldados que apuntaban sus armas. Agotado por la carrera tuvo que disminuir el paso y siguió caminando, era una calle ciega y dobló

por la última esquina. Se encontró entonces en un bulevar atiborrado de gente y de los mismos o parecidos tenderetes que había visto cuando se bajó del autobús que lo condujo a aquel extremo de la ciudad. Se sentó en un café con mesas al aire libre. Allí todo parecía estar en calma. Necesitaba beber algo, estaba deshidratado.

Un niño se acercó para limpiarle los zapatos y, aunque hubiese querido decirle que no, tuvo que aceptarlo. El niño frotaba los zapatos de Ulises y lo miraba insistentemente esperando que Ulises lo mirara a él. Cuando consiguió captar su atención sacó una bolsita del pantalón y rápidamente la volvió a esconder. "Es de calidad", le dijo al ver que no había entendido la seña. "Compre ahora que luego está más cara", insistió. Ulises se levantó y lo siguió a un pasaje que conectaba el bulevar con la calle de las ratas. Súbitamente aparecieron varios niños más y todos intentaban que les comprara su mercancía. Trató de despegarse de ellos pero estaba rodeado. Ninguna de las personas que estaban en el pasaje los miraba, todo transcurría como si estuvieran solos. De pronto los niños echaron a correr y Ulises advirtió que unos policías se habían asomado por la otra entrada del pasaje, la que abría a la calle de las ratas. Se acercó y la calle seguía vacía. Volvió al café, pero alguien había tomado su mesa y siguió de largo.

El bulevar era un paseo peatonal y se entretuvo curioseando las vitrinas de las tiendas. Se detuvo en una librería y ojeó los títulos desde afuera. En ese momento una mujer comenzó a dar gritos y un muchacho corrió arrastrando su bolso. Otros dos venían detrás y empujaron a la mujer que cayó al suelo. "Métase adentro", escuchó desde el interior. La librera abrió y cerró la puerta inmediatamente.

—Ya van a ser las cuatro, se me hizo tarde en el depósito. Después de las cuatro no se puede estar por aquí. ¿Usted buscaba algún libro?

—Entré porque usted me llamó —dijo Ulises.

—Es que no nos gusta que a los clientes les pase algo en frente del negocio. Esta librería fue la más famosa de la ciudad y ahora nadie se atreve a venir. Antes los escritores célebres pasaban aquí horas curioseando los libros, o se citaban y se dejaban mensajes. Era un lugar muy conocido. Sigue siendo un lugar muy conocido pero, como le digo, nadie quiere venir. Entonces, por lo menos a los pocos clientes no queremos que los atraquen.

Ulises miró hacia fuera y vio que a la mujer ya la habían ayudado a levantarse, continuaba dando gritos, aunque no le había pasado nada sino el golpe de la caída. Era una mujer que vendía medias deportivas pero no tenía un tenderete establecido. Todo el bulevar estaba lleno de tenderetes, uno tras otro, como los había observado antes en la calle en donde lo dejó el autobús.

—Se puede quedar un rato más mientras cierro caja, le aconsejo que no mucho tiempo.

Desde la librería Ulises notó que en todas las tiendas estaban bajando los portones de metal.

—Yo salgo por la puerta de atrás que está al lado del estacionamiento. Si quiere puede venir conmigo.

Ulises le dijo que prefería volver al bulevar porque había olvidado la chaqueta en el café. En efecto, cuando siguió al niño que lo llevó al pasaje dejó en la silla su chaqueta de lluvia.

—Por una chaqueta no vale la pena —le comentó la librera—, a no ser que sea muy costosa, y además dudo que la encuentre.

No quiso decirle que en la chaqueta tenía su pistola. El mesero que le había servido la bebida la había guardado y se la entregó. Tocó el bolsillo interior y sintió el arma. El café seguía lleno de gente y Ulises se sentó de nuevo. Frente a él había una mesa de jugadores de ajedrez y se quedó observando las jugadas. El grupo de mirones era bastante numeroso y no le pareció que estaba corriendo ningún peligro, como le había insistido la mujer de la librería. Era una partida interesante que parecía no terminar nunca porque los contendores eran muy parejos.

Solamente permanecían abiertos el café en el que estaba Ulises, y otro situado a unos cien metros. El bulevar se había deshabitado porque también los vendedores desmontaron los tenderetes. Quedaban las tablas desnudas, los tubos de los cuales colgaban los toldos y las cajas de madera que usaban para sentarse. En menos de una hora desaparecieron y toda la acera quedó marcada por la línea de las bolsas de basura, la mayoría de ellas rotas y los residuos desparramados. En poco tiempo comenzarán a llegar las ratas, pensó Ulises.

Los jugadores y sus observadores levantaron la mirada. En la esquina un hombre resistía contra otros tres que le habían caído encima y le daban patadas en la cabeza y golpes por las piernas con un bate de béisbol. El agraviado al principio aullaba pero poco a poco fue quedando en silencio. Los atacantes se dispersaron y desaparecieron por una de las esquinas. Cuando estuvieron seguros de que ya se habían marchado, los empleados del café y los observadores del ajedrez se acercaron a ayudarlo, también un policía llegó de improviso. El hombre no daba señales de vida y el policía insistió en que no lo tocaran hasta que viniera la ambulancia. Se supo que el caído le había metido una puñalada a otro en uno de los callejones y sus amigos cobraron venganza. Ulises, decía Aspern, no estaba seguro de que estuviera muerto, le parecía verlo respirar todavía. Llegaron más policías y empujaron contra la pared a los que acompañaban al caído para requisarlos, se escucharon unas sirenas lejanas. De pronto aparecieron por la esquina varios hombres armados que comenzaron a disparar contra los policías y los requisados, y Ulises corrió buscando

refugio, pero todas las tiendas estaban cerradas. Retrocedió entonces al pasaje en el que había estado con el niño y allí se acuclilló mientras continuaban los disparos.

Ahora el pasaje estaba lleno de personas sentadas alrededor de un fuego que habían encendido con unas maderas. Varias mujeres ancianas, rodeadas de bolsas de automercado y periódicos, se sentaban juntas y separaban las latas, las botellas de refrescos y restos de comida envueltos en servilletas, luego los distribuían entre ellas con equidad. Un grupo de hombres trajinaban unas botellas que Ulises supuso eran de bebidas alcohólicas. El pasaje estaba completamente a oscuras y para distinguir los rostros era necesario acercarse hasta casi tocarse. Reconoció al niño que le había limpiado los zapatos, y que ahora sacaba cuentas con los demás; discutían por la mercancía que habían vendido. Uno de ellos, el que parecía de más edad, repartía las raciones y luego cobraba la venta de cada cual. Mientras este procedimiento se desarrollaba, sostenía una pistola en la mano.

Tapados con unos cartones Ulises no vio el bulto de una pareja y los tropezó, eran bastante jóvenes, llevaban ropa que parecía limpia, el pelo arreglado, y unos morrales que usaban como almohada. “A veces pasamos la noche en una pensión y nos bañamos”, le dijo la muchacha, aunque Ulises no le había preguntado nada. Los niños habían terminado de repartir las mercancías y el dinero, y se acostaron a dormir; otros se quedaron parados al final del pasaje esperando a los hombres que, como sombras, salían de las esquinas y los empujaban contra la pared mientras los montaban. Todo era muy rápido. Inmediatamente que terminaban las sombras desaparecían y los niños esperaban a que vinieran otros. En el café ya habían recogido las mesas y apagado las luces. Se movió en dirección a la salida del pasaje. “No se vaya ahora —le dijo una de las ancianas—, quédese aquí hasta que amanezca.” Aunque faltaban muchas horas decidió seguir el consejo porque en ese momento escuchó el ruido de unas motos.

Por el centro del bulevar un grupo de motorizados se desplazaba a alta velocidad. Varias mujeres vestidas con pantalones muy ceñidos y blusas escotadas estaban paradas frente a un local en el que no había reparado antes. Ahora en la oscuridad total podía distinguir un bombillo que iluminaba la entrada. Corrían intentando huir pero fueron cercadas por los motorizados que estrechaban más y más el círculo. Cuando estaban a poca distancia comenzaron a arrojarles botellas y vidrios, ellas se tapaban la cabeza con las carteras protegiéndose unas a otras. Pegadas a la pared sus cuerpos se hacían aún más invisibles. Un niño se le acercó y le dijo: “Son Los Maquiavélicos. Se van rápido, solamente atacan a las putas; Los Vikingos matan a los transfor”. Se oyeron los tacones repiquetear en el

asfalto y a lo lejos una sirena como de ambulancia o de patrulla policial. Una de las mujeres se refugió en el pasaje, estaba sangrando por la boca. Cuando los motorizados se fueron una anciana comentó, “vamos a ver si nos dejan dormir”.

La pareja que parecía tener ropa limpia se había quedado dormida y Ulises trató de recostarse junto a ellos. Se sentía agotado y no ocurrió otro incidente durante el resto de la noche, salvo algunos ruidos provocados por la pareja. Logró cabecear un par de horas. Poco a poco se fue arrimando hacia la salida del pasaje que abría a la calle de las ratas, por donde había entrado al bulevar, y supuso que lograría encontrar algún transporte cuando fuese de día. Los niños estaban allí hurgando en las bolsas de basura. Algo sucedió entre ellos, escuchó los gritos y los insultos, comenzaron a darse golpes y uno sacó un cuchillo del pantalón. El mayor, el que había repartido la mercancía, disparó varias veces. Terminó de vaciar el cargador contra las bolsas. Ulises esperó en la oscuridad del pasaje para verlo marchar. Entonces salió a la calle de las ratas y la atravesó en la soledad de la madrugada.

Cuando el día se iluminó por completo, el bulevar volvió al gentío y a los tenderetes, decía Aspern que había relatado Ulises. Esperé a que abrieran las tiendas y entré de nuevo en la librería. La mujer me reconoció inmediatamente y me invitó a sentarme para mirar los libros con calma, como en los buenos tiempos lo hacían sus clientes. “Era un lugar renombrado. Se encontraron las mentes más luminosas, ocurrieron las más ilustradas conversaciones”, decía Ulises que había dicho la librera.

—¿Conoció usted por casualidad a Díaz-Grey? —le preguntó Ulises.

—¿Felipe Díaz-Grey o Inocencio Díaz-Grey? Los dos venían con mucha frecuencia. Como tenían el mismo apellido se producían confusiones cuando alguien les dejaba un mensaje o un libro. También había otro Díaz-Grey, creo que era pariente de Inocencio, pero ése venía poco, vivía en otra ciudad. Me parece recordar que se llamaba Lucas.

—Busco a Díaz-Grey, no sé su primer nombre.

—¿Quería dejarle algún mensaje?

Ulises contestó que estaba interesado en reunirse con él para un asunto de negocios, y le dio su número en las Urbex por si acaso aparecía. Le pareció más seguro ya que en la suite tenía una contestadora telefónica, y en cambio, en el Oasis, si llamaba en el turno de la recepcionista que alternaba con Walter los horarios diurnos, probablemente el contacto se perdería. Era una persona en la que no se podía confiar. La librera le aseguró que le daría su número a los Díaz-Grey, aunque, insistió, hacía varios años que no los veía a

ninguno de los tres. De Lucas tenía pocas noticias. Felipe, dijo, había sido un escritor muy reconocido y había ganado varios premios literarios importantes, incluso en otros países. Inocencio, en cambio, era un hombre entregado a la subversión. Había estado varias veces preso por eso, siempre queriendo tumbar a los gobiernos; una persona llena de anécdotas que a la gente le divertía escuchar. Bebía mucho, desde luego, y después que terminaba la tertulia en la librería se iba a un bar cercano y allí amanecía. Es probable que haya muerto; por el alcoholismo, agregó.

Ulises se quedó un rato más revisando los libros, al final escogió uno acerca de la historia de la aviación. Paseó entre los tenderetes y compró varios discos compactos, una camisa de manga corta ilustrada con las Torres Gemelas, unos lentes de sol y un pequeño morral para llevar sus nuevas pertenencias. Luego tomó un refresco y un perro caliente sentado en la acera junto a las muchachas que vendían en los tenderetes y descansaban bebiendo enlatados. Pero lo que más le atraía, decía Ulises, era el café. Llegaban niños, mujeres, jóvenes con cartelitos que anunciaban "Tengo sida"; personas mutiladas se arrastraban sobre tablas de madera con ruedas; otras mendigaban tiradas en el pavimento, ancianos con órdenes para comprar medicinas, hombres ebrios que le rozaban la manga de la chaqueta para pedirle que les diera algo de comer, seres que habían perdido la razón, o gente que en general trataba de vender algo, aunque, en ese caso, debían hacerlo con sumo cuidado porque, si los descubrían los vendedores de los tenderetes, eran inmediatamente perseguidos y obligados a marcharse. También se ofrecían cuerpos que salían de los pasajes, algunas eran muchachas que le parecían bonitas, o muchachos con perfiles físicoculturistas, pero él prefería continuar leyendo el manual de historia de la aviación en espera de que los jugadores de ajedrez comenzaran su partida. Así se quedó entre los mirones hasta el anochecer.

Un hombre vestido de traje y corbata, con un cartel en la espalda que decía "Los Salvadores de la Patria", dispuso un taburete en medio del bulevar y comenzó a repartir unos volantes, a la vez que leía su contenido con la ayuda de un megáfono:

¡Basta!
¡Participemos activamente!

Ciudadanos: ¡Todo tiene un límite y este límite ha llegado, si no reaccionamos pronto y contundentemente, se están preparando para matarnos!

Necesitamos reaccionar unidos ya que nadie nos representa. El gobierno y los políticos corruptos sólo están empeñados en destruirnos velando sólo por sus intereses. Esto no es sólo un problema entre

políticos y razas, este es un conflicto mayor y sanguinario que muy pronto tocará nuestro propio hogar. Si no, ¡cómo podemos entender que en momentos tan delicados los gobernantes viajen tan sueltos de cuerpo y los terroristas generan el conflicto y se van de viaje a instruirse sobre la forma más efectiva para aniquilarnos!

Somos millones los que salimos a trabajar todos los días, buscando el pan y sustento para nuestras familias y tenemos que soportar que un minúsculo grupo de anarquistas inadaptados e incapaces para razonar y negociar nos apliquen una tortura todos los días.

Somos millones los que generamos lo que esta desdichada ciudad produce, los que pagamos impuestos, los que aportamos con nuestro trabajo, los que queremos una educación digna para nuestros hijos y un puñado de inadaptados nos tiene en jaque.

Pobre de nosotros… los millones de habitantes de esta desgraciada ciudad dominada por un minúsculo grupo de delincuentes autodenominados políticos.

Ya llegó la hora. Estamos a un paso de la guerra civil donde tú y yo ya no podremos opinar sino apretar el gatillo para defender a nuestras familias. ¿Tú crees que un gobierno tan ridículamente débil como éste está en condiciones de defenderte? ¿Tú crees que en la mente criminal de un par de caciques terroristas e ignorantes tú cuentas para algo?

Esta puede ser nuestra última oportunidad para hacer algo en el marco de la paz y debemos reunirnos y manifestarnos por nuestros hijos y por nuestra vida ya que no sabemos si quedará algo de nosotros después de esto…

Acuérdate que si no hacemos algo ahora el próximo paso será defendernos de los asesinos que tienen la mira puesta en lo poco que tenemos. La ciudad que tú quieres dejar a tus hijos se está muriendo. ¡Debemos salvarla!

Vean a su alrededor, vean lo que ocurre. Vean a esa mujer haciendo sus necesidades en la calle, vean a esas niñas convertidas en prostitutas, vean a esos vendedores de drogas, esa es la Patria que nos dejan. La Patria es un chiquero y ellos son…

Su discurso se vio interrumpido por un pelotazo en la cabeza. Los jóvenes que hacían malabarismos en el bulevar comenzaron a lanzarle las pelotas y una de ellas lo impactó. El hombre, sin embargo, continuó:

> Vean a esos muchachos jugando pelota en los semáforos para ganarse unas monedas. Son ladrones, todos son ladrones, la Patria es un refugio de ladrones y violadores, y nosotros los ciudadanos honrados…

Los malabaristas se aproximaron al taburete para insultarlo y seguir golpeándolo. Desde lejos le alcanzó una piedra arrojada con una honda, y lo persiguieron mientras él corría. Minutos después todo volvió a la calma y los jugadores continuaron su partida.

—Viene casi todas las tardes —le dijo el mesero—. Un día lo van a matar. No sé cómo no lo han matado ya.

—Los que juegan pelota son de Los Guardianes de la Patria —le informó una mujer que vendía lotería—. Esto es territorio de ellos, ¿para qué se empeña en venir?

Ulises le preguntó si eran distintos a Los Salvadores de la Patria y la mujer le contestó que eran completamente distintos.

Cuando anocheció se refugió de nuevo en el pasaje. No vio a la pareja que parecía tener ropa limpia, pero sí muchos niños. No eran los mismos de la noche anterior porque habían muerto, pero hubieran podido serlo, se parecían. Tampoco estaba seguro de que las ancianas fueran las mismas, ni los hombres que se pasaban la botella. Pero estaba seguro de que era el mismo pasaje, lo reconocía porque conservaba pedazos de afiches en las paredes y recordaba con precisión uno de ellos, era un cartel de toros.

6

Decía Aspern que Ulises había pasado varios días en el bulevar. Regresó extremadamente delgado, más aún de como era la primera vez que lo vi. Tan demacrado que la barba sin afeitar se le había incrustado en la piel y producía un efecto muy desagradable. También su olor era pestilente y le pedí que se bañara antes de cualquier otra cosa porque era repugnante su presencia. Así lo hizo y luego se sentó en el sofá a ojear mis mapas con una mirada perdida que indicaba su ausencia. Le serví un té para reconfortarlo y me senté a su lado para continuar con mi relato de la historia de Nocturama.

Nocturama estaba situado en un paraje sometido a períodos extremos que oscilaban entre la sequía y las inundaciones, por esa razón los cultivos eran escasos y solamente producían coliflores y conejos. Los conejos siendo animales rápidos lograban escapar de las caídas de agua escudándose en las cuevas de las montañas, y sobrevivir con la escasa vegetación que resistía la sequía; las coliflores se habían adaptado al régimen de lluvias cosechándose de gran tamaño.

Durante los ocho meses de lluvia permanecía en la oscuridad a causa de la debilidad del alumbrado, y el frío húmedo recogía a las personas en sus casas antes de que el sol se hubiera ocultado totalmente, lo que ocurría apenas comenzaba la tarde. Una bruma continua cubría la ciudad y los habitantes se habían acostumbrado a reconocer los perfiles de sus sombras, hasta los niños sabían jugar en aquella penumbra. En algunos períodos la nebulosidad era tan pesada que el helipuerto que unía Nocturama con el resto de la región debía ser clausurado porque era demasiado peligroso sobrevolar la cordillera. Durante los meses de sequía la neblina disminuía y entonces el brillo del sol era tan intenso que igualmente impedía detallar los contornos de las formas, era como una constante iluminación enceguecedora.

Sus calles eran estrechas, empedradas casi todas ellas, y un observador hubiese dicho que Nocturama parecía una escenografía dispuesta para simular la atmósfera de muchos siglos atrás. Los pasos resonaban en el silencio, las ventanas permanecían cerradas la mayor

parte del tiempo, y tan pronto anochecía nadie transitaba. No era un pueblo feliz, como ninguno lo es. Ni justo, como pocos lo son. Vivía sus ciclos en medio de dificultades y experimentaba épocas de bonanza y otras de pobreza. Quizá lo inesperado de su origen los inclinaba hacia la utopía, pero también a la nostalgia de los tiempos guerreros que ellos mismos habían decidido establecer como sus antepasados.

No era Nocturama un pueblo tranquilo como pudiera pensarse por su aislamiento y vida rudimentaria, la constante invención de su historia había producido dificultades en la convivencia, descontento en algunos y ánimos discrepantes en otros. No todos estaban de acuerdo en el pasado que deseaban tener, si bien coincidían en esperar del futuro lo mejor, como generalmente ocurre en la mayoría de las personas. Había sido decretado que la historia nocturana era un proceso en revisión, podía y debía continuar construyéndose hasta tanto todos los grandes hechos de la humanidad tuvieran cabida en ella, siempre y cuando se respetaran algunas leyes de la cronología. Por tanto, los historiadores seguían afanados en el estudio e interpretación del pasado. Sin embargo, acontecimientos inesperados tuvieron lugar en el presente de Nocturama.

Había un bar en el cual los hombres jugaban a las cartas y los jóvenes, pool. Se llamaba Nocturama Pool Bar, y allí bebían y mascullaban tonterías acerca de mínimos e insignificantes sucesos mientras escuchaban la música del jukebox. La vida de Nocturama giraba en torno a sí misma y los que abandonaban el pueblo no regresaban nunca más, de modo que era poco lo que se sabía acerca del resto del mundo. La prensa nocturana se refería casi exclusivamente a noticias locales, salvo en los casos de guerras mundiales o situaciones extremas, y los nocturanos se preciaban de no estar preocupados por otra cosa que no fuera su existencia. En el Nocturama Pool Bar se discutían la mayor parte de las decisiones y problemas de la vida cotidiana; era, por así decirlo, una suerte de ágora donde tenían lugar las deliberaciones concernientes a la ciudad, al punto que los señores del Consejo de Gobierno habían optado por reunirse allí la mayor parte de las veces, y como los temas no eran tantos ni las opiniones tan contradictorias, generalmente intercambiaban las incidencias más menudas. Cuántos conejos habían logrado cosechar, qué plaguicidas eran más convenientes, si este año la lluvia había sido más implacable que el anterior, o cuál, en verdad, recordaban como la sequía más feroz.

Ocurrió, entonces, un acontecimiento inusual. Un joven jugador de pool apareció una noche en el Nocturama Pool Bar; muy agitado irrumpió en el local con la noticia de que aquella tarde habían llegado unos extranjeros con insólitas noticias. Eran dos alpinistas que decían

haber escuchado el rumor de que un héroe sin estatua había atravesado miles de kilómetros buscando un pueblo sin epónimo para asentar allí un reino único, una nueva humanidad que se dedicara por entero a rendir tributo a las gestas del pasado y fuera eternamente recordada gracias a su nombre. Todos los lugares que había recorrido ya tenían su plaza, su héroe y su estatua. En algunos casos se trataba de un personaje cantado por antiguas crónicas, en otros era quien había salvado a su gente de alguna catástrofe, o los había liberado del sometimiento de sus enemigos; también personas famosas que se habían distinguido por sus hazañas, sus inventos o sus creaciones, pero, después de viajar por todo el mundo, solamente había encontrado un pueblo sin héroe: Nocturama. En poco tiempo, decía el joven que le habían contado los alpinistas, el héroe sin estatua llegaría para proponer a los nocturanos convertirse en su héroe histórico.

Al principio la novedad levantó suspicacias. ¿Por qué razón, se perguntaban, elegiría Nocturama? ¿Era acaso el único lugar del planeta que no tenía héroe? Seguramente existían remotos rincones que tampoco habían logrado un nombre que diera sentido a su existencia. Y de más fácil acceso. Ciertamente sus condiciones geográficas hacían difíciles los contactos exteriores. Como ya se dijo, estaba emplazada en un valle a gran altura, y a los lados pendían riscos duros de escalar. Sólo una montaña, la montaña central, tenía comunicación con el resto de la región, después de varios días de camino en mula, ya que apenas si había trazada una estrecha vía de penetración que no permitía el paso de automóviles. A través de una estación de radio se establecía conexión entre la región ultramontana y el helipuerto, pero los servicios de vuelo eran muy escasos durante el invierno, de modo que solamente se usaban en caso de emergencias o enfermedades graves para trasladar a las víctimas y a los muy escasos visitantes. Por todas estas circunstancias, ante la noticia que anunciaba al héroe, se produjo un gran descreimiento de su venida. Mas, por la posibilidad de que ello ocurriera, decidieron los señores del Consejo de Gobierno que era necesario montar guardia permanente. Si acaso llegaba por la noche, cuando ya el Nocturama Pool Bar hubiese cerrado sus puertas y la iluminación de la ciudad fuese casi inexistente, la neblina espesa de las horas de la madrugada lo desanimaría. No vería las casas y dudaría de la existencia de Nocturama.

Ulises, decía Aspern, tenía poco interés en la historia de Nocturama. Su única preocupación era el Hotel Oasis. Pude convencerlo de que se quedara unos días conmigo, después de sus aventuras en el bulevar, pero sentía nostalgia. He permanecido ausente demasiado tiempo, insistía, quiero ver de nuevo el ocaso

desde la ventana de la habitación 32.

Llegó a la calle del hotel, que era el punto de la ciudad que reconocía sin ninguna duda, y distinguió ya desde lejos, bastante antes de estar frente a la entrada, a unos hombres, que luego pudo identificar como vigilantes, apostados haciendo guardia. En el primer momento sintió miedo, pero venciéndolo se aproximó. Los hombres le apuntaron y no le permitieron el acceso. Intentó convencerlos de que era un antiguo huésped que venía a recoger sus pertenencias.

—No queda nada adentro —dijo uno de ellos—. Ha sido imposible impedir que entren y se lleven todo lo que pueden cargar.

Ulises insistió y le dio dinero al vigilante para que lo dejara pasar. En la recepción donde acostumbraba a sentarse Walter a ver la televisión habían desaparecido los muebles, unos sofás de plástico imitando cuero y una mesa con algunas revistas que pretendían la apariencia de un hotel de dos estrellas para viajantes de comercio. La alfombra, sin embargo, estaba igual, sólo que con algunas manchas de orina. Detrás de la recepción una reja abría a una pequeña terraza interior ocupada por unas sillas de hierro siempre solitarias. No tenía protección para la lluvia y las sillas estaban oxidadas. Ulises siempre las recordaba oxidadas. Se sentó en ellas como acostumbraba a hacerlo, era el único que lo hacía. Mientras el resto de los clientes se encerraban en sus habitaciones por horas, él se quedaba leyendo hasta que oscurecía, la terraza no tenía iluminación. Amo estas paredes oscuras, estos tiestos en los que nadie ha sembrado una planta desde hace años, este piso sucio con los excrementos de Sonofabich, decía. El ruido, a veces molesto, de los clientes no llegaba hasta allí, y a Ulises le parecía gozar de una máxima privacidad. Sus días en el Oasis eran como las más preciadas vacaciones que nunca había disfrutado.

Desde allí miró el cielo porque le gustaba contemplar el recuadro de las nubes blancas que asemejaba una bóveda decorada. Se fijó en el piso, concretamente en una esquina en la que antes, decía Ulises que decía Walter, hubo un bar en el que se servían bebidas a los clientes. Su mirada fue limpiando las baldosas, sobrevolándolas como si desde un avión observara la tierra, hasta que chocó con un bulto. Se levantó para detallarlo y comprobó que era el cuerpo de Sonofabich con la sangre pegada al pelaje como una costra de varios días. No había sentido simpatía por el perro pero, dijo Ulises, tuve un momento de compasión, como seguramente le ocurría a mi madre cuando veía los cuerpos de las morsas, y le di la vuelta con el pie para saber por qué había muerto. La sangre había salido del ojo, así que supuse que había sido un disparo.

Volvió a la recepción y revisó el mueble en el que se guardaban las llaves y las facturas, comprobó que estaba completamente vacío. La mayoría de las gavetas faltaban o estaban rotas porque habían sido

sacadas a la fuerza, seguramente buscando dinero, lo que era inútil porque la dueña únicamente aceptaba tarjetas de crédito, pero esto era algo que no sabían quienes habían intentado forzarlo. Descolgó el teléfono y la línea estaba muerta; encendió la luz que aún funcionaba. Entonces se dirigió a las escaleras y comenzó a subir hasta el tercer piso. Los pasillos estaban ahora sin la alfombra, arrancada a pedazos, y por todas partes se veían residuos humanos. Parecía que el hotel hubiese sido habitado, pero en aquel momento en que Ulises lo recorría estaba completamente vacío. La mayoría de las puertas de las habitaciones permanecían abiertas y se asomó a ellas con curiosidad. En algunas quedaba parte del mobiliario, otras estaban desnudas. Las piezas sanitarias habían sido despegadas, al igual que los aparatos de televisión, los soportes y las tablas de los pequeños armarios. Ulises nunca había visto otra habitación que la 32 y observó que eran todas exactamente iguales, con muy poca diferencia de tamaño. Lo que distinguía las unas de las otras era el hecho de que algunas daban a la calle, como la suya, y otras hacia un patio interior que no conocía. Era simplemente el hueco entre las cuatro paredes que conformaban el edificio. Allí tampoco había nada, aunque probablemente nunca lo hubo.

Llegó al tercer piso y la puerta de la habitación 32 estaba cerrada. Forcejeó sin lograr abrirla hasta que recordó que Walter guardaba su llave aparte del resto, no en las casillas del mueble de la recepción sino en un gabinete separado, y bajó a buscarla. El gabinete había desaparecido. Enfurecido subió de nuevo y pateó la puerta para romperla, no fue necesario. Walter la abrió desde adentro.

—Pensé que volvería —dijo.

—¿Qué ocurrió?

—La dueña decidió cerrar el hotel. Lo saquearon y pronto vendrán a destruirlo, mientras tanto decidí quedarme, no tengo adónde ir. Mataron al perro, ¿vio?

—¿Por qué quiso cerrar el hotel?

—No dio explicaciones. Lo cerró y se fue. Seguramente para venderlo. ¿Usted se quiere quedar aquí?

—Quiero mis cosas y quiero estar un rato en la habitación, solo.

—Sus cosas están ahí.

Se sentó en la cama desde la cual podía ver los edificios contiguos y escuchar el graznido dispar de los pájaros que era particularmente chirriante en el crepúsculo. Mi madre tenía un loro, dijo Walter, que tapaba a esa hora para no oír su desagradable voz. No sé por qué cuidaba al loro si no le gustaba, mi padre también odiaba al loro. Lo ahorcó con una corbata y mi madre se enfureció porque había usado la mejor que tenía. Alguien le preguntó una vez a mi padre: ¿es usted

fetichista? No, dijo él, las corbatas son para ahorcar a mis víctimas. Mi padre era una persona con mucho sentido del humor, aunque mi madre no lo comprendía. Walter se alejó como si estuviera triste, decía Ulises, como si recordara tiempos mejores. Intentó ver la televisión, pero no funcionaba. Se acostó y se quedó mirando la ventana. Cuando anochezca será un espectáculo maravilloso. Será tranquilizador.

Por la mañana le pareció que había movimiento en el hotel y salió de la habitación. Los vigilantes habían agarrado a un hombre que se había refugiado en una de las habitaciones y lo estaban sacando a la fuerza, se estaba llevando un espejo que había despegado del baño.

—Hemos capturado más de veinte individuos tratando de sustraer objetos de las instalaciones —le comentó el vigilante—. Muchas veces son reincidentes. Además, han abierto un hueco por la parte posterior del edificio, entran por cualquier recoveco.

Ulises, relataba Aspern, se quedó viviendo en el Hotel Oasis. Se sentía el heredero de un palacio al que había vuelto cuando ya todos lo habían abandonado. Un palacio en un país que no visitaba desde mucho tiempo atrás, y un fiel servidor, Walter, había estado cuidándolo hasta su regreso. Es una gran patria la infancia, decía, y, para él, el Hotel Oasis era como su infancia de la que había sido exiliado porque no la recordaba. Apenas si lograba aferrarse a la visión de Bahía de Piedras. Allí están, creo, todas nuestras inocencias guardadas, decía Aspern que había dicho Ulises. Cada lugar tenía su propio nombre y podíamos llamarlo desde todas partes. Sólo a veces el silencio trepaba.

—Es extraño —opinó Emma— que ese lugar no aparezca en sus mapas, profesor Aspern. Pudiera ser que Ulises Zero confunde el nombre. A lo mejor era Puerto de Piedras o Bahía de Morsas, o Piedras simplemente. ¿Ha investigado todas las alternativas?

—Casi todas, no hay tal nombre en el mapa. Pero si usted buscara Diorama tampoco lo encontraría. Ocurre con cierta frecuencia que hay pueblos, ciudades, reinos perdidos para siempre porque los mapas ya no los registran. Después de la Segunda Guerra Mundial tantos lugares cambiaron de nombre y fueron pronunciados en distintas lenguas que se volvieron irreconocibles. Piense en Auschwitz, por ejemplo, su nombre es Oswieczim, ¿no le parece muy distinto? Y así ocurre en muchos otros casos.

—Así es —corroboró el coronel Dickinson—. En mis viajes he podido comprobar que los nombres de los lugares no son tan permanentes como se cree, mudan por las más variadas razones. ¿Cómo encontraríamos hoy el Ducado de Corintia o el Califato de Córdoba, Dobrudja o Königsberg, el Virreinato de Nueva Granada o Karakorum, las Nuevas Hébridas o Tanganica?

La noche había caído por completo y los jugadores se dispusieron a la partida. Deseaban conocer a Ulises Zero pero nunca visitaba a Aspern los viernes.

—Estoy seguro de que en algún momento lo hará —dijo Aspern—, aparecerá un viernes a esta hora y él mismo podrá contarles sus aventuras.

—De todos modos usted lo hace tan bien, profesor, que es como si lo conociéramos —suspiró Emma.

7

No era únicamente el hotel, decía Ulises, todo el entorno había sido abandonado. Las ventanas de los edificios vecinos estaban a oscuras, parecía no vivir nadie en ellos, y, sin embargo, los recuerdo muy bulliciosos; no solamente la platabanda en la que está la pajarera sino también los apartamentos. Generalmente se escuchaba muy alto el volumen de la televisión y el motor de los aparatos de aire acondicionado, porque eran viejos y traqueteaban constantemente interrumpiendo el sueño. Una tarde observé que la pajarera había sido desocupada. No puedo decir qué ocurrió, supongo que alguien la abrió y los pájaros escaparon. Tampoco se oían voces ni se veía alguna luz. Detrás había un taller mecánico, creo que ha cerrado, lo digo por el silencio, repetía Ulises. Un taller mecánico es un negocio ruidoso.

Walter, decía Aspern que decía Ulises, salía todas las mañanas y compraba comida para los dos. Una de las cocinas continuaba funcionando, una cocina portátil con dos hornillas que Walter tenía para su uso personal. Compraba huevos, a veces carne, algunas patatas, y de ese modo comíamos bastante bien. Otras veces pan, queso y jamón para hacer sándwiches, y una botella de whisky. Es la bebida que me gusta, para él traía cervezas. Estaba muy preocupado porque sabía que no podríamos quedarnos mucho tiempo, era inminente que procederían a su destrucción, y, aun en el caso de que no ocurriera, la dueña terminaría por vender el hotel y tendríamos que salir. Le ofrecí recomendarlo en las Residencias Urbex, quizás estuvieran interesados en un empleado. Walter es un hombre muy capaz y tiene conocimientos de electricidad, plomería y mecánica sencilla, además de saber tratar con los clientes. Le prometí que haría eso cuando nos fuéramos del Oasis, cuando no quedara más camino que abandonarlo nosotros también.

Decía Ulises que al cruzar los pasillos alineados por habitaciones desnudas, desde el tercer piso en el que estaba la suya, miraba hacia abajo y recordaba un ascensor de espejos y puertas de herraduras doradas con pomos en forma de delfines que se elevaba en el vacío de una doble escalera de mármol. No estaba seguro si era una evocación o una fantasía, o quizá la escena de un filme o una combinación de

todo ello. En el Hotel Europa un anciano mayordomo le llevaba el equipaje y lo depositaba suavemente sobre una banqueta, luego, arrastrando la pierna, abría las cortinas y subía las persianas para que el huésped pudiera asomarse a la ciudad. Al otro lado del balconcillo de bronce torneado se alzaba el Palacio de la Cultura, y tan pronto hubo sacado y doblado su ropa en el armario de madera negra, al frente de la cama vestida con un inmaculado cobertor blanco, salió a la calle para contemplar de cerca el edificio, lo que era difícil por su inmensidad. Recorrió sus esquinas absorto en las figuras humanas esculpidas en piedra, hermosos cuerpos, rotundos jóvenes que hablaban de la fortaleza física y la higiene moral. Así, debajo de las hornacinas decoradas como conchas, los campesinos, las obreras, los soldados, las pescadoras, los estudiantes, las deportistas contemplaban desde sus órbitas vacías al paseante, y la altura de la historia, de la cual su tamaño mismo, más de cuatro metros, era símil visible, flotaba entre banderas rojas hacia el porvenir. No que Walter, un hombre menudo y ágil, le recordara al anciano mayordomo del Hotel Europa, pero el silencio de los pasillos y la puerta de metal gris y vidrio esmerilado del ascensor dañado era una insistente memoria de su paseo alrededor del Palacio de la Cultura.

Mientras estuvimos en el Oasis esperando su final, decía Ulises, Walter me contaba la historia de su padre, un hombre que vivía de sus recuerdos.

Mi pueblo, Golovno, decía Walter que decía su padre, estaba situado a unos veinte kilómetros de Brisk y cerca del Bug, un largo río que cientos de kilómetros después desembocaba en el Waisel, a las orillas de Warsha. En la época en que yo nací estaba en Polonia, después de la guerra pertenece a Rusia. El pueblo era tan pequeño que se veía de una vez, como una foto, rodeado de bosques. Tenía casas de madera en hilera y en el medio una calle de tierra. Cuando mi padre lo recordaba estaba nevado. A las afueras del pueblo cruzaba un camino también de tierra por el que pasaba lentamente una carreta. El dueño iba a pie, y de vez en cuando acariciaba al caballo, un animal viejo y escuálido. El padre de Walter le había preguntado cuántas personas vivían en el pueblo, y el carretero le contestó “no lo sé, nadie lo escribe”.

Sobre la calle que atravesaba el pueblo había unas piedras redondas y entre ellas se acumulaba el barro producido por la nieve derretida. Al final estaban la iglesia y el cementerio, y los domingos se escuchaban las campanas que daban la bienvenida a los cristianos. Los policías del pueblo usaban unos vistosos uniformes y marchaban con pasos largos, sin doblar la rodilla, mirándose el sombrero pero, siempre borrachos, se tropezaban. Los niños, al verlos, echaban a correr y se metían en sus casas.

Las casas estaban construidas con listones de madera muy pequeños, de cinco por diez centímetros. El piso era de tablas, y el techo en triángulo cobijaba un granero en el que se almacenaba la comida para los animales. El padre de Walter recordaba a su abuelo, un hombre alto, delgado, de barba blanca. También a su abuela que le daba manzanas y le obligaba a comer las que estaban podridas. La pieza estaba dividida con tablillas y listones para separar el espacio que le tocaba a cada uno. Tantas marcas, tantas personas. Las ventanas eran de madera, los vidrios estaban pintados de blanco y tenían persianas para protegerse del frío. Entre las ventanas y las persianas se ponía paja seca, y sobre la paja unos tomates rojos como adorno. Al lado de la mesa había una cocina calentada con troncos. La abuela repartía unas cucharadas que sacaba de una olla que contenía una sopa grasienta con pedazos de col y papa, pero las cucharadas que la abuela le ponía en el plato eran muy pocas. En la mesa se sentaban los dos abuelos, el padre de Walter y sus seis hermanos. Cuando terminaban de comer, el padre de Walter se acostaba en la paja envuelta en mantas al lado de una de sus hermanas.

—Yo quiero tener una cama para mí —dijo una vez, y su abuela lo escuchó.

—Vete a América, allí dormirás como un príncipe.

El padre del padre de Walter vivía lejos del pueblo. Cuando fue a verlo, se sentó a su lado y le enseñó un libro que sacó de la chaqueta. “Me lo prestaron en la biblioteca del pueblo”, le dijo a su padre. El padre sonrió y cogió el libro haciendo como si estuviera leyendo, pero no sabía leer. Luego entró una mujer, seguida de tres muchachos que eran sus hijos. La mujer le pasó la mano por la cabeza y le ofreció una manzana, él vio que en la cesta no había sino tres y le dijo “gracias, la abuela me dio mucho de comer”. Cuando el padre de Walter iba a la biblioteca, una casa pequeña muy parecida a las otras, hablaba con la mujer que prestaba los libros a los niños del pueblo. “Debes leer un libro por semana. Es lo mejor si quieres ser poeta.” Luego volvía a su casa y lo escondía entre la paja donde se acostaba, porque no quería que nadie supiera que estaba leyendo un libro. Lo leía muy despacio llevando la línea con el dedo. Una vez su abuelo sacó del bolsillo de la chaqueta un sobre.

—Es de tu tío, el que se fue a Nueva York.

La carta era una postal del puente de Brooklyn y un billete de diez dólares.

—Son diez dólares. Diez dólares —repitió el abuelo.

El padre de Walter miraba el billete y miraba la postal.

—Si tú tuvieras diez dólares, ¿serías capaz de abrirte paso en la vida? —le preguntó el abuelo.

—Creo que sí. Abuelo, ¿qué se puede hacer con tanto dinero?

—No se lo digas a nadie —dijo el abuelo—, a nadie. Ni a la abuela —y le entregó el billete y la postal.

El padre de Walter metió el billete en el sobre y lo guardó en una caja de madera, luego cogió un martillo para clavarla. La postal la guardó en el libro, escondido dentro de la paja. Por la noche, cuando todos estaban durmiendo, prendió una vela. Se quedó un buen rato mirando la postal hasta que la vela, que era muy pequeña, se consumió, y entonces se quedó dormido. Esa noche tuvo una pesadilla. Veía el puente que estaba en la postal y caminaba por él. Estaba completamente solo y la gente pasaba alrededor sin mirarlo. Él trataba de hablarles para pedirles algo de comer, pero no le contestaban y seguían de largo.

El padre de Walter tenía un amigo que trabajaba como aprendiz en el taller del zapatero. El dueño los golpeaba con una vara cuando estaban distraídos. A veces su amigo tenía que quedarse hasta la noche porque no había terminado el trabajo y el dueño decía que era muy perezoso. El padre de Walter le dijo a su amigo que había leído en un libro que los trabajadores tenían derecho al descanso y que iba a escribir una carta sobre eso, pero su amigo le dijo que no serviría de nada y que él se iría muy lejos y no regresaría nunca.

—¿A dónde? —le preguntó.

—A Czernowitz —contestó el otro.

—¿Y dónde queda eso?

—No lo sé, pero es lejos.

Cuando fue a buscarlo al día siguiente la madre de su amigo le contó que se había marchado. A lo mejor vuelve, trató de consolarla. “No, no volverá jamás”, dijo la mujer.

Se pasó la manga para quitarse una lágrima. Cruzó la calle que estaba muy encharcada y saltó sobre las piedras como lo hacía con su amigo cuando eran niños. Al acercarse a su casa tuvo un recuerdo de su infancia. Era muy pequeño y estaba jugando con su amigo, al llegar a su casa encontró a su madre sentada, recostada del escalón de la entrada. En los brazos tenía a su hermana menor. El padre de Walter la tocó y la mujer cayó.

Un día el padre de Walter se levantó sin hacer ruido y comprobó que todos dormían. Se puso las botas y los pantalones que usaba para montar a caballo. Atravesó el establo, escuchó el mugido de la vaca y le pasó la mano por el lomo. Estaba llorando. No se había dado cuenta de que su hermana mayor estaba ordeñando la vaca.

—¿A dónde vas tan temprano? —le preguntó su hermana—. ¿Por qué estás llorando?

—Tengo hambre —dijo.

—Pero eso no es un motivo para llorar —le dijo ella. Y le acercó un pocillo de la leche que estaba ordeñando.

Pero él seguía llorando. —Me duele el estómago.

Su hermana se levantó y se fue a la cocina, buscó una tapa caliente, la envolvió en un paño y se la puso en el estómago. Luego le dio varios panes, más de los que le daba todos los días. “Toma, para que te atragantes”, le dijo, y siguió ordeñando la vaca. Él entró en la casa, sacó la caja de madera donde había escondido el billete de diez dólares y se lo metió en un bolsillo de la chaqueta. Buscó una gorra de lana y se puso unos calcetines más gruesos. Se quedó mirando a los que dormían, nadie se había dado cuenta de que él se estaba yendo. Volvió a mirar a su alrededor, como si quisiera llevarse toda su casa de Golovno, y cerró la puerta sin ruido. Recorrió la calle del pueblo hasta dejarlo atrás; de allí siguió por el camino que hacía el carretero cuando iba a otros pueblos para vender ropa usada. El padre de Walter conocía ese camino porque muchas veces acompañaba al carretero. Se extendía entre dos filas de árboles, eran muy altos y el padre de Walter se veía muy pequeño entre ellos.

8

Muchas noches escuchábamos pasos en las habitaciones, decía Ulises. Eran indigentes que escapaban a la vigilancia de los hombres de seguridad y pasaban allí la noche, resultaban inofensivos y nos hacíamos los desentendidos. Solamente en una oportunidad se produjo un incidente. Una mujer con unos niños se puso a gritar, aullaba permanentemente y de un modo insoportable. Walter trató de calmarla explicándole que vendrían los vigilantes y la sacarían por la fuerza, ella no parecía entender las razones. Estaba fuera de sí y continuaba con sus gritos hasta que, efectivamente, los vigilantes la oyeron y entraron a buscarla. Dispararon varias veces y la mujer se perdió en la oscuridad con los niños. Walter dijo que era una mujer de los piqueros, podía reconocerlas en cualquier parte. No estoy seguro, decía Ulises, quizás lo era. De todos modos no regresó.

Estuvimos en el Oasis, le había relatado Ulises a Aspern, hasta el último momento. Los vigilantes abandonaron también el edificio cuando comenzó el ataque. Los Vengadores de la Patria estaban colocados en dos edificios del otro lado de la calle, el lado contrario a la platabanda con la pajarera que yo veía desde mi cuarto, y empezaron a disparar en la madrugada. Tenían ametralladoras de mucha potencia y también lanzaron bombas que incendiaron parte del edificio. Todo en realidad fue muy rápido. No creo que durase más de media hora o quizá menos. Permanecimos acostados en el suelo debajo de la cama hasta que decidimos bajar, de otro modo hubiésemos muerto allí, temíamos que el fuego de las ametralladoras traspasara las paredes. Una vez en la planta baja logramos escabullirnos por la puerta de atrás, una salida que yo no conocía porque nunca la había usado, precisamente frente al edificio de la platabanda donde estaba la pajarera. Nos refugiamos en el estacionamiento escalando el portón metálico, que no era demasiado alto, y nos escondimos allí hasta que cesaron los disparos y las ráfagas. Escuchamos el silencio de nuevo. Al parecer Los Vengadores de la Patria habían cumplido su misión pero ya era imposible regresar. Me despedí de Walter, y aunque le propuse que viniera conmigo no quiso. Prometió ir más adelante y no lo ha hecho, quizá más adelante lo haga.

Caminé un largo rato hasta que terminó de amanecer y pude llegar a las Urbex. Cuando estaba casi en la esquina vi cruzar varios camiones militares y uno de ellos se detuvo frente a mí. Una fila de hombres subía al camión mientras los soldados los empujaban hacia dentro. Creo que se subían voluntariamente, naturalmente no puedo asegurarlo. Entré en las Urbex y encontré mi suite exactamente igual a como la había dejado.

Me acometió un estado de tristeza, decía Aspern que había dicho Ulises, cuando comprendí que todo estaba perdido. No podría regresar a la habitación 32 porque seguramente ya los soldados habrían acordonado el edificio y negarían el acceso. Además, el daño sufrido en el ataque había producido una devastación, que, aun sin los soldados, haría demasiado riesgoso permanecer allí. En aquella habitación no me importaba si era o no Ulises Zero porque me pertenecía a mí mismo.

Todas estas consideraciones, decía Aspern, redoblaban en Ulises la urgencia de Díaz-Grey. Cualquier razonamiento en favor de buscar otra persona que pudiera ayudarlo a encontrarse a sí mismo era inmediatamente desatendido. Había intentado localizar su teléfono con la dirección que le había dado la dueña del Oasis, pero al parecer había mudado el número. Así le habían explicado en el servicio de información telefónica. Su anterior número de abonado ya no le correspondía y no conocían el actual. Esto desesperaba a Ulises, más todavía después de la pérdida del Hotel Oasis y de Walter, de quien no había tenido noticias desde la noche en que huyeron. No conocía nada de él ni tenía algún dato que le permitiera localizarlo, así que solamente si Walter se presentaba en las Urbex volvería a verlo. Ulises temía por su vida.

Es necesario, le decía Aspern a Ulises, es absolutamente necesario que se acostumbre a vivir sin esas referencias. Le invito a quedarse en mi casa, hay una habitación disponible que no necesito, salvo que reciba un visitante, lo cual es muy improbable en este momento. Disfrutará de la soledad durante todo el día porque yo estoy siempre en mi biblioteca, y si acaso prefiere comer solo también puede hacerlo. No nos molestaremos el uno al otro, y ni siquiera nos daremos cuenta de que compartimos la vivienda. Alrededor hay paseos hermosos, parajes que no conoce, y en ellos encontrará la tranquilidad de espíritu que todos estos acontecimientos le han quitado.

Ulises aceptó quedarse un tiempo mientras reconsideraba su destino, ahora que ya no podría regresar al Oasis. Compró ropa nueva, otro maletín, y, afortunadamente, dijo, conservó su pistola que llevaba siempre consigo. Sin embargo, no ha aceptado estar aquí los viernes, le insisto que lo haga pero la presencia de otras personas le intimida.

Cuando sabe que se acerca la hora de su llegada, se aleja, sale a caminar por la carretera y ya no vuelve hasta bien avanzada la noche. Sé que ha regresado porque oigo que abre la puerta.

—Es muy lamentable que el señor Zero no quiera conocernos. Seríamos para él un consuelo. Estoy segura que David lo ayudaría.

—Pero no lo desea, Emma, y no he podido convencerlo de su error. Por otra parte, no creo que permanezca aquí, lo percibo inquieto, desasosegado, y ciertamente esta casa no tiene las comodidades de las Residencias Urbex.

—En todo este tiempo, Aspern, ¿no le ha contado algo que permita al menos saber de su origen?

—Recurrentemente vuelve al asunto de las morsas, las cacerías que tenían lugar en Bahía de Piedras. Hemos determinado su hábitat con ayuda de los mapas, y son costas incompatibles con la vida humana. Pienso que Ulises se equivoca y que probablemente se trate de lobos marinos, una especie en extinción; no sólo los cazan sino que algunas salmoneras los aniquilan para evitar que se coman la producción. Las morsas viven en pocos lugares del mundo, pero ninguno parece ofrecerle alguna certeza. Y desde luego, como ya dije, Bahía de Piedras no está registrada en ninguna parte. Es posible que esté en un error, recuerda el paisaje pero confunde el nombre.

—¡Qué lástima que no haya podido convencerlo de quedarse un viernes! Nos haría compañía, al fin y al cabo siempre es interesante conocer nuevas personas y podría compartir con nosotros sus aventuras en la ciudad. A veces echo de menos la ciudad, ¿ustedes no?

Al Dr. Wakefield no le gustaba recordar la ciudad, de hecho no la recordaba, hacía tanto tiempo que no vivía en ella que le resultaba desconocida y abyecta.

—Nunca más volveremos, Emma, es necesario que lo comprendas así.

—Vamos, vamos —dijo el coronel Dickinson—, no deben discutir por algo que no tiene mayores argumentos.

—Es cierto —concluyó Aspern—, nuestro destino es otro. Estaremos aquí hasta que sea posible, hasta que ellos vengan a buscarnos. En ese caso, tendremos que huir nuevamente.

—Pero ¿a dónde profesor Aspern? ¿A dónde? Hemos huido tantas veces, casi no nos quedan lugares adonde ir.

—El mundo es muy grande, señora Wakefield —dijo el coronel—, es infinitamente grande. Nunca, por más que huyamos, podremos agotar los refugios.

—No quiero ir a cualquier parte, coronel. No todo lo que el mundo ofrece es deseable.

—Así es, querida. Considero irrelevante esta conversación. ¿Puedes

abrir los pasteles por favor?

Emma Wakefield sacó el paquete de pasteles y los dispuso sobre la mesa. —Hoy traje cinco, pensé que el señor Zero quizá vendría.

—Recuerdo algo más que me relató —dijo Aspern comiéndose su pastel.

Decía Aspern que Ulises miraba constantemente la fotografía que estaba en la billetera encontrada en el bolsillo del pantalón que apareció en el maletín del Hotel Oasis. Presentaba una mujer y un niño. Donde no se refleja mi imagen, debo recordarla si quiero verla. ¿Era ése su rostro? Quisiera que lo hubiese sido. Trato de precisarlo y se desvanece, pero no cabe duda. Es un rostro conocido. ¿Dónde estabas cuando mirabas? Estas frases las repetía a solas en la veranda.

9

Pasaron dos meses y, finalmente, el héroe apareció en la plaza central de Nocturama una noche de invierno en la que todos los habitantes estaban recluidos en sus casas. El frío era muy severo y habían desistido de montar guardia. Nadie quería exponerse de tal manera a la crudeza de la temperatura por un héroe del que no tenían otra noticia que el rumor difundido por unos alpinistas que hacía tiempo se habían marchado y, probablemente, nunca volverían. Era, quizás, una broma que les habían gastado, o un efecto de la altura que a veces produce en las personas delirios y alucinaciones pasajeros. La vida en Nocturama había seguido su curso habitual y sus habitantes se limitaban a esperar que llegara la primavera para iniciar la siembra de coliflores. Hasta el cambio de estación su alimentación se limitaba a la carne de conejo congelada y las conservas de coliflores que las mujeres preparaban durante el verano para afrontar los meses intensos. Aquella noche había caído muy temprano, ya poco después de las tres de la tarde la espesura de la neblina impedía distinguir a más de un metro de distancia. Sólo algunos habituales del Nocturama Pool Bar seguían bebiendo y hablando estupideces cuando alguien golpeó la ventana. El héroe estaba allí, detrás de los cristales del Nocturama Pool Bar, intentando llamar la atención de los concurrentes. Los pocos que todavía jugaban cartas o pool se sobresaltaron y quedaron estupefactos ante su aparición. En realidad era un hombre normal, no tenía ningún rasgo que lo diferenciara de modo llamativo; de estatura mediana, facciones regulares, un hombre de aspecto ordinario.

Al verlo corrieron en busca de los señores del Consejo de Gobierno, y muy exaltados llamaron a las puertas de sus casas. La situación era inusual y los señores del Consejo no estaban acostumbrados a que en medio de la noche fueran importunados, pero finalmente se convencieron de que el gran momento había llegado. Las campanas de Nocturama redoblaron insistentes hasta que la población entera se hubo despertado. “Ha llegado el héroe”, gritaban los ciudadanos tan conmovidos que no podían ni creerse a sí mismos. Todo Nocturama se volcó a la calle y aguantó bajo la helada el primer discurso del héroe sin estatua, a quien montaron en una tarima improvisada en la plaza

central. Fue una larga pieza llena de circunloquios y citas alusivas a la historia nocturana la que escucharon pasmados mientras el frío resbalaba por los abrigos y los gorros con que se protegían de la inclemencia. No reproducía fielmente la que habían construido los historiadores en su Congreso de Historia de Nocturama, aunque contenía algunas similitudes aceptables. Tampoco, es necesario decirlo, la gente estaba tan pendiente de tales detalles. Era la sorpresa, la felicidad, el porvenir, la gloria del pasado, el conjunto que aplaudían. Estuvieron allí hasta el amanecer, el débil amanecer de Nocturama que era apenas un brillo más cálido iluminando por unas horas las casas de piedra y los tejados de pizarra. Al día siguiente, cuando de nuevo se reunieron en la plaza central al atardecer, nadie reparó en que estaban agotados por la noche de intemperie. Pero el héroe no se presentó. Esto produjo la mayor consternación y no se habló de otra cosa en el Nocturama Pool Bar. ¿Dónde se encontraba? ¿Por qué no había salido a recibirlos si había prometido ser su héroe? Las versiones comenzaron a tejerse. Algunos sospechaban que los propios señores del Consejo de Gobierno lo habían ocultado llevándolo a sus casas para congraciarse con él y conservar el poder cuando hubiera sido solemnemente elegido como Héroe Máximo de la Nación Nocturana (ése era el título que los historiadores habían convenido en darle, aunque algunos disidentes proponían Héroe Supremo del Pueblo Nocturano). Otros suponían que el héroe no los había considerado suficientemente dignos de su grandeza y, decepcionado, se había marchado.

El espionaje, hasta entonces desconocido entre ellos, comenzó a hacer estragos. Todos se vigilaban unos a otros, pues nadie sabía en dónde se escondía el héroe sin estatua cuando no aparecía en la plaza. A veces el héroe los esperaba para ejercer la oratoria durante horas, y otras, llegada la madrugada, se convencían de que no aparecería. Esta oscilación era desconcertante, pero de todos modos tenían que estar presentes, de lo contrario no sabrían si vendría o no. Durante meses se repitió esta circunstancia, ninguna señal lo anticipaba ni el héroe dejaba en su discurso alguna huella de su próxima acción; esto ocasionó efectos imprevistos en los nocturanos.

Las mujeres fueron las primeras en quejarse. El frío y la humedad enfermaban a los niños y comenzaron a sufrir neumonías y otras enfermedades que nunca antes habían ocurrido. Pronto surgieron disputas y desavenencias, y las trifulcas conyugales se convirtieron en una preocupación colectiva. Los hombres de Nocturama no querían que sus mujeres abandonaran sus hogares. ¿Tenían o no derecho las mujeres a dejar solos a sus hijos pequeños durante largas horas para ir a escuchar al héroe sin estatua? Toda la pacífica rutina de la población se veía puesta en riesgo, y los señores del Consejo de Gobierno

decidieron que las mujeres no podían asistir a la plaza salvo en la primavera, cuando el clima mejorase y acudieran con sus niños. A su vez, esta disposición inapelable, como todas las que tomaban los señores del Consejo de Gobierno, irritó a las mujeres, y se desataron problemas domésticos que con frecuencia tenían desenlaces violentos. Por primera vez el Consejo de Gobierno fue desobedecido por algunos sectores. Propusieron entonces pedirle al héroe que llegaran a un acuerdo en cuanto a las noches de oratoria, pero tampoco fue posible. Ni el héroe aceptó el trato ni todos los integrantes del Consejo de Gobierno estaban de acuerdo en la solicitud.

Las discusiones en el Nocturama Pool Bar se fueron haciendo más agrestes, y acompañadas de cerveza produjeron consecuencias irreparables. En una oportunidad un joven jugador de pool, exaltado por la bebida, encaró a los mayores llamándolos traidores a la patria nocturana. Desde el éxodo de Diorama habían estado esperando el gran momento en que verdaderamente su historia se tornara heroica, no sólo porque así lo habían declarado unos estúpidos historiadores, sino porque verdaderamente un héroe los adoptaba y se asentaba a vivir con ellos para siempre. De ninguna manera la juventud nocturana iba a permitir que unos viejos reaccionarios y mediocres dieran al traste con el brillante destino que merecía su pueblo. Uno de los ancianos imprecados, que también había bebido lo suyo, pretendió arrogarse la verdad diciendo que el héroe era un ignorante que nada sabía de su origen, mientras que él era un auténtico descendiente de los antiguos dioranos. La encendida discusión culminó cuando el joven empuñó el palo del pool contra él y lo tumbó al suelo. El anciano falleció a consecuencia de una fractura de cráneo, no obstante, todos los testigos estuvieron de acuerdo en que se trataba de un accidente involuntario y no encarcelaron al responsable. La muerte del anciano renovó el argumento de aquellos que pedían que el héroe abandonara Nocturama, pero también el de quienes consideraban que la vida hasta entonces había sido tediosa y desprovista de acontecimientos. Pronto se hicieron dos bandos: los que deseaban su partida y los que se proponían establecer su residencia para siempre.

En una reunión plenaria el Consejo de Gobierno tuvo que reconocer que los hombres pasaban gran parte de la noche en vela esperando la aparición del héroe, y al no despertarse al amanecer como había sido su costumbre salían tarde a las labores del campo, cansados y soñolientos, y en consecuencia cada vez producían menos comida. La misma preocupación concernía a las mujeres, que se desentendían de la responsabilidad de sus casas, de sus niños y de las tareas que les estaban encomendadas en la recolección de las coliflores y el cuido de los conejos. El pueblo entero estaba desmejorado, flaco, sin fuerza y ánimo para la lucha por la supervivencia. No podían

impedirlo. Nadie quería acostarse a dormir sin esperar al héroe y escuchar su discurso, el cual, la mayor parte de las veces, era incomprensible, pero aun así los llenaba de esperanza y les infundía el placer de vivir.

Hasta ese momento, comprendieron, habían luchado contra duras condiciones; a partir de su llegada un nuevo hálito, un sentimiento hasta entonces desconocido, había tomado por entero sus corazones y nada era más importante. La supervivencia les parecía una insoportable virtud. ¿Para qué vivir, se decían, si nuestra existencia es ignota y sin sentido? Moriremos de hambre pero nuestra historia será ejemplo de los pueblos. Esta opinión no era totalmente compartida por los nocturanos. Grupos facciosos comenzaron a distribuir propaganda clandestina aprovechando las noches cuando todos estaban en la plaza. "Los verdaderos nocturanos somos gente de trabajo", decían estos pasquines, o también: "El héroe nos roba la prosperidad"; "Conejos o héroes"; "Mi héroe por una coliflor". Los señores del Consejo de Gobierno ordenaron a los cuerpos policiales investigar esta maquinación sin que las pesquisas dieran con los agitadores.

Mientras tanto una certeza era evidente para todos: la comida escaseaba y la verdad no podía ignorarse por más tiempo. Fue necesario instaurar unos contenedores colectivos para almacenar los alimentos y evitar así el mercado informal que dejaba a los más débiles sometidos a la privación. Se repartieron libretas de consumo de modo tal que todas las familias recibieran lo indispensable, sin que esta medida solucionara la crisis. Los nocturanos no abandonaron la constante vigilia. El héroe sin estatua era su única oportunidad para consagrar su origen y recordarlo por milenios. Ésa era la razón que los impulsaba a esperar noche tras noche a que el héroe revelara su nombre. En cada pieza oratoria lo prometía, y a la siguiente ocasión la promesa era pospuesta. Se trataba, entonces, de resistir. Resistir maltrechos hasta tanto el héroe proclamara su nombre y pudiera inscribirse en una estatua como fundador de Nocturama.

—¿Por qué no se queda más tiempo? —le había dicho Aspern a Ulises después de su relato—. Tiene aquí plena libertad para estar a solas y pasear por los alrededores. Es verdad que son monótonos pero también tranquilos.

Sin embargo, Ulises había querido regresar a las Urbex. Allí miraba los canales de la televisión internacional, comía en la cafetería del Business Centre y leía revistas o alguno de los libros que tenía en la biblioteca de la suite. Esos placeres lo consolaban de la pérdida del Oasis. Añoraba volver a las conversaciones que sostenía con Walter acerca del padre de Walter, y también acerca de Díaz-Grey.

Walter decía estar bastante seguro de que había sido un cliente del

hotel, y lo recordaba como amigo íntimo de la dueña. No podía aseverar que fueran socios, pero sí que se quedaban hablando por largos ratos en la habitación, quizás como amantes. Walter sospechaba que provenía de los bajos fondos, y que en otra época se dedicaba al tráfico de mujeres. No es algo que pueda explicar, decía Ulises que decía Walter. Era una impresión que me daba cuando lo veía llegar. Como si oliera a las mujeres que había comprado y vendido. De todos modos hacía tiempo que no lo había vuelto a ver. Pero ¿cómo la dueña me iba a recomendar a un hombre así para que me ayudara a encontrarme a mí mismo?, se preguntaba Ulises. No tiene sentido. Walter estaba de acuerdo.

10

Había borrado los mensajes de la contestadora que le recordaban unas citas a las que no pensaba acudir, y de nuevo la señal titilaba. Irritado escuchó el último. Hablaba Felipe Díaz-Grey: “Recibí noticias tuyas en la librería del bulevar, cuánto tiempo sin saber de ti. No te imaginas lo que me…, lo que me impresionó. Llámame por favor. 68-66-93-01. Perdón, 66-68-93-01. Bueno, espero tu llamada”.

No recordaba cuál de los Díaz-Grey era Felipe, la mujer de la librería había mencionado varios, pero un Díaz-Grey podía llevar a otro, y contestó la llamada inmediatamente. Felipe Díaz-Grey estaba tan emocionado que apenas conversaron unos minutos para que Ulises anotara la dirección. No estaba en condiciones de venir a verlo, dijo, era necesario que Ulises lo visitara en su casa. Pidió al conserje que le reservara un taxi para toda la tarde, pero no fue posible. Los taxistas, respondió apenado el conserje, no querían ir para allá. Por la distancia, aunque más que por ello, las condiciones de la carretera, y además se añadía el temor de los asaltos; habían matado a algunos compañeros. En fin, no podía ayudarlo. Se ofreció a buscarle un automóvil de alquiler, aunque, comentó, para quien no conociera la vía no era la mejor opción. Finalmente, si insistía en ir, lo más prudente era el autobús.

Ulises se encaminó al terminal de los autobuses que había conocido el primer día que vino a mi casa, dijo Aspern, y pidió un billete para la estación indicada por Felipe Díaz-Grey. Desde allí tendría que continuar en uno de los jeeps que hacían el servicio de transporte a los distintos sectores, o, de no haberlos, pedirle a alguien que lo acercara en su vehículo. Era una zona tranquila, había dicho Felipe Díaz-Grey, y los lugareños gente muy afable; muchos de ellos aceptarían a un pasajero. Al principio, relató Ulises, el autobús iba repleto y escasamente pudo acomodarse en la última fila, apretado en medio de dos hombres corpulentos que hablaban entre sí a gritos. Les sugirió cambiarse de puesto para que pudieran estar juntos, pero no quisieron. Dejaron la ciudad atrás y se adentraron en una zona ocupada por casas cada vez más lujosas, de grandes proporciones, con extensos parques tras las rejas, cuidadas por personal de seguridad

apostado en las garitas. Desde la ventanilla distinguía sus muros muy altos, las terrazas aéreas y el empedrado de los senderos interiores a la sombra de los árboles. La carretera subía y bajaba por lomas suaves hasta que de pronto, abruptamente, las casas desaparecieron y el autobús atravesó un paraje deshabitado en el que de vez en cuando asomaba una pequeña vivienda en estado lamentable, un puesto de venta abandonado o algún taller mecánico. Los viajeros del autobús también habían disminuido y solamente quedaban Ulises y los dos corpulentos, quienes, a pesar de que la mayoría de los puestos estaban vacíos, continuaban a gritos la conversación en sus mismos asientos.

Se detuvieron en medio de un descampado y chirriaron los frenos, a la vez que el conductor anunció el final del trayecto. Al bajarse Ulises se encontró frente a una casa, era una venta de comida y otros artículos de primera necesidad, y siguió a los corpulentos a su interior. Igual hizo el conductor. Todos pidieron unas cervezas y Ulises también. No veía por ninguna parte los jeeps de los que le había hablado Felipe Díaz-Grey. Preguntó entonces por el sector que buscaba, y los corpulentos sonrieron. “Espere al jeep —le dijo el conductor del autobús—, debe estar por llegar”. Ulises insistió en saber si conocían el lugar al que se dirigía y todos contestaron que sí. Era un sector de lujo muy conocido en la zona.

Ulises había entablado conversación con los corpulentos, que habían dejado de hablar entre sí, y averiguó algunas menudencias de sus vidas. Eran transportistas que habían ido a la ciudad a comprar unos repuestos para su camión y también esperaban un jeep que los llevara hasta su casa. Se ocupaban de transportar ganado en pie a los mataderos, y a veces, se rieron a carcajadas, llevaban ilegales escondidos entre las vacas. Para redondear el negocio, dijeron. Ulises aceptó otra cerveza mientras el jeep seguía sin llegar. Finalmente un vehículo, cuya parte trasera estaba acondicionada con unas tablas como asientos, se detuvo frente a ellos. El trayecto era muy corto, en verdad hubiera podido recorrerlo caminando, aunque muy empinado, y probablemente por eso Felipe Díaz-Grey le había recomendado que lo utilizara. Era el único pasajero.

En medio del bosque apareció un conjunto de casas de buena construcción, separadas por jardines sombreados, como los que había visto al principio de su viaje, cuidadosamente recortados los setos y limpias las aceras. El jeep se detuvo frente a la garita de vigilancia y allí le indicaron la casa de Díaz-Grey. Ulises experimentaba una intensa alegría, aunque no fuera el mismo Díaz-Grey del que le había hablado la dueña del Oasis era un acercamiento en su búsqueda. Tocó el timbre y esperó pacientemente hasta que una empleada ataviada con uniforme abrió la puerta y le comunicó que don Felipe lo esperaba en su biblioteca. La luz de la habitación era muy baja y tuvo que hacer

un esfuerzo para acostumbrarse a la penumbra. Una voz le indicó su presencia.

—Ulises, ven aquí —dijo Felipe Díaz-Grey.

Sentado al fondo de la sala, en una butaca de cuero, distinguió a su anfitrión. Se acercó a saludarlo y el hombre tanteó con las manos el vacío. La mirada perdida en sus ojos apagados le hizo comprender a Ulises que era ciego. Se produjo entre ellos un abrazo convulso. Le pareció percibir unas lágrimas, aunque no estaba seguro si era un lagrimeo ocasionado por la emoción o por su problema visual. La empleada se acercó con un bar rodante en el que dispuso un frasco de cristal tallado con whisky, vasos, hielo, servilletas almidonadas y un pequeño recipiente de plata con almendras.

—Ulises, qué alegría —repitió Felipe Díaz-Grey—, había perdido la esperanza de verte. Estoy muy enfermo, ¿sabes? Si te hubieras demorado unos meses más no me hubieses encontrado. Falta poco. La muerte ha tocado la puerta y es una invitada obligada.

Ulises permanecía en silencio sin encontrar una frase apropiada. Finalmente se le ocurrió esta:

—Me alegro de haber llegado a tiempo.

—He pensado en ti muchas veces. Me decía, no es posible que no vea más a Ulises. No quiero morirme sin dejar arregladas las cosas entre nosotros. He vivido con el peso de la culpa todos estos años. Sé que te hice daño y quiero tu perdón.

Felipe Díaz-Grey tomó la mano de Ulises, sus ojos lagrimearon todavía más.

—Quiero que me perdones.

—Lo pasado, pasado —dijo Ulises.

La empleada entró de nuevo y preguntó si necesitaban algo más. Felipe Díaz-Grey la despidió con sequedad.

—No es solamente que enterremos el pasado, no es suficiente. Necesito escuchar de ti que me has perdonado en tu corazón. No me basta con el olvido, Ulises, quiero la misericordia. Saber que no soy tan indigno.

—Todo está bien, Felipe —dijo Ulises—. Todo está perdonado en mi corazón.

Su anfitrión pareció sonreír.

—Bebamos juntos, como en los buenos tiempos. No puedes imaginar lo que significó para mí cuando me dieron tus noticias. Quería saber si todavía tenían mis libros, y la librera, una mujer estupenda, ha trabajado en la librería del bulevar toda la vida, me dijo que habías estado por allí. No se acordaba de tu nombre. ¡Cómo es posible!, le reclamé, ¡tantas veces que nos reuníamos antes de la tertulia! No te recordaba, solamente que alguien había pasado por allí

preguntando por Díaz-Grey. Fui un escritor importante, Ulises, no debes olvidarlo. Aunque hace tiempo que no haya publicado nada, permanezco en la memoria de la gente. Permaneceré más allá de mi muerte.

—Claro, Felipe —asintió Ulises—. Eres inmortal.

—Sírveme otro vaso, por favor. No debo hacerlo, pero es tonto obedecer a un médico que no puede devolverme la salud. ¿Recuerdas a Inocencio? Vive a pesar de que casi no tiene hígado.

Ulises dijo que lo recordaba, y entonces recordó también su propósito.

—Y, por cierto, del Díaz-Grey médico, ¿sabes algo?

—No tengo ningún pariente médico. ¿Qué Díaz-Grey es ése?

La habitación se había oscurecido casi por completo y Ulises se levantó para descorrer las cortinas. Le comunicó a su anfitrión que debía irse antes del anochecer, temía no encontrar el camino de vuelta si oscurecía.

—Es temprano, Ulises. No te vayas todavía.

Ulises salió sin hacer ruido. Se vio en la acera y sintió un olor que creyó reconocer. Creo que es un jazmín, se dijo, pero sé poco de botánica. Este encuentro, decía Aspern, lo había desconsolado. El escritor Díaz-Grey era ciego, no podría saber jamás si al hablar con él lo había identificado. Hubiera debido preguntarle más acerca de esa deuda moral que tenía conmigo. Pero no lo hice. No quise saberlo. Creo que esa deuda no es mía, que nada me une a Felipe Díaz-Grey. Ni siquiera el perdón. Perdonarlo hubiera significado recoger un agravio que dejé atrás y que ya no me pertenece.

Descendió por el camino hacia la venta de comida donde se paraban los autobuses y experimentó una libertad reconfortante. La vegetación de helechos y grandes árboles, en medio de los cuales descendía el atajo, le era grata. La casa de Díaz-Grey, si bien decorada con gusto, ofrecía signos de deterioro que seguramente su dueño ignoraba, puesto que no podía verlos, y le resultaba asfixiante, con sus pesados cortinajes y muebles de madera oscura. Se alegró de caminar al aire libre. Cuando llegó a la parada vio que no había nadie. El dueño de la venta de comida le aseguró que faltaba poco tiempo para que llegara el autobús. “No lo pierda —le dijo—, es el último.”

Bebió otra cerveza y sintió que el whisky le pesaba. No era, evidentemente, alguien acostumbrado a la bebida como parecía insinuar Felipe Díaz-Grey, pero quizás en otra época lo fue. El autobús llegó, el conductor se detuvo unos minutos, y de inmediato emprendió el regreso. Ulises era de nuevo el único pasajero. Observó que en el asiento al lado del conductor reposaba una pistola.

—¿Muchos asaltantes? —preguntó.

No obtuvo respuesta. Al cabo de unos minutos, en un recodo del camino, el conductor se detuvo. No se veía a nadie pero Ulises pensó que era mejor no hacer preguntas. Poco después una mujer de edad bastante avanzada salió de los matorrales y se dirigió al autobús. Se acercó cojeando y se subió con dificultad. No cruzó palabra ni con el conductor ni con Ulises, y se sentó a su lado. El autobús siguió su marcha ascendiendo y descendiendo por las lomas de la carretera.

—Menos mal que lo agarré —dijo la mujer—, es el último y tengo que ir a visitar a mi hermana que vive en la ciudad. Antes lo hacía pidiendo a los que pasaban que me llevaran, pero cada vez es más difícil, la gente no se para.

—¿Vive por aquí? —preguntó Ulises.

—Tengo una casita por aquí cerca, he vivido toda mi vida en este sector. Este sector se divide en muchos nombres, solamente los que hemos vivido siempre en esta montaña los conocemos. Usted no encontrará ninguna señal que le indique cuándo pasa de un sector a otro.

Ulises pensó que en realidad no le interesaba conocer los nombres de los sectores; súbitamente dijo:

—¿Y conoce también a las familias que viven por aquí?

—A todo el mundo, a todo el que vive aquí lo conozco porque yo nací aquí.

—¿Por ejemplo, a los Díaz-Grey?

—A los Díaz-Grey no, deben ser nuevos. Son nuevos, ¿no?

—Más o menos.

—Seguramente, porque, si no, los conocería. Mi papá también vivió siempre aquí. Y mi abuelo. Toda la vida hemos vivido aquí. Nosotros fuimos los dueños de todo esto. Todo lo que está viendo era de mi papá. Imagínese si no voy a conocer a los que viven aquí.

La mujer siguió hablando y señalando las propiedades que recorrían.

—Todo eso lo perdió mi papá porque se lo robaron. Una estafa, ¿comprende? Lo estafó un señor que se hizo con todo esto. Pero los de mi familia, decía mi papá, siempre fueron dueños de todas estas tierras. Ahora yo estoy preparando una demanda con un abogado que conoce mi hermana, por eso voy a verla. Y quiero pedirle una cita al señor que es dueño de esto, porque yo sé que él quiere hablar conmigo. Todo el mundo me conoce aquí y él ha estado buscando para hablar conmigo. Quiere llegar a un acuerdo, ¿comprende? No quiere luego tener problemas, así que quiere que nos pongamos de acuerdo para evitar que cuando mi abogado lo demande pierda todo. Prefiere conservar algo que perderlo todo. Eso es lo que yo creo. ¿Y usted está de visita por aquí? ¿Quiere comprar unas tierras?

Ulises dijo que no con la cabeza, tratando de cerrar los ojos. La mujer continuó:

—Voy a la ciudad una vez por semana, por lo del abogado. Tengo todavía bastante energía. Antes me iba a pie. Todos estos montes me los conozco perfectamente, de niña los recorría siempre con mi papá. Nosotros fuimos muchos hermanos pero mi papá siempre prefería salir conmigo. Cuando yo era niña quería ir a la ciudad para estudiar. Una vez le dije a mi papá: yo quiero ser alguien en el mundo. ¿Y sabe que me contestó? "Usted es demasiado pobre para ser alguien en el mundo." Porque ya le habían quitado las tierras, ¿comprende?, por eso me contestó así.

Ulises continuaba con los ojos cerrados.

—Entonces, ¿sabe qué hice? Me fui sola a la ciudad, sola completamente, y tenía trece años. Entré a trabajar como sirvienta en una casa y la señora me enseñó a leer, allí estuve hasta que me casé, como a los dieciocho, me casé con el chofer de la casa, y nos quedamos viviendo allá. Pero yo siempre venía a ver a mi papá, los domingos subía hasta aquí caminando, salvo que alguien me acercara en su automóvil, porque entonces no había autobús. Un día me harté, no me gustaba vivir en la ciudad, y me vine otra vez para acá. Así que por eso le digo que todo el mundo me conoce, y yo conozco todo esto. Lo conozco tanto que puedo recorrer estos montes de noche. Ya estamos llegando. Me bajo aquí.

Ulises abrió los ojos y comprobó que, efectivamente, la carretera se había convertido en autopista y entraban en la ciudad. El conductor masculló una grosería cuando vio que los automóviles se detenían frente a un gran complejo comercial. Alrededor del mismo se disponían los equipos de los medios de comunicación y la policía había acordonado el recinto desde varios metros atrás. Una iluminación colosal hacía resplandecer el cartel alzado en una de las cúpulas: Galaxis. La policía comenzó a desviar el tráfico. Ulises preguntó qué ocurría y el conductor le explicó que era la inauguración del complejo más grande de la ciudad, a la que asistirían más de mil invitados. Estaba irritado porque lo había olvidado, si no fuera así hubiese tomado una vía alterna, pero ahora no tenía más remedio que obedecer las indicaciones de la policía y derivar por las rutas señaladas, lo que le tomaría mucho más tiempo. Detenidos por un largo rato, Ulises quedó extasiado. Los haces de colores iluminaban intermitentemente el complejo, a la vez que gigantescos altavoces desperdigaban la música que acompañaba el evento. Desde la distancia permitida por el acordonamiento policial, una comitiva elegantemente trajeada atravesó las alfombras dispuestas en la calle. Le pareció reconocer la marcha triunfal de Aída, pero no se consideraba un experto en ópera.

Cuando llegó a las Urbex, decía Aspern, todavía continuaba la ceremonia de la inauguración y se dispuso a verla por televisión. Ahora tenían lugar los discursos, uno a otro se sucedían los oradores en un pódium elevado por más de cuatro metros. Súbitamente la imagen se interrumpió y la pantalla quedó con la señal del canal. Pulsó otros y transmitían normalmente, de modo que era un accidente ocurrido en el canal que recogía la inauguración del Galaxis. De nuevo las imágenes se presentaron y Ulises pudo ver que alrededor del complejo estallaban gases y manchas de fuego en medio de una gran confusión. El locutor tomó el micrófono y anunció a los televidentes que se habían producido varias explosiones, sin que al momento pudiera determinarse la causa. Una hipótesis era que la cantidad de cables eléctricos instalados para la iluminación y sonido hubiesen entrado en cortocircuito. Mientras los hechos se clarificaban, regresaba la señal al canal para continuar con las noticias internacionales. Al cabo de una hora el comandante de los bomberos anunció que las explosiones se debían a que varias bombas habían detonado en el interior del complejo, afortunadamente sin víctimas que lamentar, aunque dejando cuantiosos daños materiales. La inauguración del Galaxis, informó después el director de los servicios de inteligencia, había sufrido un atentado terrorista, cuyos culpables serían duramente castigados. Una periodista preguntó hacia quiénes se dirigían las sospechas, y el director afirmó que sería irresponsable señalar culpables sin que las investigaciones hubiesen concluido. Dicho esto dio por terminada la rueda de prensa y el canal continuó con la sección deportiva. Ulises apagó la televisión.

11

Desde las Residencias Urbex, decía Aspern que contaba Ulises, veía la Gran Montaña. Cuando las nubes bajaban, aun así se divisaba su cima, pues era tan alta. Le parecía como una postal frente a su ventana, primero los árboles del jardín de las residencias, y más atrás, en segundo plano, los lomos de la montaña. Era un paisaje que le gustaba encontrar al despertarse, y esperaba los cambios de luz que se sucedían en el día para disfrutarlos, o también cuando violentamente llovía y entre los árboles rasgaban los relámpagos. Pienso, decía Ulises, que es un escenario en el cual pudiera tener lugar un encuentro de personas que siempre hubiesen vivido allí y sosegadamente conversaran sin que la lluvia los inquietara. Mi madre, cuando pasábamos las vacaciones en Bahía de Piedras, también contemplaba el temporal. Mientras tanto los cazadores de morsas no las perseguían porque no se subían sobre las piedras, permanecían al acecho de que el sol las calentara de nuevo, y entonces salían del mar. A veces un depredador las sorprendía y muy rápidamente lograban huir al agua en la que eran inalcanzables, pero invariablemente, decía Ulises que decía su madre, alguna cría quedaba atrapada y era devorada. Eso era la rutina de su vida; después del ataque del depredador volvían a retozar y a sumergirse para atrapar a los peces. Sólo por unos instantes podía verse a la morsa madre mirar cómo era devorada la morsa hija.

En las Urbex Ulises había conocido a una mujer. Se rozaban en el ascensor o coincidían en la cafetería. La mujer acostumbraba a pasar muchas horas en el Business Centre y parecía muy atareada enviando correos electrónicos o recibiendo faxes. Suponía que era una mujer ejecutiva. Ulises comenzó a visitar el Business Centre, quería compartir la visión de la montaña. Ella estuvo de acuerdo, de modo que se citaron en el bar situado en el último piso desde el cual la perspectiva era más atractiva. Ulises no había querido explicarle el problema de su nombre, es decir su no estar seguro de ser Ulises Zero ni recordar cómo había llegado a serlo. Con esas circunstancias pudiera verme como un monstruo, un ser inconfesable, y de esa manera nuestra relación se enturbiaría desde el primer momento, decía. Quiero acercarme como un hombre normal, en todo semejante

a ella, una persona de negocios que transitoriamente se aloja aquí para ocuparse de sus asuntos.

Pudiera, por ejemplo, contarle que en la mañana muy temprano acudo al Health Centre y hago ejercicios en los aparatos, después me meto quince minutos en el sauna, luego nado en la piscina cubierta y finalizo con el masaje tonificante. Entonces me visto con traje formal y salgo a mi oficina de la que vuelvo a fin de la tarde, salvo que tenga algún compromiso para cenar, lo que es frecuente, y en caso contrario me quedo en la suite para controlar en la computadora mis mensajes y las noticias de la bolsa. Mis ausencias, que quizás ella ha observado por no verme en la cafetería o en el Business Centre, se deben a que me veo exigido a realizar cortos viajes que interrumpen mi tranquilidad en las Urbex, lo que más aprecio de mi vida. En caso de que ella quisiera obtener algunos datos más confidenciales a los que las mujeres son muy proclives, tales como si estoy casado, si tengo hijos o dónde es mi residencia habitual, puedo perfectamente relatarle que estoy divorciado, mis hijos viven en Holanda, el país de mi ex esposa. Explicarle que soy una persona de origen mixto; mi padre era argentino descendiente de italianos y mi madre norteamericana descendiente de portugueses, aunque una de mis abuelas nació en la antigua Indochina, hija de francés con una nativa, y otro de mis abuelos fue un pescador de Terranova descendiente de islandeses. No he tenido una nacionalidad demasiado firme ya que la profesión de mi padre nos obligaba a mudarnos constantemente de país; así vivimos en Filipinas, Costa Rica, Sudáfrica y Nueva Zelandia. Actualmente me dedico a la exportación de pañales para niños con una empresa japonesa, por lo que al menos una vez al año viajo a Tokio. Si ella quiere saber del Japón puedo buscar en internet información que me permita dar algunas señales mínimas de la vida usual para un ejecutivo occidental, así como de los países antes mencionados en los que transcurrieron mi infancia y adolescencia. Si insiste en saber cuál es mi domicilio fijo puedo tener un pequeño apartamento en Amsterdam con el fin de pasar con mis hijos las escasas vacaciones que disfruto, ya que ser empleado de una transnacional es un oficio bien pagado pero también una forma de errancia. Sería un apartamento muy cercano al Museumplein, lo que me permitiría visitar con frecuencia el Rijks, mi museo favorito.

—Es un edificio de pocos pisos, como son todos en Amsterdam, frente al canal Boerenwetering, en la Ruysdaelkade; cercano hay un hotel que le recomiendo ampliamente en caso de que visite la ciudad. A pocos pasos llegará al Pijp, un barrio colorido en el que podrá probar todas las gastronomías orientales, curiosear en el mercado de la Albert Cuypstraat, más conocido como el Cuyp, y probar una excelente cerveza.

He sido muy feliz en esa ciudad y en ese apartamento. Desde allí veo el estrecho canal que siempre discurre apaciblemente, a los ciclistas que hacen famosa a la ciudad, y he sentido que los seres humanos son capaces de sabias convivencias después de que hayan derramado suficiente sangre para alcanzarlas. Allí, además, me siento yo mismo. Quizá porque la intimidad es aquello que ocurre cuando dejamos a un lado lo que estamos obligados a ser. Es un sentimiento, cómo explicarle, de que aun cuando el lugar en que nos encontramos no nos reconozca de ninguna manera, ni tampoco ofrezca claves para nuestra memoria, es precisamente por su extrañeza lo más propio. El lugar en el cual puede vivir nuestro corazón y pertenecernos más absolutamente en tanto allí no le pertenecemos a nadie.

No hay forma de escapar de la voracidad de la vida. Se presenta de tal modo diversa, invitante, obligante sería más justo decir, que esos momentos de libertad son siempre y forzosamente los más escasos. Yo quisiera, le confieso, vivir siempre en ese rincón de Amsterdam, y no sólo por ver a mis hijos sino también para estar conmigo. Probablemente la mayoría de las personas conciben la utopía del retiro, la esperanza de que cuando los compromisos con la vida diaria hayan cesado podrán finalmente resguardarse en ese lugar de felicidad. Pero no hay tal, cuando esos compromisos hayan terminado la vida en ciernes se habrá acabado también. La vida consiste en construir esa utopía, todo lo demás es accesorio. Pero es maravilloso imaginar que en algún momento no estaremos obligados a ser nosotros mismos, a llevar nuestro nombre, y será suficiente con un par de palabras que nos identifiquen a fin de resolver las cotidianidades más esenciales. A condición de que esas palabras no tengan ninguna significación para nadie ni mucho menos para nosotros. Mi nombre es Ulises Zero, me alegro de conocerla.

—Para usted seré Eudora Welty. Conozco el placer del que habla. Lo experimento con frecuencia, pero, le prevengo, no pretenda alargarlo. Está compuesto de momentos y debe acostumbrarse a paladearlo de esa manera, de lo contrario está perdido. Cuando llegué por primera vez a Berlín era pleno invierno y la temperatura inclemente. La luz brillando sobre las fachadas doradas en aquella hora de la mañana, al salir del aeropuerto de Tegel, era tan pura que vi una ciudad nevada. Por el contrario, en sucesivos viajes me ha parecido gris y oscura. Berlín es una ciudad que me ha permitido extrañarme de mí misma, aunque sin el refugio de felicidad que usted le atribuye a ese canal de Amsterdam. Ha sido perderme por unas horas de mí. Puedo recordar, en primer lugar, el momento que le mencionaba cuando recorrí la ciudad para mí nevada —la más al este de Europa que hasta entonces había visitado—, y el conductor del taxi me hablaba sin que pudiéramos verdaderamente entendernos. Eso fue

fantástico, tanto como después llegar al apartamento de una persona a quien apenas conocía y quedarme esperando con la maleta en la acera después de un viaje extremadamente largo, tres conexiones, sin estar segura de que habría alguien para recibirme.

Al día siguiente, paseando sin rumbo fijo, llegué a la estación de Wittenberg Platz, donde inscritos en una placa pueden leerse los nombres de los campos a los cuales se dirigieron los trenes que de allí salieron. Fue un instante de desconcierto, seguido por la confusión al no encontrar la calle en la que estaba viviendo, lo que me obligó a preguntar la dirección en un quiosco de prensa; y un día después, tratando de tomar el tren que me conduciría al antiguo Checkpoint Charlie, ocurrió algo aún más extraordinario. No lograba identificar los trenes porque la funcionaria que vendía los billetes no lograba entenderme a mí. Perdida en la Zoologischer Garten me subí finalmente en el que me había parecido correcto, sin ninguna seguridad, hasta que un hombre, un obrero que hablaba mi lengua, se dio cuenta de mi despiste y me confirmó que no me había equivocado. Así me bajé en la Friedrichstrasse, descubrí sorpresivamente la presencia del Berliner Ensamble, y el Spree completamente helado me iluminó como una aparición. Fui a dar después a la Oranienburgerstrasse y almorcé en un pequeño restaurante ruso, de regreso pasé por un viejo vecindario de teatros de cabaret que han remodelado como centro cultural, aunque en aquel momento parecía próximo a la demolición. En ese viaje en el que estuve profundamente sola comprobé que era yo misma y que nadie podría discutírmelo porque nadie lo sabía.

—La primera vez que fui a Amsterdam mi esposa me dejó solo una mañana y yo decidí conocer la ciudad por mi cuenta. Había leído en una guía turística que el Jordaan es un barrio interesante y me dispuse a recorrerlo. No lo encontré, el interés quiero decir, pero es que creo que no logré encontrar tampoco los lugares que indicaba la guía. Me fui alejando insensiblemente del centro hasta llegar a un antiguo barrio obrero en el que no se veía a nadie, si acaso algunos ciclistas y niños sentados a las puertas de las viviendas. Pronto los nombres de las calles comenzaron a parecerme todos iguales. Entonces recordé que había cruzado un pequeño puente, el único punto pintoresco del conjunto, y regresé para desde allí salir a una avenida de tráfico más pesado que me orientó hacia mi dirección inicial, es decir, el hotel donde nos alojábamos. Son esos momentos los que nos devuelven la confianza en nosotros mismos, la certeza de que quien habita en nosotros no ha sido secuestrado.

—En esa primera visita a Berlín, después le contaré de otras, tuve también un encuentro revelador. Hacía la cola en una parada de autobuses con la intención de recorrer la avenida Unter den Linden.

Sabía que el autobús que me correspondía tomar era el número 1. Entonces una mujer se dirigió a mí. Había notado que yo era extranjera, y ésa, creo, fue la razón por la cual me eligió, entre las numerosas personas que esperaban, para preguntarme si podía indicarle cuál autobús la llevaría al final de la Unter den Linden. Después de confirmarle que era el número 1, el mismo que yo iba a tomar, quise saber de dónde era. "Soy rumana", me contestó. Luego me miró fijamente, con unos ojos muy grandes y oscuros, maquillados con fuertes sombras como los de una actriz de teatro. Quería estar segura de que yo ponía atención a la verdad que iba a revelarme. "La igualdad, señora, es una quimera", dijo. El viento alborotó su larga melena negra, ella estaba también vestida enteramente de negro aunque tenía los labios pintados con un rojo muy intenso, y, como súbitamente traído por el viento, el autobús frenó frente a nosotras. Su falda, algo larga y muy pasada de moda, se levantó con el aire, y así nos subimos al autobús y nos separamos para siempre.

—No recuerdo nada semejante a ese momento. Salvo quizás una mañana extremadamente aburrida en La Haya esperando la hora del tren que debía llevarme al aeropuerto. Me había detenido especialmente para visitar el Mauritshuis, ya que mi avión salía por la noche, y lo encontré cerrado. Era muy temprano, así que para pasar el tiempo, decidí tomar el tranvía a Scheveningen. Si no ha estado nunca le sugiero vivamente hacerlo. Siento especial predilección por visitar fuera de temporada los lugares destinados a la industria del ocio, es cuando puede captarse su verdadera esencia. En esta oportunidad comenzaba ya el otoño. Pues bien, todo el paseo marítimo estaba ceñido por enormes camiones de transporte en los que cargaban el mobiliario que recogían de los restaurantes y casetas de la playa. Lo recorrí completo, casi un kilómetro bordeando las dunas, y al final encontré lo más atractivo: los solitarios aparatos del parque de diversiones de feria que seguramente están repletos de gente en los meses de verano; vacíos, por el contrario, son animales mecánicos que nos invitan a compartir el diálogo de la desolación.

Scheveningen es un lugar ejemplar para contemplar lo que resta de la vida digna y aburrida, y me preparó para comprender, al regresar a La Haya, que la felicidad confortable reside en el interior que cubren los visillos de encaje tras los cuales las personas habitan con la certeza de haberla conquistado. En Scheveningen las familias viven el paso de las estaciones para repetir sus ritos, y tendrán una absoluta confianza en su existencia cuando se pongan en marcha los aparatos del parque de diversiones. Ha llegado el verano, dirán, es tiempo de ir al parque de diversiones en el paseo del mar.

—No sé casi nada de mis padres, a excepción de que dejaron su país por otro en el que yo nací. De allí también nos fuimos, navegamos

varias semanas hasta que llegamos al lugar donde viví mi infancia. Nunca los escuché hablando de su vida anterior; tampoco hablaban del futuro ni de ellos mismos. Sólo hablaban de pagar el gas o de beber menos. Mi padre le decía a mi madre que pagara el gas porque ella siempre olvidaba hacerlo, y a menudo lo cortaban causando así graves inconvenientes. Mi madre le decía a mi padre que bebiera menos porque con frecuencia llegaba borracho. Recuerdo asimismo que mi padre comía en silencio. Yo también. Mi madre ordenaba la casa. Era una casa medida por el tiempo. Mi madre a veces perturbaba esa medida. Por ejemplo, le desagradaba que tomara fotos de muchachas desconocidas en el parque. A mí también, estaba completamente de acuerdo con ella. No quisiera dar la idea de que mis padres no eran felices. Toda felicidad tiene heridas y esta discusión acerca de las fotos no fue una herida profunda. Allí vivía yo, es cierto, y éstos fueron mis padres. ¿Lo hiciste así?, preguntó él una vez. No lo recuerdo, respondió ella. Ésa era mi pesadilla favorita, pero no es, afortunadamente, verdad. Se amaban.

Mis padres nunca salían de casa salvo para ir al trabajo, un domingo pensaron que tenían ganas de hacer un corto viaje. Partieron temprano en un autobús que se dirigía a otra localidad, no muy lejos de la nuestra. En esa oportunidad el chofer del autobús iba borracho, según se supo después, y no pudo evitar un vehículo que venía muy rápido en dirección contraria. Casi todos los pasajeros murieron. Cuando vi la lápida de la tumba de mis padres temí que pudiera reírme, era inadecuado que lo hiciera pero me pareció ridículo que solamente se hubiera inscrito la fecha de su fallecimiento. Cuando me preguntaron los lugares y las fechas de nacimiento tuve que confesar mi ignorancia. Los habían cambiado varias veces.

Entre los papeles de mi madre, decía Ulises que había dicho la mujer que para él era Eudora Welty, encontré lo siguiente: una lista del mercado con los precios de los productos que quería comprar, el teléfono de la compañía de gas, y la dirección de mi tío, un hermano de mi padre, Roberto Baltsai. Baltsai era el apellido que había adoptado cuando salió de su país. Decidí escribirle para notificarle lo ocurrido, y él me contestó que podía vivir con ellos si así lo deseaba. Mi tío, mi tía y mis cinco primos vivían muy lejos. Me dio a entender que tendría que mantenerme a mí misma, aunque fuera muy joven, ya que ellos no tenían suficiente para una persona más.

Pensé entonces en irme. Conocía a muchas personas que habían emigrado. Algunos porque habían huido de la dictadura y otros porque eran muy pobres. La dueña de la tienda de comestibles donde compraba mi madre tenía dos hijos. A uno lo habían matado poco después del derrocamiento, el otro se había escapado a Venezuela y le escribía de vez en cuando a su madre diciendo que tenía un buen

trabajo y se quería casar. Esta mujer, cuando murieron mis padres, me ofreció trabajo porque estaba sola y le era difícil atender el negocio. La ayudé un tiempo, siempre pensando en irme. Yo no tenía ningún problema con la policía ni me había metido en nada, de modo que no fue tan difícil sacar un pasaporte cuando cumplí la mayoría de edad. El problema verdaderamente grave era el dinero para comprar el pasaje de avión y una reserva hasta que encontrase de qué vivir.

Un día decidí que había llegado el momento. Esperé a que saliera a misa, iba casi todos los días, y entré en su habitación con una ganzúa. Forcé la gaveta en la que guardaba el dinero y lo cogí. Era poco dinero, aunque para ella mucho, y le dejé sobre la cama mi ropa de invierno porque me habían dicho que en el país a donde quería emigrar no la iba a necesitar. Tampoco era mucha ropa, pero así no tendría que comprarla. Fue un detalle sentimental que tuve antes de abandonar un lugar al que no pensaba nunca volver. Después me escribió una amiga diciéndome que le dio un infarto fulminante cuando supo que la había robado. Fue un crimen.

Así que es usted una persona que se ha hecho a sí misma, dijo Aspern que le había dicho Ulises. Creo que lo asumo así, contestó ella.

—El profesor Aspern siempre nos sorprende con la historia del señor Zero.

—Deberíamos iniciar la partida —dijo el doctor Wakefield—, de lo contrario se nos hará muy tarde el regreso.

—No porque tengamos demasiado a qué regresar —añadió el coronel Dickinson.

—Eres y serás un hombre taciturno, Dickinson. Quiero decir que es apropiado conservar nuestras costumbres y nunca hemos regresado después de las diez. Es la hora más prudente.

—¡Oh David! Hagamos una excepción. El viernes pasado regresamos a las diez y media y nada malo ocurrió. Tuviste tiempo de ver las noticias mientras yo te preparaba un té antes de acostarnos.

—No digas tonterías, Emma, sabes muy bien que nunca veo las noticias antes de acostarme.

—Es una manera de hablar. Casi todo el mundo ve las noticias antes de acostarse.

Aspern dispuso las cartas y sacó la botella de brandy porque ese viernes le correspondía.

—Es consolador que el señor Zero haya encontrado compañía femenina. Al menos así su problema será menos pesado de llevar.

Emma Wakefield subía la apuesta siempre que lograba una escalera. Aspern subió la apuesta de Emma, lo que indicaba que había obtenido color; el coronel Dickinson se retiró en señal de que se había

quedado con un trío, y David Wakefield subió sobre Aspern como hacía siempre que reunía un póker.

—Era predecible que así ocurriera —comentó Aspern destapando las cartas.

—Por supuesto —asintió Wakefield recogiendo las fichas que había ganado.

—El señor Zero ha dado muestras hasta ahora de ser un hombre normal —dijo Emma.

—¿Qué quiere decir con eso señora Wakefield? —preguntó el coronel.

—Quiero decir que es un hombre, cómo explicarlo, de gustos normales.

—Todo el mundo entiende lo que quieres decir, querida —aseveró el doctor Wakefield.

—Ciertamente —dijo Aspern—, en ese tipo de gustos es un hombre normal.

—¡Oh, cuántas ganas tengo de conocerlo! ¿Es un hombre atractivo, profesor Aspern?

—Al respecto, Emma, creo que mi opinión no sería la más significativa. En términos generales diría que Ulises Zero es un hombre normal. Sí, me parece que pudiera ponerse así: es una persona de apariencia completamente normal.

12

Los nocturanos siempre habían vivido en Nocturama. Se decía de algunos inadaptados que abandonaron su origen para nunca más regresar y de los que nada se había vuelto a saber, pero fueron muy escasos. La huida de Diorama, de la cual ninguno de los nocturanos vivos conservaba un testimonio propio, los había convertido en gente apegada a sus hábitos y paisajes. Sin embargo, ante la penuria que se había desatado los jóvenes decidieron escapar. Se aventuraban a cruzar la montaña y buscaban su futuro en otra parte. No es posible esperar tanto tiempo, se decían. Nocturama se ha empobrecido de tal manera que en unos años todos habremos muerto. Al principio eran grupos pequeños los que emigraban, paulatinamente comenzó a observarse que el Nocturama Pool Bar estaba cada vez más vacío y eran muy pocos los muchachos que pasaban la noche del sábado jugando en las mesas de pool. Era usual que los domingos por la mañana salieran las jóvenes a pasear por las plazas a fin de encontrar a sus enamorados, componiendo un espectáculo muy colorido y optimista, particularmente en los meses en que cesaba la lluvia. También en ellas se comprobó la misma ausencia. Estos eran hechos constatables que los nocturanos no querían mencionar. Cruzaban miradas significativas en el Nocturama Pool Bar, en las plazas y en la intimidad de sus hogares. Por más que intentaran evitarlo la verdad era que rápidamente Nocturama se convirtió en una ciudad de viejos, y todos aquellos que podían emprender el largo camino de la montaña lo hacían sin volver a dar noticias de sí mismos, como había sido la costumbre entre los emigrantes nocturanos. Aunque los padres ocultaban el éxodo de sus hijos para no ser considerados como traidores a la patria nocturana e inventaban excusas para justificar su ausencia en el trabajo, el bar o la plaza, era sabido que en casi todas las familias faltaba algún miembro. Esta circunstancia tenía como consecuencia que cada vez había menos hombres disponibles para el trabajo fuerte, con lo cual la escasez de los alimentos iba en aumento. También se murmuraba que ocurrían muchas muertes y que algunas eran disfrazadas de huida. Preferían decir que alguien se había marchado antes que muerto.

Era vergonzoso para todos aceptar que estaban desapareciendo

porque habían descuidado su razón de ser: la cría de conejos y la cosecha de coliflores. Abandonado el esfuerzo que había sido su vida, no querían reconocer que estaban dispuestos a la inmolación por la llegada de un intruso. Las mujeres, particularmente amenazadas, trataban de ayudarse unas con otras y rendían las conservas de coliflores o las sopas de conejo todo lo que su sabiduría ancestral les permitía, pero sabían que la comida era cada vez más insuficiente. Las jóvenes evitaban los embarazos para ahorrar, al menos, el sufrimiento de una nueva víctima.

Nacieron muchos niños muertos en aquel tiempo porque las madres estaban mal alimentadas, y también porque, en las emergencias de los partos, no pudieron ser trasladadas en helicóptero. Un gran número de parturientas morían sin atención. La estación de radio había dejado de funcionar cuando se fueron los encargados de su uso y mantenimiento; pocos hombres en Nocturama sabían cómo hacerlo y eran precisamente los que habían partido. Por esa misma razón el helipuerto suspendió el servicio de vuelos y la visita de los montañistas quedó cancelada aquel verano. Uno a uno fueron cerrando los albergues, pues eran muy escasos los visitantes que se atrevían al paso de la montaña en mula, y los muleros, sin recursos para alimentarlos, se vieron en la necesidad de sacrificar a sus animales.

Algunos decían que esa espera no podía ser infinita, y que si habían creado un pasado que era motivo de alegría para todos, estudiado en los textos escolares, e incluso móvil turístico, también sería posible decidir el nombre de su fundador. No era estrictamente necesario que el héroe sin estatua diera su nombre a la patria. Los señores del Consejo de Gobierno discutieron la propuesta que hizo uno de ellos: convocar el II Congreso de Historia de Nocturama para llenar aquella falta original que no había solucionado el I Congreso. Sin embargo, no fue posible. Cuando la anunciaron fue aceptada por muy pocos. Querían un núcleo de verdad para su historia. Aspiraban a un fundador cierto. Sufrían por una gota de realidad. Un héroe auténtico era tan indispensable como los conejos y las coliflores.

Una cruda certidumbre se reveló ante los nocturanos. Orgullosos del paisaje histórico que habían concebido, de los monumentos antiguos que fueron edificados, de las leyendas inventadas para acompañar estas ruinas, de las canciones y danzas compuestas para relatar las pasiones de sus ancestros, de las heráldicas diseñadas para demostrar la antigüedad de su linaje, y, en fin, de toda la gesta que sus historiadores construyeron y continuaban construyendo desde el I Congreso de Historia de Nocturama, intentaron olvidar su falta. La inexistencia del héroe que diera sentido a su origen como pueblo. Se sentían ahora desnudos frente al tiempo. También habían olvidado su

primer nombre, es decir, el que tenían antes de que su pueblo se denominara Diorama. Todos los documentos desaparecieron en aquel lugar abandonado, y de las antiguas casas que habitaron el viento había desparramado todo testimonio. Volver a Diorama e intentar rescatar su nombre original y genuino era ya imposible. Quizás existió un héroe epónimo, un gran fundador de la comarca, un magnífico guerrero que les diera nominación, pero ni los más ancianos podían recordarlo. Todos los habitantes de Nocturama eran nocturanos. Los dioranos se habían extinguido muchos años atrás, y cuando emigraron a la alta montaña no llevaron consigo las crónicas de su fundación.

Los señores del Consejo de Gobierno designaron a dos jóvenes con la misión de realizar una exhaustiva inspección arqueológica que les permitiera encontrar algún rastro. Los dioranos, afirmaban, salieron precipitadamente, no pensaron en el futuro, solamente vieron por sí mismos y su supervivencia, y es muy posible que allí esté la clave que buscamos. Con la ayuda de los historiadores indagaron el paraje en el que se sospechaba tuvo lugar su primer asentamiento, y así los jóvenes, seleccionados por su coraje y lealtad entre los pocos que quedaban, partieron un amanecer. Los nocturanos los despidieron con cantos y lágrimas. Las madres tejieron para ellos el escudo de Nocturama que llevaban orgullosamente en el pecho.

Durante muchos días todo Nocturama estuvo aguardando su regreso. Temían por sus vidas, pero más todavía que regresaran sin nada. Ambos volvieron y su relato causó gran desolación. Trajeron como única huella de su viaje un pedazo de hierro que alguna vez fue ventana; de la fundación primordial apenas si quedaban algunas piedras. En poco tiempo la erosión hará irreconocible el lugar, dijeron, y será absorbido por la naturaleza. No quedará vestigio de que alguna vez fue habitado por la especie humana. Ésta era una realidad que todos debían aceptar. Si el héroe fundador había existido nunca lo sabrían.

Ulises escuchaba atentamente mi monólogo, pero no podía distraerse de su misión, encontrar a Díaz-Grey, el verdadero, de quien había tenido sorprendentes noticias.

Creo que sé lo que ella sintió cuando vio el Spree helado, decía, es probable que en ese momento prefigurara un gran amor y que poco después lo encontrara. ¿Por qué, si no, insiste en contarme su visita a Berlín? Ulises, desde que había conocido a la mujer que para él se llamaba Eudora Welty, no quería hablar de otra cosa. Estaba entusiasmado, decía Aspern, probablemente añoraba la compañía femenina, aunque al respecto había sido extremadamente cauto. Contaba que algunas tardes en las Urbex, cuando él fingía regresar de sus negocios y ella decía haber terminado con los suyos, se citaban en

el bar del último piso, y desde allí contemplaban la vista.

—Es imponente, ¿no cree?

—¿La Gran Montaña?

—Es majestuosa. Dicen, sin embargo, que alberga en su interior la posibilidad de producir un sismo de proporciones superiores a las hasta ahora registradas. Sus ríos cuando crecen por las inundaciones son capaces de ahogar a la ciudad entera y bajan como mares sobre las edificaciones tapando las calles y arrastrando a su paso cuanto encuentran.

—En la región donde pasé mi infancia no había montañas, era siempre una inmensidad ilimitada, es mi recuerdo más presente. La Gran Montaña me resulta ominosa.

—Hay días en que la veo abrumada y otros como si fuera una esperanza.

13

En la pequeña biblioteca de la suite Ulises había encontrado un libro acerca de Isla de Coinos. Comenzó a leerlo pensando que era un libro de viajes, a los que era muy aficionado. Todos hemos venido de algún lugar, todos somos pasajeros que llegamos de una tierra a otra. Y, al mismo tiempo, qué triste es llegar a cualquier parte. Si, finalmente, decía Aspern que había dicho Ulises, después de un largo recorrido me detuviera en una pequeña ciudad que pareciera estar al borde de un lago, o de un fiordo, o del océano, dirigiría mis pasos a unas rústicas viviendas de madera pintadas en ocre, con estrechas ventanas que abriría para escuchar el graznido de las aves marinas, y en la lluvia brillante sobre la calle distinguiría, quizá, mis huellas en Bahía de Piedras. Un edificio como un barco o un hospital abandonado, hendido en el agua, sería un bello recuerdo que me gustaría conservar, pero no tengo memoria de que hubiese algo así en Bahía de Piedras. Eran, más bien, casas aplastadas, de colores apagados, sin un destello de felicidad en ellas que no fuera saber que sus habitantes vivían a salvo de los temporales o de los ciclones. Por eso, en los libros de viajes, encuentro la paz. Sé que en ellos está mi verdadera identidad, en alguna de sus páginas podría descubrirme a mí mismo, de alguna de sus descripciones podría construir mi memoria. Pero no era, en realidad, un libro de viajes.

Ulises había leído, decía Aspern, la historia de un pueblo que perdió su identidad cuando el territorio en el que habitaba quedó separado del istmo que lo unía al continente y se convirtió en una franja flotante, que, desgajada, circulaba en el océano hasta que las corrientes la estabilizaron. La causa de este extraño fenómeno pudo ser un terremoto o un maremoto, esto es algo que no ha sido determinado y probablemente no lo será nunca. De algunas civilizaciones solamente sabremos su desaparición. Los coinos durante varios siglos no tuvieron contacto con otros seres humanos que no fueran ellos mismos y permanecieron en un estado primitivo de cultura. Algunos vestigios indicaban la posibilidad de que hubiesen fabricado embarcaciones, intentando alcanzar el continente al que pertenecieron, pero no se hallaron evidencias de que lograran hacer contacto con los habitantes de tierra firme. Únicamente unas sagas,

cuya escritura logró ser decodificada, hablaban de la nostalgia de los coinos por su antigua raíz. Narraban una lucha sin fin por recordar de dónde habían venido y cuáles eran sus ancestros. Se embarcaban no para alcanzar nuevos territorios, como ha sido siempre la costumbre entre los pueblos navegantes, sino, por el contrario, para volver a su pasado con la esperanza de que en alguna parte se sintieran de nuevo ellos mismos y reconocieran su voz. El héroe de la saga cantaba un reino amado y perdido en el que los coinos habían sido felices. Su utopía era el retorno. Todo fue inútil, sin embargo. Quedaron en el medio del mar, y hasta mediados del siglo XIX la humanidad no volvió a saber de ellos, si es que alguna vez los conoció. En ninguna investigación se ha encontrado, hasta el momento, que su existencia hubiese sido registrada por otros pueblos vecinos.

En 1869 un viajero inglés conoció la isla y publicó poco después una nota en la cual hacía mención de la misma, pero era una descripción demasiado imprecisa para identificar su ubicación; los barcos que navegaban en una ruta cercana a la señalada no fueron capaces de dar con ella. Sin que hubiese continuación con la crónica que el viajero publicó en los anales de la Royal Geographical Society, fue otro inglés quien dio noticias de Isla de Coinos. El desarrollo de la aviación hizo que durante la Segunda Guerra Mundial la isla fuese distinguida por un piloto de la Royal Air Force, y a partir de entonces quedara definitivamente localizada.

En los años 50 el Departamento de Ciencias Sociales y Antropológicas de Yale aprobó el proyecto de investigación del profesor James W. Barrister para viajar a Isla de Coinos y realizar así los primeros trabajos de campo. Intentaba esta exploración estudiar sus conquistas culturales a fin de relacionarlas con otras etnias y aproximarse así a su origen. Las hipótesis científicas preveían las millas a las cuales hubiera podido ser arrastrada la franja coina, y ello delimitaba las regiones a las que hubiesen quizá pertenecido. El viaje, en efecto, tuvo lugar pero terminó trágicamente. Barrister y sus acompañantes naufragaron cuando se disponían a circunvalar el islote en una lancha de motor. El barco en el que viajaban no logró realizar a tiempo las labores de rescate y todos desaparecieron. Esta circunstancia, unida a que el piloto británico cayó poco después de reportar las coordenadas de la isla, dio pie a una leyenda negra acerca de los coinos, y por dos décadas nadie volvió a intentar su aproximación. En 1971 el profesor Jan Waalde, del Centro de Investigaciones Marítimas de la Universidad de La Haya, emprendió de nuevo la exploración, esta vez en helicóptero, y pudo aterrizar sin inconvenientes en el territorio coino. Convivió con ellos durante varias semanas y describió que los coinos, por su aislamiento, habían permanecido en un estado premoderno, asimilable a las condiciones

de la Edad Media occidental en cuanto a tecnología y costumbres. Era un científico marítimo, por lo que sus descripciones naturalistas no lograron despertar la atención de los antropólogos, quedando el registro de la isla más como una contribución a la geografía universal que al estudio de las culturas primitivas.

Sin embargo, Waalde publicó un artículo en una revista especializada en descubrimientos geográficos, y en 1977 un joven discípulo de Levi-Strauss, atormentado por la búsqueda de sociedades vírgenes, lo leyó casi al azar y decidió emprender el estudio del lenguaje de los coinos. Permaneció con ellos por más de dos años. La obra de Bernard Besson, *Estructura de lenguaje y códigos de parentesco entre los coinos*, es probablemente el aporte más importante en el resurgimiento del interés por este pueblo. Fue publicado por las Presses Universitaires de France y resultó un éxito académico sin precedentes. El libro fue traducido a varios idiomas, y la Universidad de Yale, considerándose pionera en la investigación de Isla de Coinos, decidió reanimar el abandonado proyecto de Barrister, esta vez con un equipo interdisciplinario y dotado de mejores recursos. Por distintas razones, entre ellas la muerte del coordinador del equipo, el viaje se pospuso y no pudo llevarse a cabo hasta mediados los años 90, cuando la expedición dirigida por la profesora Mary J. Shelley viajó a la isla. Su libro *Viaje a una isla en el tiempo. Los coinos del siglo XXI* recibió el Social Research P.D. James Award, el premio de mayor prestigio en su área.

Éste era el libro que encontró Ulises en la biblioteca, concluyó Aspern. Mary J. Shelley avalaba la tesis de Besson según la cual la pérdida de su identidad original congeló el avance de la civilización coina. Al no recordar sus conquistas civilizatorias, los coinos se vieron obligados a comenzar todo de nuevo, incluso volvieron a inventar la rueda, lo que retrasó por siglos su estado cultural. Este ángulo llevó a la autora a revisar la literatura concerniente a los problemas de identidad —pérdidas de identidad, alienaciones de la identidad, construcciones alternas de identidad—, y en ese campo los experimentos de Díaz-Grey representaban un hallazgo inestimable.

El capítulo titulado "Síndrome de identidad aleatoria" pulsó un estado de alerta en mí, que desde entonces no ha cesado, decía Aspern que había dicho Ulises. En forma obsesiva, casi frenética, Ulises repasaba constantemente las páginas en las que Shelley hacía una extensa mención de la investigación realizada por Díaz-Grey. Aludía a unos trabajos inéditos, que habían llegado a sus manos a través de un colega a quien expresaba vivamente su agradecimiento.

En general, las investigaciones más comunes acerca del tema de la pérdida de identidad, comentaba Shelley, se centraban en las amnesias, los trastornos neurológicos y los traumas psíquicos graves

que desbarajustan el rompecabezas del Yo. Díaz-Grey había desarrollado un tema novedoso como era la descripción de sujetos que deseaban adoptar una identidad diferente a la que tenían por encontrarse saturados de la propia. Estaba convencido de que algunas personas habían logrado esa transformación por sus propios medios y su objetivo era demostrar la factibilidad del proceso a través de una experimentación controlada. El terreno es muy amplio, acotaba Shelley, ya que pueden incluirse casos con muy distintas problemáticas; desde quienes se tiñen el pelo de un color artificial no cónsono con su grupo étnico, o adquieren otra nacionalidad, hasta los que desean cambiar su género sexual. En todos ellos las razones son de alguna manera comprensibles o comunes; en cambio, la investigación aportada por Díaz-Grey comprendía a sujetos cuyo propósito era vivir otra vida, sufrir otros problemas, disfrutar otras alegrías. Es decir, deseaban dejar de ser ellos mismos para convertirse en otros, sin que antepusieran la premisa de algún beneficio, como era el caso de los que prefieren tener otro país, otra fisonomía u otro cuerpo. La profunda motivación de quienes sufrían el síndrome era el deseo de abandonar su identidad, no importa qué consecuencias comportara.

Díaz-Grey diseñó un experimento que consistía en proporcionar a un grupo de sujetos que cumplieran con los criterios del SIA (Síndrome de Identidad Aleatoria) las condiciones que les permitieran vivir con una identidad distinta, concedida aleatoriamente por un tiempo predeterminado, cuya duración desconocerían. No consistía en una simple transformación de las circunstancias que pudiera asemejarse a un simulacro, como los que producen ciertos programas de televisión, ni de establecer un escenario paródico, como los concursos de “Reina por un día”. No se trataba, de ninguna manera, de un juego, sino una experiencia de vida que debía ser absorbida por el sujeto con la misma certidumbre que acompaña a las personas en el desempeño de sus existencias ordinarias. No era —Díaz-Grey insistía en ello— una aventura banal sino algo que podía afectar irreversiblemente a quien aceptara el riesgo.

Ulises detuvo la lectura emocionado. La dueña del Oasis estaba en lo cierto cuando le recomendó visitar a Díaz-Grey. El libro de Mary Shelley reconfirmaba que debía continuar en su búsqueda, a pesar de los obstáculos que hasta el momento había encontrado, porque, precisamente, de todos los lugares del mundo, se encontraba en aquel en donde vivía el verdadero Díaz-Grey. Le confió todas estas preocupaciones a la mujer que para él era Eudora Welty, y ella se mostró decididamente solidaria. Sugirió que el Business Centre contaba con personal que podía ser contratado para diferentes necesidades. Decidieron encomendar la tarea a una de las jóvenes asistentes, quien presentó en menos de cuarenta y ocho horas un

listado de diecisiete personas con el nombre de Díaz-Grey, asegurando que podían ser rastreadas por Internet. Esto sorprendió a Ulises. Había realizado una búsqueda sobre el particular, y todas las veces en que el nombre de Díaz-Grey aparecía eran decepcionantes. La mayoría eran irrelevantes y se referían a temas inespecíficos, a excepción de las entradas "Cameron Díaz", "Dorian Grey", y una página literaria en la que se hacía mención de un personaje con el mismo nombre, perteneciente a una novela de un tal Onetti, autor que le resultaba por completo desconocido.

Con este primer triunfo en la mano Ulises le encargó a la asistente que continuara la pesquisa, y seguidamente hiciera los contactos necesarios hasta precisar cuáles de ellos vivían en la ciudad. La lista descendió a cuatro, lo que era alentador. Dos de ellos resultaron ilocalizables; un tercero, al parecer estaba de viaje por tiempo indefinido. Quedaba, pues, un solo Díaz-Grey que pudiera corresponder al que le había recomendado la dueña del Oasis.

Anoté cuidadosamente la dirección, dijo Ulises, y decidimos que iríamos en su búsqueda. Ella, mi Eudora Welty, se ofreció a acompañarme, me pareció promisorio ya que es una persona muy ocupada; que estuviera disponible para esto era, sin duda, una muestra de interés.

Fijaron entonces una fecha para llevar a cabo la misión de encontrar a Díaz-Grey. El mapa señalaba una dirección bastante distante de las Urbex y consideraron que lo más prudente era tomar un taxi. Llegó puntualmente a recogerlos, y sin contratiempos los condujo al lugar deseado. Era un barrio atravesado por una ancha avenida arbolada, las construcciones delataban una dignidad urbanística de otro tiempo y alternaban con comercios de mueblerías y aparatos electrodomésticos, una iglesia bastante grande, aunque deslucida en su fachada pretendidamente neogótica, y alguna cafetería. Al lado de la iglesia había un pequeño teatro y curiosearon el programa que anunciaba "El jardín de los cerezos".

—La hemos visto varias veces, pero podríamos venir uno de estos días —dijo la mujer que para Ulises era Eudora Welty.

Las paredes de la iglesia estaban pintorreteadas de consignas y grafitis. En el lado derecho se veían esvásticas de gran tamaño, rodeadas por un círculo negro tachado por una gran X. En el lado izquierdo se leían consignas: "Sólo el pueblo salva al pueblo". "Los Guardianes de la Patria te vigilan." Observaron que grupos de personas se reunían en las escaleras. Todas tenían las mismas camisas, en la parte delantera se mostraba la foto de una mujer, cuyo rostro estaba orlado por llamas como en las imágenes religiosas, y al dorso decía "Guerreros de la Reina". A medida que bajaban de las calles laterales, y más gente se sumaba al núcleo inicial, llenaban toda la

entrada principal del templo. Los altavoces comenzaron a transmitir el discurso y las personas congregadas lo escuchaban con fervor, sin por ello dejar de comer, aplaudir y vitorear. Era un discurso circular que hablaba de la patria, del origen, el destino y los héroes traicionados. Se sentaron en la terraza de la cafetería y desde allí presenciaban los acontecimientos.

En una mesa contigua un hombre de pequeña estatura, de unos setenta años, conversaba con otro más joven y de buen parecer. El primero fumaba mucho y hablaba poco; el segundo agitaba las manos y se expresaba con vitalidad. Preparaban un documento, repasaban listas de posibles firmantes y corregían el texto. Parecían personajes del pasado, eran borrosos como sombras. El que era mayor vigilaba a su alrededor detrás de unos lentes de miope, y Ulises pensó que era un hombre que había preparado muchos documentos parecidos, o quizás opuestos. Al ver cómo miraba la ciudad uno podía saber, decía Ulises, que ese hombre la había habitado interiormente, y en aquel momento cumplía una vez más el rito en su larga vida de escribir documentos a favor o en contra de algo. El más joven controlaba el tiempo constantemente y atendía de vez en cuando el teléfono portátil. Alguien más esperanzado, podría suponerse, dijo Ulises.

Dejaron de escuchar la conversación de la mesa vecina a causa del alto volumen con que los amplificadores de sonido irrumpieron en el silencio de un barrio que alguna vez fue apacible y bien portado. Ulises reconoció que había oído un discurso similar en la calle a la que llegó en autobús, cuando estaba buscando a Díaz-Grey en el otro extremo de la ciudad. Era la misma voz.

—¿Quién es? —le preguntó al mesero.

—Está en todas partes —respondió.

Ulises se quedó callado y el hombre insistió:

—La voz del Ángel Vengador está en todas partes.

La mujer que para él era Eudora Welty sugirió irse. Sentía una atmósfera inquietante, pero Ulises, decía Aspern, no podía aceptar otra cosa que no fuese encontrar a Díaz-Grey y la instó a entrar sin más demora en el edificio que había localizado la asistente del Business Centre. Cruzaron la calle y se detuvieron frente a la puerta, les llamó la atención que estuviera cerrada con varias cadenas sujetas por gruesos candados. Tocaron varias veces el timbre sin resultado hasta que un rostro se asomó por una ventana.

—Aquí no vive nadie —gritó.

—Busco a Díaz-Grey —insistió Ulises.

—Aquí no vive nadie.

Entonces, sin que hubieran podido anticiparlo, una turba se abalanzó sobre ellos y los arrolló.

14

Mientras estas circunstancias se desarrollaban en Nocturama crecía el misterio en torno al héroe sin estatua. Nadie sabía dónde vivía ni en qué lugar se escondía durante el tiempo que transcurría entre sus manifestaciones. Los intentos por descubrirlo terminaron siendo infructuosos y esto generó una lluvia de sospechas. Habían sido los nocturanos gente confiada, acostumbrada al trato directo por su mismo aislamiento, y en la medida en que todos se conocían era difícil que se colara el engaño o que permaneciera indefinidamente irresuelto. El secreto que encubría el alojamiento del héroe rompía esta manera tradicional de relacionarse, porque allí donde el héroe se refugiara se instalaría el centro del poder. Esta situación cambiaba radicalmente los balances políticos que los señores del Consejo de Gobierno habían establecido entre ellos. Aquellos que estuvieran encargados de darle vivienda y comida necesariamente serían los más próximos y contarían con las mejores oportunidades para aspirar al linaje heroico. Hasta entonces una igualdad básica había reinado en la población nocturana; pertenecer a la estirpe del héroe transformaría esta condición irreversiblemente. Sus allegados se convertirían en sus descendientes, por consiguiente sus antepasados en los protagonistas de las crónicas de fundación, y sus escudos mostrarían las divisas de honor señalándolos como sus vasallos o súbditos preferidos. El héroe epónimo habría así legado una raza, y pertenecer a ella produciría diferencias de grado y calidad entre los nocturanos, quienes siempre se habían reconocido en un origen común: descendían de cultivadores de coliflores o de criadores de conejos. Esto diferenciaba a las familias: las que tenían grabado en la puerta un conejo y aquellas que tenían una coliflor. De la misma manera se establecieron los partidos políticos: los conejeristas y los colifloristas, conocidos popularmente como los "coni" y los "coli"; con igual sentido se conformaron los equipos deportivos, los periódicos, las iglesias, las escuelas, los mercados, los comercios y todas aquellas instituciones que requerían de cierta competencia. El desarrollo de la industria turística creó un tercer camino, los "turi", pero nunca fue lo suficientemente sólido como para que las casas ostentaran el escudo de los "turi". Y, de todas maneras, los "turi" descendían o bien de los "coni", o bien de los

"coli".

Los señores del Consejo de Gobierno propusieron una solución de consenso que se anticipara al problema del linaje heroico. Todo nocturano descendería del héroe. Se abolirían de antemano las odiosas distinciones y todos los ciudadanos de Nocturama quedarían autorizados a añadir en el escudo familiar su nombre, hasta el momento desconocido, pues no lo había revelado. Ésta era la causa por la cual era necesario asistir a todas sus apariciones, ¿de qué otro modo podrían saber el nombre que daría origen a todo? Además, otras consideraciones se imponían. La plaza central de Nocturama era de proporciones estrechas. Estaba rodeada por un lindero rectangular marcado por una reja de poca altura para proteger las flores que la adornaban; alrededor se situaban unos bancos para que las mujeres se sentaran mientras los niños jugaban, así como las parejas de enamorados entregados a la elaboración de sus idilios. Tanto la plaza central como otras de menor tamaño componían el sencillo urbanismo de la ciudad y ninguna tenía el mérito de ser la plaza principal o la plaza mayor. Cada cual utilizaba la plaza que correspondía a su vecindad y no había plazas secundarias. Pero una vez que la plaza central fuese inaugurada como Plaza del Héroe sus proporciones resultarían inadecuadas, y se decidió convocar a los arquitectos para estudiar las propuestas de ensanche. Para ensanchar, dijeron los arquitectos, era en primer lugar indispensable la demolición de las casas vecinas. Esta propuesta causó espanto. Los afectados iniciarían una lucha entre sí, y de todos contra el Consejo de Gobierno. Se convino en que la plaza sería ampliada moderadamente, lo estrictamente necesario para dar cabida a una estatua ecuestre —pues toda estatua heroica, decían los libros, debe ser ecuestre— de cuatro metros de altura. Esto conducía a la eliminación de los bancos y, lo más grave, a la destrucción de la fuente emplazada en el medio. No sería ya un espacio recreativo para los vecinos sino un lugar de veneración. Una guardia de honor estaría al pie de la estatua, día y noche, con una llama eternamente encendida. Los "turi" fueron los únicos que aplaudieron esta posibilidad, imaginaron un recorrido por la ciudad que llevaría a los visitantes a través de las distintas plazas sin nombre hasta llegar a la Plaza del Héroe donde podrían tomarse fotografías con la guardia de honor, al igual que habían leído ocurría en el Palacio de Buckingham. Bajo la implacable lluvia nocturana los guardias de honor resistirían todo el invierno y turistas del mundo entero posarían a su lado.

Esto generó una nueva problemática. Nocturama no tenía ejército. La geografía era su defensa frente a posibles enemigos y solamente contaba con una policía local para los delitos ciudadanos. Era necesario, entonces, crear un pequeño contingente de soldados a fin

de elegir entre los mejores a aquellos que recibirían el honor de guardar la memoria del héroe, lo que no dejaba de ser un obstáculo porque, como sabemos, muchos jóvenes habían abandonado su tierra para siempre y los que quedaban hacían falta para el trabajo. Se estudió entonces la posibilidad de que las muchachas pudieran integrar también la guardia de honor aunque, decían los textos consultados, parecía ser infrecuente.

Durante el proceso al que dieron lugar estas deliberaciones la comida seguía escaseando al punto que se desató una plaga insólita en la historia de Nocturama. Aparecían por las mañanas cadáveres de conejos como chupados y vaciados por algún animal que los hubiese dejado exangües. Al principio este siniestro acontecimiento fue encubierto y únicamente se comentaba en la estricta intimidad. Ni siquiera en el Nocturama Pool Bar alguien se atrevió a mencionarlo. Todos los nocturanos sabían que al atravesar las calles tropezaban con los cuerpos que yacían en las aceras o se apilaban en los botaderos de basura. Las madres estaban alarmadas con el peligro de que los niños los tocaran y contrajeran la enfermedad fatal. La inocencia infantil podía delatar el hecho.

Un conejo muerto era inocultable. Resultaba muy fácil detectarlo porque siempre se habían preciado de Nocturama como uno de los lugares más pulcros del mundo. La prensa nocturana era, como todas, voraz, y una vez en pos de la noticia se aferró a ella. Por supuesto, el Consejo de Gobierno trató de manipular la información. Reunidos con los periodistas intentaron convencerlos de que, si todo el mundo lo sabía, no era necesario publicarlo, y menos registrarlo en imágenes y reportajes que se difundieran por radio y televisión aterrorizando así a la población. La libre expresión es un derecho irrebatible, los medios de comunicación estamos obligados a darle eco a este hecho —dijeron —. La vida de los ciudadanos está en peligro y no podemos esconderlo.

“Un vampiro en Nocturama” tituló el diario de más prestigio. Las fotografías de los cadáveres llenaron la primera página, seguidas de un amplio reportaje. El diario rival contrarrestó la noticia: “Sin pruebas la existencia del vampiro”. Pero el daño estaba hecho. El pánico recorría los hogares y en el Nocturama Pool Bar no se hablaba de otra cosa. A partir de aquel momento nadie quiso reconocer que había perdido un conejo la noche anterior.

¿Quién mataba los conejos?

—Ulises —decía Aspern— prestaba poca atención a mi relato de la historia nocturana, no que eso me sorprendiera, pues se trata de una historia que solamente a algunos curiosos interesa.

—Siempre hemos estado atentos a sus investigaciones, profesor —

dijo Emma.

—Lo que ocurre, Aspern, es que nos la sabemos de memoria —señaló el coronel Dickinson.

—Es una historia subyugante y, seguramente, cuando pueda presentarse en el ámbito adecuado causará mucho revuelo —comentó el doctor Wakefield.

—Así es, estoy seguro de ello —continuó Aspern—. El caso es que Ulises, después de lo ocurrido en la búsqueda de Díaz-Grey, presentaba un estado de desmejoramiento visible. Consintió en quedarse un par de días conmigo para reponerse mientras la mujer que para él era Eudora Welty permanecía en la clínica.

—¿Está enferma? —preguntó preocupada Emma.

—Fue herida cuando acompañaba a Ulises al lugar donde pensaban encontrar a Díaz-Grey. Hubo muchos heridos de bala y ella recibió un disparo en la pierna. En la confusión de la batalla Ulises logró sacarla, la tomó en brazos y salió a la calle en medio de una multitud que se había congregado atraída por el escándalo. Él desesperadamente pedía ayuda para llevarla a un hospital. Nadie lo auxiliaba y la hemorragia era tanta que creyó que moriría. Entonces apareció un camión en el cual cargaban a las víctimas, y sin pensarlo se subió también. Entre gritos escuchó que el camión se dirigía a un hospital; efectivamente, con los heridos y quienes los socorrían, arrancó a alta velocidad sin detenerse en los semáforos.

—¿Era una ambulancia? —preguntó el doctor Wakefield.

—No propiamente, era un camión como de transporte de materiales. Decía Ulises que junto a él iban muchos niños y mujeres, hombres desmayados, todos tirados sobre la parte trasera destinada a la carga. Vio morir a uno de ellos al lado suyo, pero en todo momento trató de mantener la calma y sostener el torniquete que había confeccionado con su camisa para detener la hemorragia de la mujer que para él quería seguir siendo Eudora Welty. Ulises sabía que si no llegaban pronto moriría, de modo que no valía la pena pensar en ello. Dependían totalmente de la persona que conducía el camión. Finalmente apareció el hospital. Puede ser que tardaran mucho tiempo o poco, en esos casos es difícil medirlo.

El camión se detuvo frente a la entrada de emergencia abarrotada de gente yendo y viniendo, y de tenderetes instalados para vender alcohol, paquetes de algodón y comida. Los que salían del camión lo hacían saltando sobre los que tapaban la entrada del hospital, empujándolos, y si era necesario golpeándolos. Adentro los médicos y las enfermeras corrían gritándose unos a otros, de modo que era todo muy confuso. Cada cual cargaba con su víctima y trataba de encontrar auxilio por su cuenta. Ulises comprendió que ésa era la única manera de proceder. Los médicos ya estaban saturados por los heridos que

habían logrado bajar primero, y siguió adelante lo más rápido que pudo. Nadie le preguntó nada ni nadie lo detuvo. Avanzaba con ella en sus brazos entrando y saliendo por corredores atestados de personas acostadas en camillas o sentadas en el piso apoyándose contra las paredes, acompañadas de otras que comían o expelían sus excrementos.

La mujer que para mí todavía era Eudora Welty había perdido el conocimiento y lo único que me quedaba por hacer era estar con ella mientras moría, dijo Ulises. Nos sentamos en el suelo en un recodo en el que había menos gente y la abracé. Hasta que la muerte nos separe. Mi madre decía que la cacería de morsas era una práctica muy antigua, y que, gracias a ella, los habitantes de los círculos polares habían sobrevivido durante siglos. Decía también que una vez escuchó en un programa de radio la voz de una anciana que explicaba las costumbres de sus antepasados. Hablaba una lengua como un sonido abrupto, sin modulaciones, tan hiriente como los cuchillos que usaban los cazadores para cortar los cuerpos de las morsas. Ella también lo era, pero al parecer utilizaba métodos más modernos que los ancestrales. La locutora leía después una traducción, aunque era imposible saber si sus palabras correspondían verdaderamente a las de la mujer descendiente de los cazadores. La voz de aquella mujer, a mi madre, le parecía muy cruel. Recordé esto mientras permanecimos abrazados.

En ese momento, decía Aspern que había dicho Ulises, un hombre se agachó junto a ellos. Vestía una bata completamente manchada de sangre. Era una bata de sangre que había sido verde. Examinó la herida, aplicó un verdadero torniquete en la pierna de la mujer que para Ulises era a toda costa Eudora Welty, y pinchó una vena del brazo con una aguja unida a una bolsa de suero. “Sostenga el suero en alto —le ordenó—, voy a ver si encuentro material para suturar.” Ulises se quedó inmóvil hasta que el hombre regresó y procedió a intervenirla. “La herida tiene orificio de salida, así que es probable que se salve”, dijo antes de irse. Estuvieron acostados en el piso hasta que Ulises vio que retiraban un cuerpo de una camilla. La extendió sobre ella y se quedó vigilando para que no viniera nadie a quitársela.

Cuando amaneció todavía estaba viva y el hospital se había calmado bastante. Las personas seguían tiradas en los pasillos pero el movimiento de los médicos y las enfermeras era más acompasado, en algunos momentos silencioso. Los vendedores de comida comenzaron su rutina y pasaban ofreciendo agua y refrescos, paquetes de galletas, dulces y bocadillos. Ulises compró una botella de agua y unas galletas. La mujer que había logrado seguir siendo Eudora Welty dormía con la respiración tranquila. Hacia el mediodía un médico, acompañado de una enfermera, se acercó a ella y la examinó. No era el mismo de la

noche anterior. Ordenó trasladarla, y se desplazaron a una sala en la que casi no era posible moverse porque estaba completamente ocupada por camillas, pero al menos no había nadie tirado en el suelo y pudo enganchar la bolsa de suero de un tubo. La enfermera le dijo que el suero se había terminado y era necesario comprar más. Esto debía hacerlo en un sótano del hospital.

Ulises bajó las escaleras hasta descender al fondo del edificio. En el último sótano se encontraba, efectivamente, un expendio de material médico. El olor era penetrante, un olor que nunca había percibido antes y que pensó no olvidaría jamás. La mujer que estaba detrás en la cola le dijo "eso que huele es la placenta. Tengo varios días aquí porque a mi papá lo operaron de cáncer". Ulises no contestó. Tenía ganas de vomitar y trataba de contenerlas porque podía perder su posición en la cola, había observado que seguía llegando mucha gente al sótano. "¿Usted vio que antes de llegar aquí había unos hornos? Esos son los hornos donde queman la placenta, como no están funcionando bien se sale el olor." La mujer, dispuesta a seguir conversando, quería saber por qué Ulises estaba en el hospital, pero él solamente quería que le tocara el turno para comprar la bolsa de suero.

Cuando subió de nuevo a la habitación la mujer que luchaba para seguir siendo Eudora Welty se había despertado. La enfermera dijo que podía tomar líquido. Ulises salió a buscar a los vendedores de comida y trajo dos envases de sopa, uno para ella y otro para él. Por la tarde estaba mucho mejor y Ulises logró hablar con el médico para preguntarle si le parecía posible que fuera trasladada a otro hospital. El médico opinó que estaba todavía muy débil, sin embargo, el riesgo del traslado era menor al de la infección, así que Ulises llamó al conserje de las Urbex para que contratara una ambulancia.

Estaban esperando que la ambulancia llegara cuando se presentaron unos hombres con pasamontañas. Venían a rescatar a uno de los suyos que ya estaba recuperado y pronto saldría del hospital, en ese caso iría a la cárcel porque había asesinado a tiros a una familia durante una fiesta de cumpleaños. Los hombres entraron en la sala con las armas en alto y dispararon al techo para que todos guardaran silencio y permanecieran inmóviles. Uno de ellos cargó al herido a su espalda y salieron de la sala mientras apuntaban a los presentes. Cuando se retiraron todo volvió a la normalidad. Afortunadamente ya está fuera de peligro, concluyó Aspern.

15

Durante su enfermedad lo único que podía hacer era mirar la televisión y sentía pánico de que el aparato dejase de funcionar. La televisión es un medio de conocer el mundo, decía Ulises que decía su madre. Había recordado esto mientras acompañaba durante su recuperación a la mujer que para él siguió siendo Eudora Welty. Pasaban mucho tiempo mirando la televisión, especialmente programas acerca de exploradores de regiones deshabitadas y de la vida animal en peligro. Ulises esperaba ansiosamente algún documental sobre las morsas.

Desde la ventana de la suite también contemplaban la Gran Montaña. Ulises pensaba que cuando estuviera del todo recobrada podrían irse al apartamento de la Ruysdaelkade para terminar allí su convalecencia. Montar en bicicleta sería un ejercicio que la ayudaría con la rehabilitación de la pierna y serían como unos niños de nuevo. No habían estado juntos durante su infancia. Las personas deben revivir juntas su infancia para estar verdaderamente seguras de que se aman. “Niños que nunca fuimos juntos” era el título de un poema que la mujer que quería ser para él Eudora Welty había leído, y a Ulises le pareció muy sabio.

—¿Y sus asuntos? —había preguntado ella.

—No son de verdadera importancia —contestó él—. Estoy bastante harto de los japoneses y sus pañales, en cualquier momento les diré que no cuentan más conmigo. ¿Y los suyos?

—Son fáciles de mudar. Podría perfectamente vigilarlos desde el apartamento de la Ruysdaelkade.

Estos diálogos hacían muy feliz a Ulises, aunque no borraban su ansiedad por encontrar a Díaz-Grey. También quería saber de Walter. Suponía que, no teniendo a dónde ir, a lo mejor había regresado al Oasis. Walter era como un amigo con el que habían sido niños juntos. No recordaba los niños con los que había jugado cuando pasaban las vacaciones en Bahía de Piedras, quizá no existieron. Era un lugar de poca población local y de escasos temporadistas durante el verano. Su madre decía que si no fuera porque su hermana vivía en aquel lugar no hubiera vuelto, pero mi hermana, decía Ulises que decía su madre,

era alguien con quien pasé mi infancia. Fuimos niñas juntas. Aun cuando lograra saber en qué parte del mundo está Bahía de Piedras, decía Ulises, no regresaría porque allí con nadie fuimos niños juntos.

Decidieron que se irían tan pronto encontraran a Díaz-Grey y a Walter. Quisiera dejar constancia de mi espera. Es la única virtud que verdaderamente me ha acompañado, dijo Aspern que había dicho Ulises a la mujer que se alegraba de ser Eudora Welty.

Durante el tiempo que Ulises y Walter permanecieron juntos en el Hotel Oasis, hablaban incansablemente del padre de Walter. A diferencia de mí, decía Ulises, él recordaba muchas historias de su padre. Cuando salió de su pueblo, decía Walter que su padre se había montado en un vagón de carga y así llegó a Galic, entonces saltó del tren y corrió fuera de la estación. Pero nadie le habló ni quiso creerle que era mayor de edad. “Vuelve a tu casa, chico”, le aconsejaban. Entonces regresó a la estación para continuar su camino y se bajó en Kolomei. Recorrió a pie una distancia de ocho kilómetros. En el camino se encontró con unos soldados que llevaban jóvenes hacia alguna frontera, se hizo pasar por uno de ellos, y uniéndose al grupo se dirigió a Kasow. Finalmente vio unas casas y avanzó hacia allí mezclándose con la gente que deambulaba por el pueblo. Un hombre de larga barba, muy anciano, le llamó la atención y se acercó a él ofreciéndose para llevarle unos paquetes muy pesados que transportaba con dificultad. El hombre se apiadó de él y lo invitó a cenar en su casa. El padre de Walter le explicó que quería pasar la frontera para llegar a Czernowitz y encontrar a su amigo. El anciano le preguntó si tenía algo de dinero. Le contestó que no. No quería gastar los diez dólares que le había dado su abuelo. “Si quieres pasar la frontera —le dijo el anciano— tienes que pagar diez dólares. Esta noche, a las tres de la mañana, vendrá un hombre a buscarte. Le vas a pagar estos ocho dólares para que te traslade al otro lado del río, y aquí tienes otros dos para comprar el pasaje a Czernowitz. No le des el dinero hasta que hayas cruzado la frontera.”

A la hora prevista un hombre muy alto tocó la puerta de la casa del anciano. Corrieron juntos hacia otra casa, allí el hombre lo dejó solo, y diciéndole que lo esperara cerró la puerta por fuera. Era una casa deshabitada, muy pequeña y casi sin luz. Por la tarde se presentó de nuevo el hombre alto con una bolsa en la que traía pan y pepino. Le ofreció de comer y después le dio una camisa bordada y un pantalón blanco. “Vamos a cruzar la calle. Es lo más peligroso. Sígueme detrás sin acercarte a mí hasta que salgamos del pueblo y lleguemos al río. Del otro lado está la frontera.”

Caminaron uno detrás de otro hasta que llegaron al río. Cerca había un establo y el hombre lo empujó.

—Tienes que esperar aquí, hasta que podamos cruzar el río. Hay muchos guardias.

—¿Cuánto tiempo esperaremos? —preguntó el padre de Walter.

—Dos días. No debes salir ni nadie debe verte.

El hombre se fue y cuando regresó le dijo:

—No podemos atravesar el río, te llevaré de nuevo a Kasow.

El padre de Walter se quedó en silencio, a punto de llorar.

—Si quieres atravesarlo tú, será a tu propio riesgo —continuó el hombre—. Dame los ocho dólares porque te traje hasta aquí.

Le dio los ocho dólares y seguía sin contestarle nada.

—¿Sabes nadar con ropa?

—No. Tampoco sé nadar sin ropa.

El hombre vaciló, miró alrededor suyo, a lo lejos se escuchaban los perros de los policías. Agarró al padre de Walter por la mano y se zambulleron. Gritaron "¡alto!". El hombre saltó hacia atrás y le soltó la mano. Sonaron unos disparos. El agua no tenía mucha profundidad, y sujetándose de algunas ramas logró llegar a la otra orilla. Desde allí escuchó de nuevo a los perros y las voces de los policías. Trató de ver si el hombre alto había logrado escapar, el agua estaba quieta y nada se movía en ella. Con la ropa mojada y sin saber qué dirección tomar, echó a andar. Finalmente divisó una casa rodeada de árboles de frutas y se dirigió hacia allá. Una mujer abrió la puerta y se quedó mirándolo, no le preguntó nada. Lo hizo pasar, le indicó que se sentara frente a una mesa y le trajo un pocillo de sopa. Luego buscó una camisa y un pantalón secos y se los dio. El padre de Walter comía sin hablar, estaba muerto de hambre. La mujer le sirvió más y le dio un pedazo de pan.

—Soy de un pueblo pequeño, al lado de Brisk. Tengo un amigo que se fue a Czernowitz hace poco y me escribió diciéndome que la vida allá es buena y es fácil conseguir trabajo, pero por mi edad no me dejan viajar sin permiso escrito de mis padres, así que debo cuidarme de la policía —dijo cuando terminó de comer.

—Puedes dormir ahí —le dijo la mujer y le señaló una manta de paja que se parecía a la suya en casa de su abuelo.

Por la mañana se despidió de ella agradeciéndole su ayuda y salió hacia la carretera que lleva a Czernowitz. Cuando llegó a la estación vio que había muchos soldados y unos hombres que le parecieron policías secretos. No se atrevía a acercarse a la taquilla, y se quedó mirando a la gente buscando a alguien que le hiciera el favor de comprarle un billete. Por fin pasó una mujer que le inspiró confianza y le pidió que se lo comprara. Entró en el compartimiento y lo encontró vacío, estaba contento de estar solo. En la parada siguiente se subieron un policía y un joven preso y se sentaron frente a él. Se hizo el

dormido tapándose el rostro con la gorra el resto del viaje. En Czernowitz buscó la dirección de su amigo; una muchacha le dijo que ya no vivía allí, se había marchado y no sabía más de él.

Decidió gastar los diez dólares que le había dado el abuelo y alquiló la misma pieza que había tenido su amigo. Trataba de buscar trabajo en cualquier cosa, pero como no lo lograba el dueño de la pieza le aconsejó que se fuera a Galati. Allí era fácil conseguir empleo en los muelles del Danubio. Se presentó en la oficina de un aserradero, el encargado le exigió los papeles de identidad y le preguntó qué edad tenía.

—Todavía no he cumplido los dieciséis, cuando los cumpla le escribiré a mi familia para que me mande los documentos. Por favor, no llame a la policía.

—Está bien. Puedes empezar mañana —dijo el encargado y lo contrató.

Después de algunos meses trabajando como peón, el mecánico le informó que iba a ser su ayudante. Su misión era lubricar las máquinas. No le fue tan difícil aprender el oficio. Cuando terminaba el trabajo se quedaba en el muelle mirando los barcos y pensaba "ahora estoy a miles de kilómetros de donde nací". Ese pensamiento le hacía feliz.

Ésa era una de las razones, decía Aspern, por las que Ulises quería encontrar a Walter de nuevo. Quería saber el final de la historia de su padre. Walter le había dicho que nunca antes la había relatado y que escucharse a sí mismo contarla por primera vez lo conmovía. Pero los días del Oasis terminaron con la llegada de Los Vengadores de la Patria y se vieron obligados a abandonarlo sin que Walter concluyera el relato. Ulises se preguntaba si la habitación 32 estaría completamente destrozada; cuando salieron del hotel las ráfagas de ametralladora eran muy fuertes, pero conservaba aún todas las paredes. Nunca, le había dicho así a la mujer que quería como Eudora Welty, había visto un atardecer más hermoso que desde aquella ventana de la habitación 32.

A ella también le inquietaba la suerte de Walter y estaba convencida de que era necesario encontrar a Díaz-Grey. A pesar de lo ocurrido en el edificio a donde fueron siguiendo las instrucciones de la asistente del Business Centre, debían continuar la búsqueda. Ulises pensaba que a lo mejor ya Walter había averiguado qué había sido de la dueña del Oasis; también sentía curiosidad por su destino.

Esa tarde llovía muy fuerte y el coronel Dickinson no llegaba. Casi eran las cinco y media cuando sonó el timbre.

—Estábamos preocupados por usted, coronel —dijo Emma Wakefield.

—Creíamos que no vendría.

—De ninguna manera, qué idea tan absurda. Me retrasé porque no encontraba mi paraguas. No pretenderán que saliera sin paraguas bajo una lluvia como ésta —dijo el coronel.

—El profesor nos ha contado la historia del padre de Walter y me temo que se la ha perdido.

—No se preocupe, Emma, de momento lo que necesito no es una historia sino un té.

Aspern sirvió el té y todos se frotaron las manos mientras barajaba las cartas.

16

Cuando se estableció la muestra definitiva de los candidatos a participar en la investigación de Díaz-Grey (“Implantación artificial de variantes aleatorias en la vida humana”), a partir de más de mil personas pertenecientes a diferentes nacionalidades, grupos étnicos, clases sociales, distribuidas con el mismo número de hombres y mujeres, y se aprobaron las narrativas existenciales seleccionadas, se procedió a la adjudicación aleatoria de las identidades, tal como había sido convenido en el contrato firmado por los voluntarios. Una vez realizado el experimento, y que los sujetos vivieron una existencia completamente distinta a la anterior, el resultado fue desolador. Los sujetos reportaron haber experimentado un sufrimiento aún mayor que el percibido en sus propias vidas, ya que durante la vida aleatoria tenían conciencia de que se trataba de un estado transitorio, destinado a finalizar en cualquier momento. Se sentían como turistas que, sin saber cuándo, tendrían que regresar a sus verdaderas vidas, o como niños pobres a los que se les hubiera concedido una lujosa estadía en un palacio para luego volver a su miseria.

La inevitable conclusión de la vida aleatoria, que había sido un requisito legal exigido para la aprobación de la experimentación, se convirtió en el mayor obstáculo de la misma. Los sujetos, en vez de disfrutar de su nueva existencia permanecían en un estado de constante alerta, tratando de captar las señales que les indicaran cuándo su vida aleatoria estaba por terminar. Esto, lejos de reformularlos en una nueva identidad, los llenaba de ansiedad y los atraía más hacia su pasado, que veían venir inexorablemente. Díaz-Grey estaba consciente de que su obra apuntaba hacia la adquisición de una vida aleatoria definitiva, es decir, que el sujeto abandonara por completo sus hábitos y memorias, y viviera, como si fuera por primera vez, en el nuevo contexto. Pero, al mismo tiempo, sabía que esta proposición sería denegada tanto por las autoridades que habían aprobado la investigación, como por los financistas. Se consideraría contrario a la ética, y con toda seguridad la Organización Mundial de la Salud, las más distinguidas ONG de derechos humanos, y hasta el Papa, iniciarían una campaña que daría al traste con lo que había sido el trabajo de una vida. Decidió, entonces, introducir una variable que

contara con aval y que, al mismo tiempo, minimizara el impacto de la memoria en los resultados del experimento. Ésta consistió en suministrar una droga que produjera una amnesia temporal a fin de que los sujetos olvidaran su identidad anterior durante un tiempo limitado, que no podría exceder una semana. Naturalmente, los sujetos ignoraban este término. El problema, acotaba Shelley, comenzó cuando, tal cual como había previsto Díaz-Grey, algunas críticas provenientes del medio académico se expandieron a las organizaciones de derechos humanos y, en efecto, se desató una fuerte oposición en contra de la experimentación. El suministro de una droga debía ser eliminado, y como Díaz-Grey se negara a aceptarlo los financistas decidieron retirar los fondos.

Sin embargo, Díaz-Grey consiguió nuevos aportes que le permitieron continuar con sus investigaciones, y al parecer escribió un extenso reporte. Shelley no había podido conocerlo, probablemente el mismo Díaz-Grey lo destruyó para protegerse ante las graves circunstancias que se presentaron.

Ocurrió un escándalo mayor. Poco después de haber finalizado el experimento una mujer se suicidó al verse obligada a regresar a su vida anterior, y la familia demandó a Díaz-Grey. El juicio le resultó favorable porque los abogados pudieron demostrar fácilmente que los sujetos habían explícitamente aceptado el regreso a sus condiciones originales. Unos meses más tarde se produjo una segunda demanda: devuelto a su vida anterior un hombre intentó asesinar a su esposa, y ésta culpó al experimento. De nuevo Díaz-Grey fue considerado inocente, pero el tribunal prohibió expresamente la repetición de la investigación. A esto se sumaba, además, el elevado costo de la misma, ya que era necesario construir todo el entorno en el cual tenían lugar las vidas aleatorias, de modo que los patrocinantes consideraron que intentar una apelación no tenía sentido. El beneficio esperado se basaba en que, si los experimentos resultaban exitosos, estaban en presencia de una nueva industria en oferta de servicios que superaría con creces a la industria turística. El SIA desarrollaría unas proporciones mucho más considerables, puesto que, en vez de conocer otro país, lo que se ofrecía era viajar a una nueva vida. Peor o mejor, una existencia diferente era como una promesa de eterna juventud. Es posible, y Shelley así lo sugería, que fueran algunos grandes operadores turísticos los que aconsejaron a las víctimas la demanda contra Díaz-Grey, y apoyaron los costos de los abogados, pero no pasa de una especulación.

El interés de Díaz-Grey era exclusivamente humanitario. Los posibles beneficios económicos habían sido únicamente una manera de levantar los fondos para tan costoso producto. En todo caso, quedó consagrado como una autoridad en el campo de los trastornos de

identidad, aunque, finalizaba Shelley el capítulo, “poco hemos sabido de él después de esto”. La universidad que inicialmente había aceptado la investigación no quiso publicar sus reportes a fin de evitar nuevos escándalos y, por lo visto, Díaz-Grey decidió perderse en una existencia anónima.

Fue entonces, al pronunciar esta frase: “Díaz-Grey decidió perderse en una existencia anónima”, cuando Ulises sintió una llamarada. Es como si una alarma, decía, se hubiera disparado en mi cuerpo. Un profundo deseo de dejar de ser quien era.

—Pero, ¿quién es Ulises Zero? —preguntó Emma—. ¿Una persona muy importante?

—Es improbable que, si una persona muy importante desapareciera, no hubiese alguien buscándola.

—No siempre, Wakefield, no siempre —acotó el coronel Dickinson —. En mis viajes llegué a conocer a un hombre que había escrito la más completa historia del imperio británico, y, sin embargo, se encontraba en la miseria en una aldea del Tibet.

—Quién sabe si te mintió. Y hace mucho tiempo que no viajas.

—No es el protagonismo el fantasma del que huye Ulises —continuó Aspern—; es lo que dijo: un profundo deseo de dejar de ser quien es.

—Nunca he sentido eso —musitó Emma—. ¿Y tú, querido, lo has sentido alguna vez?

—Veladamente, como si el ala de una mariposa me hubiera rozado. Pero si no fuese David Wakefield no te tendría, y eso sería más terrible aun que ser yo mismo.

—Yo, por el contrario, estoy seguro de haber querido ser otro. Ya estoy conforme —dijo el coronel Dickinson.

Pensar que a lo mejor Díaz-Grey se había perdido en otra existencia se convirtió en una obsesión. Sospecho, decía Aspern que había dicho Ulises, que él pudo ser parte de su propia investigación, y que durante su realización, o probablemente después, aplicó consigo mismo la metodología que había creado para la implantación artificial de variantes aleatorias en la vida humana. Por eso no publicó el reporte final ni nadie supo más de él. Díaz-Grey es una paradoja. Por una parte, la única persona en el mundo capaz de devolverme mi vida, y, por otra, alguien perdido por voluntad propia, y por lo tanto inencontrable. Cuando recuerdo las morsas, me invade la duda. En ninguna parte del mundo se encuentran morsas tan cerca de una costa en donde las personas puedan bañarse en el mar. Tiene esto una respuesta: las morsas y Bahía de Piedras, donde estaba la casa de mi tía, pertenecieron a vidas diferentes. ¿Es eso posible? Solamente Díaz-Grey lo sabe.

17

La mujer que siempre había sido para él Eudora Welty se restableció completamente, continuaba Aspern, y decidieron que irían una vez más en búsqueda de Díaz-Grey. La asistente del Business Centre les dio nuevas informaciones, concretamente otro Díaz-Grey había sido localizado, en este caso había confirmado el número de teléfono y hablado personalmente con él. Dijo haberse mudado recientemente, lo que hizo suponer a Ulises que era el verdadero Díaz-Grey, el mismo que antes vivía en la calle de la iglesia en la que habían entrado Los Guerreros del Sol. La mujer siempre Eudora Welty le hizo notar que el otro Díaz-Grey también vivía al lado de una iglesia, lo que pudiera ser una coincidencia o indicar que había muchas iglesias en la ciudad, o, en último caso, que a Díaz-Grey le gustaba vivir cerca de ellas. Pensaron que sería mejor trasladarse en un vehículo propio, de esa manera estarían en mejores condiciones de independizarse si se presentaban circunstancias imprevistas. Alquilaron un automóvil y se encaminaron a su objetivo por la tarde; Díaz-Grey había advertido que no estaría durante la mañana.

A Ulises le llamó la atención la soltura con que ella conducía, como si fuera alguien que dominara la ciudad. Quizás había vivido largo tiempo en ella, dijo Aspern que había dicho Ulises.

La ruta hacia Díaz-Grey los llevó por una zona que Ulises no conocía. Hasta ese momento había atravesado, tanto a pie como en autobús y en taxi, el lado este, ahora se dirigían al lado oeste. En esta ocasión no cruzaron calles llenas de gente y tenderetes como estaba acostumbrado a ver; dejando atrás el río desembocaron en una autopista, que no era la misma en la cual se había producido la inundación. Subía de nivel hasta alcanzar un punto desde el cual se divisaba toda la ciudad, y pronto se encontraron en un puente muy elevado. El tráfico, que era intenso, lentamente se fue deteniendo hasta pararse por completo. Después de unos quince minutos los conductores comenzaron a bajarse para averiguar qué estaba ocurriendo.

Ulises decía que se había bajado también. El problema que se había suscitado era que avanzaba contra ellos un comando de Los

Guerreros del Sol. Algunos hablaban de miles, otros más moderados de cientos. Se temía que la circulación quedara interrumpida por tiempo indefinido. La radio no daba ninguna noticia al respecto y la única señal de que estaban al tanto era el vuelo de helicópteros.

Alrededor de la fila de vehículos detenidos aparecieron muchas personas que vendían agua, galletas y otros comestibles. Ulises estaba sorprendido porque la autopista no tenía ninguna vía peatonal por la cual pudieran acceder. Vio, entonces, que en una de las intersecciones del puente había unas escaleras, y por ellas subían los vendedores, cada vez más numerosos. Comenzaron a llegar otros que vendían lentes para el sol, videocasetes y bolígrafos, así como niños que limpiaban los parabrisas con unos cepillos sostenidos por un palo. Ulises se asomó al vacío y pudo observar que en la parte interior, es decir, debajo del puente, se acumulaban viviendas construidas con ladrillos en algunos casos, con planchas de metal en otros, e incluso algunas de ellas parecían, a la distancia, estar fabricadas con cartones. A derecha e izquierda del vacío del puente se extendía la ciudad subterránea. Continuaba la afluencia de los vendedores que, en general, lograban colocar su mercancía porque la situación había producido cansancio y sed en los conductores.

Mientras esperaban a que la circulación se reanudara Ulises insistía en que tan pronto hubiesen terminado con la visita a Díaz-Grey se ocuparía de los detalles necesarios para viajar a Amsterdam. En aquella época del año probablemente sus hijos no estarían en la ciudad, porque usualmente tomaban vacaciones en una pequeña localidad de Francia, y de ese modo sería más fácil para ellos instalarse. Cuando sus hijos regresaran ya estarían habituados a vivir juntos en el apartamento de la Ruysdaelkade y el impacto de las novedades se habría minimizado. Ella estuvo muy de acuerdo. Necesitaría un tiempo para acostumbrarse a una nueva ciudad y disponer sus negocios de modo que pudiesen ser controlados desde allí. Una vez que eso fuera así, pensaba la mujer que para Ulises era Eudora Welty, viajarían unos días a Berlín. Tenía especial interés en enseñarle la iglesia memorial del Kaiser Guillermo. Más tarde, en las Urbex, podrían localizarla por Internet y así obtener una vista de sus detalles.

En mi segundo viaje que no he relatado, decía, la incluí en mi recorrido; se trata de un motivo turístico muy habitual, y hasta cierto punto un icono de la ciudad. La memoria que pretende erigir no es en realidad nada que atañe al Kaiser Guillermo sino al hecho de que la iglesia fue bombardeada y no reconstruida con el fin de recordar la devastación de la guerra, lo que es un símbolo un tanto ambiguo, en mi opinión. A su lado se erige una torre contemporánea que contribuye a subrayar la estructura faltante en la antigua; de ese modo

el paseante puede abarcar simultáneamente los dos tiempos representados. Su interior es poco interesante y la visita suele ser rápida. Es su presencia en medio de una gran avenida comercial lo que suscita la contemplación.

Ulises estuvo de acuerdo en que podrían ir a verla si así lo deseaba. En ese momento en que hablaban de la Kaiser Wilhelm Gedächtniskirche de Berlín, y que podía imaginar en su torre central los reflejos de los relojes dorados contra las cúpulas verdes, observó que los conductores regresaban rápidamente a sus automóviles y violentamente cerraban las puertas y subían las ventanillas. Escucharon las voces magnificadas por un megáfono anunciando que Los Guerreros del Sol se aproximaban e inmediatamente comenzó la lluvia de piedras. Caían sobre los techos de los automóviles, rompían los parabrisas, y con palos forzaban los que permanecían incólumes. Una marejada de personas rodeaba los automóviles y saltaban de unos a otros destruyéndolos y amenazando a los conductores con matarlos si no los abandonaban allí. A unos cincuenta metros unos jóvenes habían prendido fuego a unos cauchos y arrojaban botellas. El humo se extendía por encima del puente y algunos automóviles se incendiaron produciendo explosiones. Pronto un inmenso fuego se alzó frente a ellos y se dirigieron a las escaleras que utilizaban los vendedores. Éstos también estaban huyendo y el ruido de los gritos y las explosiones se opacaba con el constante vuelo de los helicópteros. Alguien informó que iban a bombardear la autopista antes de que se incendiara la ciudad, pero era quizás un rumor. Los helicópteros se limitaban a sobrevolar en círculo.

Abandonaron el automóvil y comenzaron a descender por las escaleras que eran muy estrechas, apenas para una persona, sin mirar el vacío, pues la vertical era muy alta. Lo hicieron en silencio, concentrados en los peldaños, y cuando estuvieron en tierra Ulises y la mujer contenta de ser para él Eudora Welty se abrazaron.

—Tuve mucho vértigo —dijo ella.

La mayoría de los que habían bajado con ellos corrían sin saber a dónde, pero la pierna le dolía y no podía caminar sino muy lentamente. Decidieron esperar mientras se recuperaban del esfuerzo y averiguaban sus posibilidades de regresar a las Urbex.

—No en ese viaje que estaba relatando, en el que visité la iglesia memorial, sino en una tercera oportunidad, fui a la Potsdamer Platz porque quería conocer el recién inaugurado Sony Center. En verdad estaba muy cansada porque había sido una jornada de trabajo intensa y el frío me agota aún más, pero me pareció la última oportunidad de visitarlo ya que me iba al día siguiente. La Hauptstrasse seguida de la Potsdamerstrasse componen un recorrido extremadamente largo y solitario, la oscuridad y el viento que asolaban la avenida me hacían

sentirme inmersa en una vorágine, como si la vida me arrastrara y hubiera perdido la razón por la cual estaba en Berlín. Sentí que podía morir allí mismo sin que nunca alcanzara el Sony Center. Luego, cuando finalmente llegué, consideré ridículo mi sentimiento anterior, pero ya había perdido todo deseo de verlo y, desesperada, tomé un taxi al hotel. Me había alojado en un lugar de tercera categoría en el que no ofrecían ningún servicio de comida, y salí de nuevo porque estaba hambrienta. Crucé un par de calles y entré en un local que se anunciaba como restaurante. El menú me resultaba incomprensible y me negaba a afrontar un imposible diálogo con el hombre que atendía a los pocos clientes, así que ordené una salchicha y un vaso de vino. Comí rápidamente y luego pedí más vino. En un rincón de la parte posterior, todavía más oscuro que el destinado a las mesas, había unas computadoras para uso público, y ese descubrimiento me reanimó. Te estuve escribiendo desde allí, ¿te acuerdas?

Ulises asintió y se abrazaron de nuevo.

Estaban en la ciudad subterránea al lado de una vivienda que tenía por techo el propio puente. La dueña había delimitado los espacios con unas cortinas colgadas de unos tubos sostenidos por un precario armazón, y escuchaba música en un equipo de radio portátil. En el área identificada como comedor había una mesa y dos sillas, y sobre la mesa un florero, dos platos con dos cubiertos y dos vasos. El comedor estaba rodeado por un pequeño jardín que se diferenciaba del resto de la tierra porque estaba limpio de piedras y basura. La mujer, que era muy joven, los miró y les preguntó qué había pasado en la autopista porque hasta allí llegaban los gritos y el ruido de las explosiones, y la radio no decía nada. Pensaron que se sorprendería de su relato pero no fue así. "Eso pasa a cada rato", comentó, y luego les advirtió que estaban pisándole el jardín y que era mejor que pasaran adentro. Se excusó por no tener más sillas, solamente la suya y la de su marido, que estaba por llegar. Tampoco, les dijo, podía darles comida porque su marido no había cobrado la quincena. Trabajaba, añadió, en el bulevar pero el dueño del tenderete no pagaba sino al cumplirse los días 15 y 30. Era el dueño de todos los tenderetes desde la librería hasta el café, su marido atendía la venta de discos compactos.

Le agradecieron la hospitalidad y se decidieron a continuar su marcha. Ella les explicó cómo salir de la ciudad subterránea advirtiéndoles que era muy riesgoso. Siguieron bordeando las casas hasta llegar a la zona en la que se encontraban las de ladrillos, pero la oscuridad era total y les pareció imposible. Se acostaron entre unas piedras y pensaron que esperarían hasta el amanecer, era la única solución. Ulises sacó la pistola y repartieron turnos para dormir.

Cuando Ulises estaba durmiendo, y era ella la que montaba

guardia, un hombre lo sobresaltó llamándolo por su nombre.

—¡Señor Zero! ¿Qué hace usted aquí?

Ulises y Walter se abrazaron como cuando fueron niños juntos. Walter los condujo al interior de una casa y allí pasaron hablando el resto de la noche. Supieron así, decía Aspern, que la dueña del Oasis se había visto obligada a cerrar el hotel porque estaba amenazada de secuestro. Intentó huir antes de que ello ocurriera pero fue inútil. La persiguieron hasta el aeropuerto, y antes de que traspasara el control de pasaportes le dispararon. Por eso el hotel quedó abandonado. Su socio quería venderlo pero no lo había conseguido todavía. Walter vivía ahora con un amigo que había conocido en el Oasis, el dueño del taller mecánico, aunque también tendría que irse de allí. Todas las noches habían disparos, particularmente los fines de semana. En las fiestas de los sábados era cuando más ajustes se producían y caían muchos niños.

Cuando salió el sol atravesaron la ciudad subterránea guiados por Walter y se encaminaron a las Urbex. Walter aceptó ir con ellos. Ulises insistía en que el conserje de las residencias había sido despedido hacía pocos días y era probable que necesitaran nuevo personal. Será una manera de seguir juntos, había dicho Ulises.

18

Todo estaba volviendo al orden porque había logrado saber el final de la dueña del Oasis, la persona que le había recomendado al verdadero Díaz-Grey y en quien había creído, y también reencontrado a Walter, su único vínculo con la habitación 32, donde había alcanzado por momentos la felicidad. Le hubiera gustado llevar allí a la mujer que quería ser Eudora Welty y compartirla con ella, así como recordar más detalles de Bahía de Piedras para contárselos, pero, al cerrar los ojos intentando evocarlos, solamente veía el mar negro y alto, el ruido constante de las olas y a su madre expectante cuando se avecinaba el temporal. Más alegre era el recuerdo que juntos habían compuesto de la Ruysdaelkade, particularmente una mañana que visitaron el Rijks porque exponían una retrospectiva de Albert Cuyp, un paisajista menos conocido y, sin embargo, notable. La mujer que para él era Eudora Welty había detallado la mansedumbre de las vacas en los tonos ocres del cuadro, y habían observado, cuando fueron jóvenes juntos, que la armonía de la composición era digna de comentario: las vacas al fondo, detrás los rayos del sol ocultándose, y al frente las diminutas figuras de los campesinos. Por el contrario, el recuerdo de los acantilados de Bahía de Piedras era rugoso e hiriente. Debo reconocer, decía Aspern que había dicho Ulises, que es la patria de mi infancia, y aunque no me consuela, siempre me conmueve. Igual decía ella que le ocurría con el recuerdo de las facturas de gas de su madre.

La señora Wakefield interrumpió a Aspern para hacerle notar que no había relatado las causas por las cuales la compañera del señor Zero había sido herida en la pierna, pero estaba cansado y lo dejó para otra ocasión.

—El juego de póker es muy relajante —comentó el doctor Wakefield.

—¿No trajo hoy pasteles, Emma? —preguntó el coronel Dickinson.

Emma se enrojeció. Los había olvidado por completo. Estuvo todo el día arrancando las malezas de su jardín y la mente le quedó ocupada en el capricho de unos bulbos para el rosedal.

—Me parece que se verían hermosos, David.

Su esposo estuvo de acuerdo, mas no por ello debía olvidar los

pasteles. Aspern y Dickinson esperaban que los trajera para la partida.

—Pero, querido, tú olvidaste también que hoy te correspondía la botella de brandy y nadie te lo ha hecho sentir.

—Muy bien —dijo el coronel—, jugaremos sin brandy y sin pasteles.

Aspern se burló de su desconsuelo y sacó una botella del gabinete donde guardaba las bebidas.

—Siempre estoy atento a que alguien descuide sus obligaciones.

Cuando Ulises vino a verme de nuevo, continuó Aspern, anunció que la visita sería corta porque la mujer que para él era entonces Eudora Welty lo estaba esperando en la suite para sentarse frente a la ventana y contemplar la Gran Montaña. Es lo único que lo tranquilizaba. Eso y pensar en la Ruydelskade. Estaba muy perturbado porque había recibido una llamada de Inocencio Díaz-Grey, que le había hecho desistir de encontrar alguna vez al verdadero. Era el hermano de Felipe, quien al parecer le había dado su teléfono. Insistía en que debían hablar, había asuntos muy importantes que tratar.

—¿Qué asuntos? —había preguntado Ulises.

—No puedo decírtelos por teléfono. Es necesario que nos encontremos, en el mismo lugar de siempre.

Ulises le dijo que era muy desmemoriado y no recordaba el lugar. Inocencio, entonces, lo citó en la librería del bulevar, era lo más seguro. Ulises se dirigió allá y la librera le informó que lo esperaban en el café. Estaba eufórica, de nuevo la librería era un punto de cita para las mentes ilustradas. Ulises buscó en los clientes del café, era el mismo en el que se había sentado la primera vez, y se dispuso a leer el periódico que le había indicado Inocencio como signo de identificación; hacía tiempo que no se veían, podían haber cambiado. Al cabo de una hora estaba cansado de la rutina del café, los jugadores de ajedrez, los niños que vendían droga, los mendigos, los enfermos de sida, los lisiados, los carteristas. Todo esto lo reconozco, pensó Ulises, ya lo he vivido y no pertenezco a este café. Se disponía a irse cuando Inocencio Díaz-Grey, es decir, un hombre muy avejentado, con ropa desgastada, casi sin dientes, se acercó a él.

—Sigue leyendo —le dijo—. Me sentaré en la mesa de al lado.

Ulises obedeció las instrucciones. Luego preguntó:

—Estoy interesado en contactar al Díaz-Grey médico. ¿Qué sabes de él?

—Nada últimamente. No he vuelto a saber de Lucas. Él no es pariente nuestro; debe ser una casualidad de nombres. Ulises, concéntrate en lo que te voy a decir. Cuando ocurrió lo del Galaxis supe que estabas de nuevo en acción. Me contentó mucho, ¿sabes?, este gobierno hay que tumbarlo, como a todos los anteriores y a todos

los futuros, todos los gobiernos deben desaparecer. Todos son iguales. Corruptos, inhumanos, autoritarios. Quiero que hagamos algo juntos, pero no puedo explicártelo en este momento, demasiada gente alrededor. Pon el periódico sobre la mesa, escribiré allí la dirección para encontrarnos. No faltes.

Se levantó y lo miró por última vez.

—Fue muy generoso de tu parte perdonar a Felipe. Se está muriendo, ¿sabes? No ha tenido un día de paz por lo que te hizo. Nada lo ha consolado por su indignidad. No ha podido superar el recuerdo de lo que ocurrió en el Palacio de la Cultura. Adiós, Ulises.

El encuentro con Inocencio le había producido una gran desazón. Locos que, por lo visto, había conocido alguna vez. No quería saber más de ellos ni de la ciudad. Únicamente quien pudiera ser Eudora Welty para él le importaba. ¿Qué podía haber ocurrido en el Palacio de la Cultura? ¿En qué ciudad estaba aquel palacio? ¿Quién era el anciano mayordomo que abría las cortinas? ¿Cuánto tiempo estuvo allí? ¿Acaso huyendo? ¿Perseguido? ¿Era una traición de Felipe Díaz-Grey la causa de que hubiera permanecido tanto tiempo en aquel lugar? ¿O era una mujer? ¿Felipe le quitó una mujer? ¿Una mujer que estaba con él en el Hotel Europa cuando miraba el Palacio de la Cultura? ¿Era con ella con quien recorrió la ciudad en busca de un resto de la Ulica Prózna?

Felipe Díaz-Grey la mencionó aquella tarde. Dijo que había escrito una novela en la cual aparecía esa calle. El personaje buscaba los restos del ghetto porque realizaba una indagación de sus ancestros; quería remontarse a su pasado en un viaje espiritual. Probablemente quedaban dos estrechos edificios que pertenecieron al antiguo barrio, oscurecidos como por hollín, y que contrastaban con los demás, en mejor estado y con antenas de televisión; parecían vacíos o, en todo caso, habitados por personas que habían encontrado refugio en un lugar abandonado. Cuando el personaje cruzaba la calle un rostro se asomaba por la ventana. Era un momento siniestro, comentó Díaz-Grey.

Ulises, decía Aspern, quería olvidar por completo a los hermanos Díaz-Grey. No intentaría tampoco seguir la pista del otro, de Lucas, aunque pudiera ser el médico que buscaba. Quien había sido Eudora Welty para él lo instaba a abandonar todo, le urgía a dejar de ser el resto de quien era.

Por otra parte, un suceso inquietante tuvo lugar en las Urbex. Estaban en el bar, contemplando la Gran Montaña, y no supieron lo ocurrido hasta el día siguiente. Cuando tuvieron conocimiento, la mujer que había aceptado ser Eudora Welty consideró que era un indicio de que debían partir lo antes posible. Al parecer habían sonado las alarmas, pero ellos, embebidos en su conversación, pensaron que el

ruido provenía del exterior. Con frecuencia escuchaban alarmas en la noche y no les llamó la atención. Un residente de las Urbex había sido encontrado muerto en su suite. El gerente no podía explicarse cómo gente armada había entrado en las residencias, y menos cómo lograron subir a la suite, disparar contra uno de los huéspedes, y escapar sin que nadie los viera. Sospechaba una complicidad con el personal de vigilancia, o quizás, dijo la policía, la víctima autorizó su ingreso porque se trataba de personas conocidas. No encontraron signos de robo ni parecía faltar nada de sus pertenencias. El gerente activó la alarma a fin de que todos los residentes estuvieran al tanto del riesgo, ya que no tenían por seguro que los asesinos hubieran abandonado el edificio.

La suite en la cual había ocurrido el asesinato era contigua a la mía, dijo Ulises, y por un momento pensé que quizás habían matado a la persona equivocada. Alguien me buscaba para liquidarme. La suposición, dijo el gerente al día siguiente, no tenía bases. Ulises no quiso decirle que desconfiaba de Inocencio Díaz-Grey, un hombre que le parecía capaz de todo. Además, ignoraba cuáles habían sido sus vínculos; quizás Inocencio tenía motivos para vengarse de él, de la misma manera que él los tenía para vengarse de Felipe. No hay manera de saber quién nos odia y por qué, decía Ulises.

19

¿Quién mataba los conejos? Aspern preparó un té y procedió al relato.

La noticia salió de Nocturama. Por más esfuerzos que hicieron los señores del Consejo de Gobierno, por más recóndito que fuera el lugar en el que se encontraba, y por más desconocida su existencia, nada pudo impedirlo. En pocos días la situación de Nocturama le dio la vuelta al mundo. En las agencias más importantes la noticia comenzó a saltar irremediablemente. Los cables no cesaban de llegar a todos los periódicos y la gente no se resignaba a la ausencia de imágenes. Dónde ocurría eso, cómo eran los nocturanos, cuáles eran los lugares en los que aparecían los conejos muertos. No era posible que estuviera ocurriendo y no se viera. Si no se ve no existe.

Reporteros de guerra acostumbrados a trabajar en situaciones de peligro se presentaron en busca de sangre con que alimentar a sus espectadores. La vida es tan aburrida en otras partes, decían, los acontecimientos tan previsibles que la manifestación de un vampiro es lo único que puede conmover a millones de seres cansados de saber de víctimas ocasionadas por los conflictos bélicos, las inundaciones y los tornados. Un verdadero vampiro renovará las fantasías y reinstalará la imaginación. Los grandes canales de la televisión internacional se desplazaron a Nocturama, y por primera vez apareció en CNN.

Las hasta entonces tranquilas calles nocturanas se vieron invadidas por una multitud de camarógrafos, periodistas, locutores, equipos de apoyo, cables, luces. En cualquiera de ellas podía descubrirse un conejo muerto, y como los habitantes se negaban a dar declaraciones, los medios debían cubrir toda la ciudad. Allí donde fuera sorprendido en la madrugada un conejo muerto, sería inmediatamente registrado y retransmitido.

Este revuelo cambió la soledad de Nocturama. La ausencia de los que se habían ido y de los muertos parecía menos pesada. Una rara alegría cubría el silencio. El Nocturama Pool Bar volvió a llenar sus mesas con los visitantes, que ahora se mezclaban con los lugareños. Una nueva esperanza consolaba los corazones de las jóvenes que habían visto partir a sus compañeros de generación. Las familias tenían un tema de conversación menos lúgubre para distraer las

noches de neblina. Sin embargo, los nocturanos seguían haciéndose la misma pregunta: ¿quién mataba los conejos? Los reporteros transmitían la noticia del vampiro de Nocturama hasta los confines del planeta, aunque nadie lo había visto. Nadie daba fe de su existencia. En sus miradas cómplices los nocturanos develaban la verdad. Nunca lo admitirían ante los extraños, pero estaban seguros de conocer al culpable. No podía ser otro que el héroe sin estatua. Cansado quizá de la lentitud con que se resolvía el tema de la estatua, las deliberaciones en torno al ensanchamiento de la plaza para alojarla, las infinitas discusiones acerca de cómo se establecería su linaje —habían surgido opiniones contrarias a su democratización; un linaje heroico, por definición, no puede ser tan ampliamente compartido, era la tesis sostenida por algunos historiadores—, el héroe se había ensañado contra ellos y atacaba lo más preciado: la especie conejuna. La muerte de los conejos era una señal. Morirían de hambre si no edificaban su estatua. Cada conejo muerto era indicio de que el héroe sin estatua había pasado por aquella calle, había marcado aquella casa, sabía de aquella familia.

Mientras tanto los helicópteros continuaban aterrizando en el helipuerto, transportando técnicos para el control de vuelos y manejo de las estaciones de radio y televisión, así como nuevos equipos de periodistas y grupos de curiosos. Los “turi”, que habían visto decaer por completo su industria, renacieron. Todos los albergues estaban llenos, las mujeres se esmeraban por inventar nuevas recetas de gastronomía local, los jóvenes se ofrecían para acompañar a los forasteros por los alrededores a fin de mostrarles paisajes hasta ese momento desconocidos, los niños estaban dispuestos a contar viejas historias nocturanas por unas monedas.

Los nocturanos comprendieron que se abría ante ellos una expectativa que no habían imaginado y que los sacaría de la penuria en la que habían caído desde que la disminución de la cosecha de coliflores y la cría de conejos hacían estragos. Progresivamente la comida fue llegando de la región del otro lado de la cordillera y nadie pensó en volver a comer conejos. Por otra parte, se estaban extinguiendo aceleradamente. Era necesario cuidarlos para controlar su presencia. Cada madrugada debía aparecer al menos uno. Un amanecer sin el cuerpo desangrado de un conejo representaría el abandono de la atención mundial, y de nuevo la noche se extendería sobre ellos. Porque la oscuridad avanzaba.

La historia de Nocturama contiene todavía muchos misterios pendientes. Temo que usted de la misma manera imprevista en que apareció aquel día en mi casa, había dicho Aspern, y lo vi desde la veranda llegar agotado entre los matorrales, desaparezca sin conocer

el final. Es decir, el estado actual de mis investigaciones actuales.

Aspern decía que Ulises le había expresado su agradecimiento, asegurándole que de ninguna manera se desvanecería sin despedirse cuando decidiera emprender su viaje a Amsterdam con la mujer que para él sería siempre Eudora Welty.

Se encaminó hacia la ciudad. Había aprendido a dominar los detalles del camino de regreso a las Urbex. Esperaba con emoción que el mismo autobús se aproximara al paso del tren, y contaba exactamente los minutos que transcurrirían antes de que la barrera se levantara. Cuando Walter le hablaba de su padre con frecuencia relataba historias de trenes. Ulises no tenía un recuerdo propio acerca de los trenes, como tampoco lo tenía Walter, pero comprendía muy bien cuán feliz había sido el niño que fue el padre de Walter en su travesía.

He reflexionado mucho sobre el particular, decía, y tengo una hipótesis: yo soy uno de los sujetos del experimento. Mi afición a los libros de viajes no puede ser azarosa. Es probable que en mi vida anterior, antes de su transformación aleatoria, yo fuera un viajante. Así le relaté a la mujer que conmigo es Eudora Welty. Hijo de una familia obligada al movimiento, pero ¿por qué razones? ¿Fue mi padre un navegante, un comerciante, un estafador, un perseguido o un hombre siempre en fuga? ¿Por qué, entonces, mis recuerdos de Bahía de Piedras son tan persistentes? Vivo una infancia en mí que siempre estuvo ligada a aquel lugar de olas interminables. De eso, repetía, no tengo duda. ¿Viajábamos y siempre regresábamos al acantilado de las morsas? ¿Fueron episodios en dos existencias? Solamente quien escribiera el guión de mi vida aleatoria pudiera saberlo, pero los escritores seleccionados para construir las narrativas aleatorias, decía el informe Shelley, fueron contratados bajo la condición de anonimato. Una vez entregada la historia, cobrarían sus honorarios pero no podrían reivindicar su autoría. En alguna parte del mundo alguien escribió los recuerdos de mi madre acerca de la matanza de morsas, y nunca sabré quién fue.

Es muy posible que quienes estuvimos sometidos a esa situación quedáramos deteriorados de alguna manera en nuestra identidad. Sin poder recobrar la memoria de nuestra vida anterior, pero también fuera de lo que fugazmente constituyó nuestra vida aleatoria. Al perder las condiciones con que se elaboró, y sin poder abrazarnos a la que habíamos perdido, nos convertimos en seres errantes. Nuestra tragedia es similar a la de los coinos. Estaríamos viviendo una vida aleatoria pero incompleta, sin identidad precisa.

En el libro de Shelley se describe claramente que las vidas aleatorias tenían una narrativa previa, diseñada por escritores, y lo que pienso, repetía Ulises, es que mi vida aleatoria se ha deteriorado

porque las condiciones del experimento terminaron hace mucho, lo que resta es una narrativa precaria. Muchos fragmentos han sido borrados, y por ello mis pasos son inciertos. Entre mi vida en el Oasis y en las Urbex, ¿cuál era la primera y cuál la adquirida? Ésta es una pregunta atormentadora. En el Oasis sentía la familiaridad de la infancia, los espacios mil veces repasados por la memoria, el sentimiento de pertenencia más arraigado que jamás haya experimentado; en las Urbex, por el contrario, vivo cierta extrañeza en la mirada de las cosas, pero, a la vez me desenvuelvo con mayor comodidad. Y, al mismo tiempo, siento una nostalgia asfixiante por la Ruydelskade.

Es posible también, insistía Ulises, que yo conociera al verdadero Díaz-Grey. Es casi seguro, aunque el informe Shelley no revela si el conductor de la investigación estuvo en contacto directo con los voluntarios. Es probable pero no inevitable. Muy bien pudiera Díaz-Grey haber conducido la metodología de implantación, aunque no sostuviera el más mínimo encuentro ni con los sujetos de la experimentación ni con el personal contratado para ella.

Reportaba Mary Shelley que al menos cincuenta personas participaron en su realización, sin que podamos tener constancia de ninguno de sus nombres. Díaz-Grey se cuidó mucho de que las condiciones de anonimato se extendieran a todos aquellos que tuvieran alguna responsabilidad en el diseño del experimento. La descripción del mismo, decía Ulises, era como sigue:

En tanto no se trataba de una vida sustitutiva, es decir, que el sujeto tomara el lugar de otra persona, era necesario asegurar que fuera una vida completamente única, tal como ocurre siempre. Por más que dos personas hayan vivido en contextos similares, no existe ninguna probabilidad de que las circunstancias se repitan en forma idéntica. La originalidad de cada vida humana es indiscutible. De este modo, el sujeto, una vez trasplantado a las variables aleatorias, simplemente aterrizaba en un nuevo guión, distinto al que había tenido anteriormente, cuyas condiciones era necesario crear. Ésta era la parte más costosa de la experimentación. Elegir un lugar en alguna parte en donde el sujeto se insertara, y sobreviviera dentro de él. Por lo tanto, factores económicos pesaban sobre el particular. No era posible, de acuerdo con las condiciones éticas que garantizaban la investigación, colocar al voluntario en una situación de extrema pobreza que lo obligara a la indigencia o a la delincuencia. Por ello era necesario cubrir los costos de su reinserción, los cuales no excederían más de un mes. Esto, por supuesto, no lo sabían los voluntarios; la indeterminación del tiempo aleatorio era un secreto que solamente Díaz-Grey conocía.

De acuerdo con los distintos guiones, los sujetos se encontrarían o

bien con medios para subsistir al menos un mes, o bien en circunstancias en las cuales pudieran hacerlo por su propia cuenta. Contaba Shelley el caso de una mujer que había sido reinsertada en una condición en la cual rápidamente encontraría a un hombre que se haría cargo de ella. Parte de la metodología de acondicionamiento era el proceso de inducción que le facilitaría este encuentro. En su vida original se trataba de una mujer soltera, ejecutiva de nivel medio, acostumbrada a un ambiente competitivo dominado por varones y a los encuentros sexuales fragmentarios, de modo que su vida aleatoria debía transformarla en un patrón más conservador en el cual un hombre solitario, activamente necesitado de una esposa, rápidamente se enamoraría de ella. Esto podía o no suceder —como ya se dijo, no era una vida artificial creada por actores, y al igual que las vidas reales la vida aleatoria debía estar inscrita en el azar—; dependía de las capacidades del sujeto voluntario la realización exitosa del guión. En el caso concreto de esta mujer, señalaba Shelley, el experimento no fue cumplido a cabalidad, y la mujer no encontró el hombre adecuado, aunque tuvo la oportunidad por tres semanas de buscarlo. De nuevo en su trabajo habitual, del que se había ausentado por vacaciones, fue una de las pocas personas que reportaron una experiencia satisfactoria. Quería saber si era capaz de ser alguien que no era, y el experimento lo había logrado. Sólo que, después de probar otra alternativa, había decidido que prefería la anterior. Este caso se consideró excepcional, y hasta cierto punto un fracaso de la selección; probablemente se trataba de alguien con deseos de cambio pero no lo suficientemente profundos. La hipótesis de Díaz-Grey era que, una vez que el sujeto se reinsertara en su vida anterior, la nostalgia de la vida aleatoria lo haría luchar por obtener una propia, de acuerdo con su guión y sin ayuda. No pudo comprobarla.

En el reporte inédito que Mary J. Shelley había recibido de un colega se citaban algunos fragmentos de las experiencias relatadas por los voluntarios. ¿Quién era ese colega? Ulises sospechaba que era el mismo Díaz-Grey. Imposibilitado para llevar a cabo una publicación que pudiera acarrearle más problemas legales, no se había sentido capaz de renunciar por completo a que el mundo ignorara para siempre sus hallazgos. Estaba seguramente convencido, pensaba Ulises, de que su propuesta de vida aleatoria sería uno de los issues del siglo XXI. La similitud y banalidad de las vidas llevaban a la gente a un estado de tedio insoportable, a una cárcel psicológica que ni en los más privilegiados era tolerable. La fabricación de experiencias a través del cine, las drogas, los viajes, las alteraciones de imagen, las transformaciones del cuerpo, la producción de eventos y espectáculos de toda naturaleza, era insuficiente. Algunos se contentaban con pintar de modo diferente sus viviendas, otros intentaban mudarse con

frecuencia, o incursionaban constantemente en nuevas relaciones sexuales —los encuentros por Internet favorecían bastante esta modalidad—, pero siempre, por más variedad que se introdujera en la propia existencia, el problema seguía en pie: la vida podía cambiarse pero la persona era la misma.

Uno de los sujetos había alcanzado el clímax cuando se encontró subido en un taxi transitando por una vía atestada de vehículos, sin sentir la más mínima incomodidad por lo lento del tráfico, absorto en la contemplación de un paisaje anodino —el entorno suburbial de una autopista— sin ir a ninguna parte. A una pregunta del conductor, contestó desde su nueva identidad, en el éxtasis de que no tenía que dar su verdadero nombre porque lo había olvidado. Su guión lo llevaba a citarse con un individuo que lo esperaba para que realizara un trabajo cuya naturaleza ignoraba. En algún momento el automóvil se detendría, y él estaría tocando una puerta desconocida. Al entrar en ella experimentaría el más profundo amor por la joven que abrió la puerta. El reencuentro de estos dos seres sería un instante de pura pasión; se habían visto obligados a separarse contra su voluntad. Al parecer, la joven que abría la puerta también era un sujeto de la experimentación, pero, lamentablemente, decía Ulises, el reporte era muy breve y no concluía con la experiencia completa. Otra voluntaria, una mujer, apreciaba que lo más maravilloso de su breve experiencia aleatoria había sido que no tenía que amar a nadie. En su vida aleatoria era una mujer completamente sola, recibida en un hogar asistido para personas de tercera edad, y su única preocupación afectiva era la de tener buenos modales con los demás residentes y los asistentes de la residencia, sin que nadie esperara de ella el menor compromiso, el menor gesto de entrega, sin que su amor por los suyos fuera la columna vertebral de su vida. Cuando regresó a su casa reportó "sentirse ella por primera vez, sin ser ella", y aceptó que, aunque fuera por corto tiempo, se había conocido a sí misma y eso era suficiente. No intentaría de nuevo una vida aleatoria pero, confesaba, le hubiera gustado haber realizado el experimento siendo más joven.

20

—Todos estos reportes de Mary J. Shelley son paparruchas —había dicho Wakefield aquel viernes.

—Nunca hubiera imaginado que había tantos Díaz-Grey —comentó el coronel Dickinson.

—Y, para mayor confusión, todos ellos viven en la ciudad —contestó Emma.

—No sabemos si se trata de las mismas personas. En ninguno de los casos Ulises ha podido dar con él. Perfectamente pudiera ser el Díaz-Grey que vivía en el edificio, al que no llegó a entrar a causa de Los Guerreros del Sol, el mismo que vivía en el edificio donde fue herida su Eudora —afirmó Aspern.

—Nunca sabremos quién era Díaz-Grey.

—Yo estoy seguro, como ya lo comenté, que Díaz-Grey murió —concluyó el doctor Wakefield.

—¿Y los hermanos Díaz-Grey? ¿Los que visitaban la librería? —preguntó el coronel Dickinson—. Formaban parte de un grupo selecto, de acuerdo con la librera.

—No creo en ellos, es todo lo que puedo decir.

—Vamos, David, díganos más sobre el verdadero. Así podemos ayudar a Ulises —insistió Aspern.

—No lo creo. Díaz-Grey no hubiera podido ayudar a nadie ni vivo ni muerto. Esa recomendación, cualquiera que haya sido la causa por la cual esa persona la hizo, es un error. Díaz-Grey fue execrado por todos nosotros cuando decidió ocuparse de ritos ocultos, maneras de engañar a la gente porque no tenía nada mejor que ofrecer. Fue un ser maligno, puedo asegurarlo. Un hombre que obligaba a las personas a mantenerlo a cambio de unos poderes superiores que, por supuesto, no poseía. Amenazaba a sus víctimas diciéndoles cosas como que si no le entregaban cierta cantidad de dinero moriría algún ser querido, o perderían su casa o su negocio. También los convencía de que podía hacer por ellos cualquier cosa, tal como que la persona que amaban se entregara a ellos, o que algún enemigo muriera. Tuvo un final terrible, como se merecía. Ulises Zero pierde el tiempo.

—Yo pienso, Wakefield, que pudo haber más de un Díaz-Grey, y

que el que tú conociste es, sin duda, alguien completamente distinto al que busca Ulises.

—Hay un solo Díaz-Grey —insistió el doctor Wakefield—. Eso es definitivo.

—Es terrible, querido, todo lo que ha sufrido el señor Zero por encontrarlo y que tú estés tan pesimista.

—Ciertamente la búsqueda de Díaz-Grey ha sido hasta ahora infructuosa, y la mujer que alguna vez le dijo llamarse Eudora Welty hubiera podido morir por eso.

—Pero, profesor, no nos ha contado lo ocurrido, ¿por qué la hirieron?

Lo que ocurrió en aquella circunstancia, decía Aspern que había dicho Ulises, fue excesivamente complicado. Cuando trato ahora de poner mis ideas en orden para describirlo estoy seguro de que no seré capaz de relatar todos los acontecimientos. Ese día que fuimos a la dirección que nos proporcionó la asistente del Business Centre nos sentamos en la cafetería, como creo que ya le había mencionado; desde allí veíamos el grupo que se había congregado frente a la iglesia, unas doscientas personas, la mayoría de ellas mujeres con niños de todas las edades. Se escuchaba la voz del Ángel Vengador por los altavoces, recuerdo eso muy vivamente. La mujer que es para mí Eudora Welty quería que nos fuéramos, el ambiente se tornaba peligroso. Es lo que deberíamos haber hecho, pero yo me resistía a pensar que, tan cerca de Díaz-Grey, dejáramos de encontrarlo solamente porque aquellas personas estaban allí reunidas.

Cruzamos la calle y yo la tomé por los hombros para darle seguridad porque la notaba nerviosa, fue entonces, al detenernos frente al edificio, cuando la turba nos rodeó. Adelante iban las mujeres y los niños gritando: “Somos Los Guerreros de la Reina, somos invencibles, somos el poder del pueblo”. De pronto se impulsaron contra la puerta. Eran un grupo compacto, una masa humana en movimiento. Nosotros quedamos adentro, quiero decir adentro de Los Guerreros de la Reina, formábamos parte de la masa que nos envolvía con sus brazos y piernas, sin que pudiéramos desprendernos. La puerta estaba clausurada con una gruesa cadena y las mujeres en pocos minutos la cortaron con cizallas. Avanzaron hacia el interior, los hombres en la retaguardia. Entonces volvieron a colocar la cadena y la fijaron de nuevo con candados. Creo que el procedimiento no duró más de diez minutos, en todo caso nunca pudo durar más de quince minutos. Cuando la puerta se cerró nosotros quedamos prisioneros.

Inmediatamente intentamos salir, nos lanzamos contra la cadena y le dábamos golpes a la puerta para que cediera, pero las comandantes del grupo lo impidieron. Se colocaron contra la entrada apuntándonos con las pistolas y dijeron: “De aquí no sale nadie”. Traté de hablar con

ellas para explicarles que nos encontrábamos allí por casualidad, que no pertenecíamos al grupo y que debíamos irnos, pero las normas eran absolutamente estrictas. Una vez que un edificio había sido tomado nadie podía abandonarlo. Eran normas de seguridad para evitar las traiciones. Luego se designarían a las personas autorizadas para salir a buscar comida y otras cosas necesarias, pero las salidas, al igual que las entradas, estaban completamente prohibidas.

Las mujeres que comandaban la toma ordenaron a todo el mundo permanecer en la planta baja, un área relativamente espaciosa que indicaba que el edificio tenía, o había tenido, ciertos lujos. Se iba a proceder a la repartición de los apartamentos y era necesario establecer el censo de las familias. Esta organización tomó un largo rato porque se suscitaban muchos desencuentros, creo recordar que terminó cuando ya era de noche. Había viviendas de distintos tamaños y las familias más numerosas pedían las más grandes, pero no siempre las mujeres que comandaban la operación estaban de acuerdo con esa lógica. Al parecer, nos dimos cuenta por las discusiones que se producían, los invasores pagaban una cuota a La Reina, y de acuerdo con esa cuota les correspondía que la vivienda fuese más o menos amplia, así como las comodidades que ofreciera.

El edificio tenía mucho tiempo abandonado y la mayor parte de las puertas de los apartamentos estaban tapiadas con ladrillos porque los dueños, antes de salir, habían querido dejarlos protegidos. Se abalanzaron con martillos y mandarrias para romper los ladrillos y las cerraduras de las puertas hasta que todas quedaron abiertas. De acuerdo con el listado que habían elaborado las mujeres que comandaban la operación, las familias fueron ocupándolas y colocando en ellos las colchonetas y otros enseres que traían los hombres. A nosotros nos tocó quedarnos con los únicos habitantes, un matrimonio con un hijo adolescente. El muchacho, lo reconocí entonces, era quien se había asomado por la ventana cuando intentamos preguntar por Díaz-Grey. Habían sido conserjes del edificio, y al quedar abandonado decidieron permanecer porque no tenían a dónde ir.

Una vez más intenté convencer a las comandantes de que nosotros no pertenecíamos al grupo y queríamos salir a toda costa. La respuesta fue la misma, la única posibilidad que teníamos de salir era que lo autorizara el jefe de seguridad, y el jefe de seguridad no podía autorizar entradas y salidas hasta tanto llegara La Reina para efectuar el control de la operación. Tuvimos que resignarnos a esperar. La familia compartió con nosotros la comida que tenían y nos dieron unas cobijas, además de permitirnos dormir en un sofá.

No era fácil conciliar el sueño en el estado moral en que nos encontrábamos. Cuando lográbamos cerrar los ojos, nos sobresaltaban

los gritos: “Somos Los Guerreros de la Reina”, “sólo el pueblo salva al pueblo”, “viva la Reina”, y otras consignas repetidas incesantemente. Tenían además equipos de sonido a todo volumen, y, a pesar de las protestas de las mujeres con niños, un grupo muy exaltado estuvo bebiendo hasta muy avanzada la hora. De ese modo transcurrió la primera noche.

Nos despertamos con el escándalo de las comandantes. Al parecer les había llegado la información de que los conserjes eran espías de los dueños y querían ajusticiarlos. La situación se fue agravando y, efectivamente, temimos que lo hicieran, pero de pronto todo se disolvió sin que supiéramos la causa. Se contentaron con taparles los labios con tiras pegantes, como las usadas para embalaje, arrancar los cables del teléfono y romper el portátil del conserje. Cuando se fueron las comandantes la esposa nos confirmó que era cierto que habían estado en comunicación con los abogados de los dueños de las viviendas, y que su esposo y ella les habían advertido que estaban decididos a irse, así tuvieran que dormir en la calle. Temían una invasión, muchos edificios abandonados habían sido invadidos y ahora había ocurrido lo peor. Allí morirían los tres.

Como los conserjes no se atrevían a salir del apartamento en busca de algo de comer, y las comandantes estaban repartiendo los víveres, nos pusimos en la cola de las entregas. Solamente había tres apartamentos que conservaban unas cocinas de gas, y era necesario esperar varias horas para cocinar. Esto producía violentas discusiones entre los que hacían la cola, por lo que pensamos que sería más prudente aceptar algunos alimentos que no necesitaran cocinarse y, sobre todo, agua. Estábamos muertos de sed y el edificio no tenía agua corriente. La fetidez de más de doscientas personas haciendo sus necesidades sin baños lo inundaba todo, lo que en cierta forma era una ventaja porque el asco nos quitaba el hambre.

En la planta baja había un aparato de televisión en blanco y negro que retransmitía las noticias; dos personas lo observaban constantemente para monitorear la ciudad y saber si habían enviado la policía contra ellos. No parecía ser así. Un canal informó sobre la invasión, aunque no mencionó nada acerca de que se hubiera procedido en algún sentido. Ulises decía que cuando fue descubierto por el jefe de seguridad éste lo obligó a desalojar el área; la televisión era solamente para los encargados de seguridad.

En una pared estaba pegada una cartelera con las instrucciones y normas para la revisión de bolsas y morrales, así como para la regulación de entradas y salidas. Los puntos de control internos estaban ocupados por los jefes de seguridad, distribuidos en la planta baja y en cada piso. Ulises calculó que el edificio era de catorce pisos. Los puntos de control externos estaban apostados en los dos extremos

de la fachada. Allí la vigilancia era todavía más estricta. Se componía de unos diez hombres armados con palos, tubos y botellas, según decía Ulises que le había contado un muchacho encargado de salir a buscar comida. Cuando se acercaban periodistas o simples transeúntes, los vigilantes los amenazaban, y si se acercaban demasiado los golpeaban. Desde las ventanas de los pisos bajos las mujeres arrojaban vidrios y otros objetos contundentes, de modo que conservaban aislada la entrada. Cualquier persona que por azar estuviera cerca corría riesgo, y pronto los desprevenidos así lo comprendían. Decía también Ulises que el muchacho le había contado que los hombres salían a robar a los comercios cercanos, y estuvieron arrojando piedras contra la cafetería en la cual habían estado junto a los dos hombres que escribían un documento.

Por la noche se produjo una segunda invasión. Uno de los comandantes de La Reina se había declarado en rebeldía, al parecer no había sido autorizado para dirigir la toma que tenía prevista en otro edificio, y por su cuenta decidió entrar en aquél con unas sesenta personas. Los que estaban adentro se resistían, decían que faltaba la comida y que no había lugar para tanta gente. En poco tiempo estalló una batalla entre ellos. Se produjeron heridos de botellazos y vidrios, los niños gritaban en el pavor, la confusión era inmensa, interrumpieron el servicio de luz eléctrica y todo esto ocurría en la oscuridad, a excepción de las fogatas encendidas a modo de iluminación.

La lucha se mantuvo hasta la mañana. Nos encerramos con los conserjes en el mayor silencio esperando que de ese modo pasáramos inadvertidos y olvidaran nuestra presencia. Serían aproximadamente las siete cuando llegó La Reina con sus pistoleros. Entraron a tiros y redujeron al comandante rebelde, sin embargo, el estado de hacinamiento y caos que reinaba en el interior hizo que el combate se prolongara varias horas más. Los pistoleros disparaban a mansalva y hubo muchos heridos, quizá muertos también, decía Ulises. Inesperadamente las puertas se abrieron y decidimos escapar aprovechando la turbulencia. Entonces la mujer, para mí siempre Eudora Welty, fue alcanzada por un disparo en la pierna. Una vez en la calle, impotente con ella en los brazos, logré salvarla porque se presentó el camión que transportó los heridos al hospital.

Los jugadores escucharon el relato de Aspern sobresaltados.

—Quedaron vivos de milagro —dijo el coronel Dickinson con un hilo de voz.

—Es sorprendente los peligros que ha corrido este hombre por encontrar a una persona muerta —comentó el doctor Wakefield.

—¡Oh, cómo quisiera conocerlos, a Ulises Zero y la mujer empeñada en llamarse Eudora Welty! —suspiró Emma.

—Lo creo improbable, su partida es inminente —dijo Aspern.

—Bien, comencemos entonces a jugar —sugirió Dickinson—, volvamos a nuestra amada rutina de los viernes.

21

Ciertas conversaciones versadas en trivialidades o instantes de tensión, controversias acerca de asuntos cotidianos o especulaciones en el arte de conocer a los seres humanos, esas circunstancias en las cuales se despliegan las relaciones entre las personas, todas ellas en conjunto, decía Ulises que decía la mujer con el nombre de Eudora Welty, son una prueba de amor.

Cuando así hablaban era como la negación de la muerte, como si siempre fuesen a estar juntos comentando aquellas incidencias cuyas claves conocían de memoria. En aquellos entendimientos se resumía una vida de afectos en común, se expresaba toda una existencia compartida, que por su misma profundidad en el pasado parecía mantener una continuidad futura, como si la participación en aquellas menudencias les concediera una historia preservada. Ulises decía que le agradaba escuchar aquellas conversaciones que ella le relataba, aun cuando no conociera a las personas que las habían sostenido, porque de ese modo era como si él hubiera formado parte de ellas. Recuerdo ahora, decía ella, una noche en el aeropuerto. Mi conexión de vuelo tenía una larga demora, era muy tarde, y casi no quedaba gente en la sala de espera. Entré en un bar que todavía permanecía abierto, sentía la inaplazable necesidad de una bebida fuerte. Yo era la única persona en el local y me acomodé en la barra. Probablemente estaban por cerrar y me atendió una mujer muy joven. Depositó la bebida sobre la mesa y continuó mirándome. Pensé que no le había pagado correctamente, pero no era así. Entonces me preguntó: "¿Sabe usted que quiere decir inefable?". Sacó un libro y me mostró una página en la que había subrayado: "Ocurrió algo inefable". "No sé qué quiere decir esa palabra, no la he escuchado nunca", dijo. Éste es, en sí, un hecho inefable, le expliqué.

Generalmente se sentaban por la tarde en el bar del último piso para dominar desde allí la visión de la Gran Montaña y sostener estos diálogos que les hacían muy felices. La mujer que había sido Eudora Welty decía que en el roce de los seres se producían momentos de ternura que era muy doloroso recordar, precisamente porque eran instantes preciosos que parecían delatar cuánto esas personas se

querían o cuán doloroso sería si tuvieran que separarse. La vida, decía, es un complicado balance entre lo que somos para los demás y lo que somos para nosotros mismos.

A pesar de estos momentos los días se hacían largos mientras esperaban partir a la Ruysdaelkade. Ulises, decía Aspern, pensaba que era un error no haber insistido en la dirección que le había dado la dueña del Oasis la primera vez que intentó ver a Díaz-Grey y llegó perdido a mi casa. Consideraba que esa dirección no era difícil de buscar, el taxi lo había dejado a pocos pasos, y era a causa del incidente en la iglesia por lo que no lo había logrado. Pero era un incidente que probablemente no se repetiría y estaba dispuesto a volver a aquel lugar. Por más decepciones que hubiera sufrido, no quería irse sin tratar una vez más de encontrar a ese Díaz-Grey. Tenía la intuición de que era el verdadero.

Le recordó a la mujer a quien le gustaba ser Eudora Welty las investigaciones acerca de la identidad aleatoria que recogía el libro de Mary J. Shelley. No podía abandonar la hipótesis de que él hubiera sido uno de los sujetos de la experimentación, y, si fuese así, solamente una persona en el mundo lo sabía. Ella estuvo de acuerdo en que eran investigaciones muy interesantes, pero un tanto fantasiosas, y a la postre no quedaba ninguna certeza de los resultados. No estaba muy decidida a acompañarlo de nuevo, por el contrario, pensaba que debían partir cuanto antes. Pero Ulises insistió en que no lo haría sin intentarlo una vez más. Sólo una vez en la vida estaré en el mismo lugar en que vive Díaz-Grey, decía, es indispensable, Eudora, que vayamos. Luego, una vez en la Ruydeslkade, seremos absolutamente felices. La mujer que sería Eudora Welty en la Ruydelskade estuvo de acuerdo, pero no le parecía tan indispensable seguir en la búsqueda de Díaz-Grey y no quiso acompañarlo más. Ulises le prometió que haría solo el último intento.

Walter le había confesado una preocupación que no se atrevía comentar más que a él. En la hora del atardecer veía, entre las sombras que dejaban los árboles sobre los muros de las casas, unos extraños signos. Parecía como si alguien hubiera firmado su nombre con sangre. Seguía la ruta de los signos y siempre conducían a las Urbex. Por la mañana alguien los borraba, pero a la tarde de nuevo estaban allí. No le presté demasiada atención, decía Ulises. Me interesaban más sus recuerdos. Entonces Walter volvía a la historia de su padre, tan diferente a la suya. Cuando pensaba en su padre, tenía la impresión de evocar a un extraño. No puedo decir que he ejercido los mismos oficios que mi padre, decía Ulises que decía Walter. Hemos sido personas muy distintas pero guardo por su memoria un gran respeto.

Walter no logró ser contratado para trabajar en las Residencias

Urbex y tuvo que buscar otras posibilidades de subsistencia. De día estaba a cargo de un tenderete de ropa interior femenina en el bulevar, y por la noche era cuidador de un estacionamiento cercano a las residencias, de modo que podían verse con frecuencia. Ulises, decía Aspern, no quería regresar más al bulevar y acostumbraba a visitar a Walter en el estacionamiento. Era un lugar tranquilo y su única obligación como cuidador era estar pendiente de que nadie entrara durante la noche a robar los vehículos, para lo cual le habían entregado una pistola, un equipo de radio que comunicaba directamente con la policía, y un teléfono portátil. Los automóviles que se guardaban en el estacionamiento eran propiedad de una empresa y los usuarios venían a buscarlos a partir de las ocho de la mañana. Después de entregarlos, Walter dormía unas horas, y hacia el mediodía se encargaba de la venta de ropa interior femenina en el bulevar.

En el estacionamiento vivía una familia compuesta por una mujer y sus dos hijos. La hija, a su vez, tenía un niño pequeño. Habían arreglado un espacio detrás de unos automóviles que ya no se utilizaban, unos modelos antiguos para alquiler en ocasiones especiales. Dispusieron unos colchones y también un asiento viejo que había pertenecido a alguno de los automóviles y servía como sofá. Nadie le había dicho a Walter que esa familia vivía allí, probablemente el dueño del estacionamiento lo ignoraba, y él no lo descubrió sino después de una semana de haber iniciado el trabajo. Durante el día todos salían, la mujer con el niño pedía limosna en un semáforo cerca del estacionamiento; el hermano era malabarista en el semáforo siguiente, y la madre aparentemente tenía un trabajo fijo de limpieza. Walter los ignoraba, es decir, no quería construir una relación demasiado cercana con ellos, sin embargo, no le dijo nada al dueño. Solamente les advirtió que, en caso de descubrirse su presencia, él se vería obligado a defender su trabajo.

Ulises regresaba triste después de escuchar a Walter. Tenía tantos recuerdos aunque no todos fueran felices; él únicamente pensaba en Bahía de Piedras, y se decía a sí mismo: no debo avergonzarme de mis fantasmas, aunque sean pocos y oscuros los amo. La mujer que quiso para él ser Eudora Welty tampoco tenía muchos. Era una mujer que se había hecho a sí misma. A veces uno tiene memorias degradantes pero las ama porque allí fue marcado. Se aman esas marcas y no puede uno avergonzarse de ellas, decía. Una noche se despertó gritando con una pesadilla. Soñé que un enorme rinoceronte aspiraba cuerpos humanos por sus cavidades anales. Los succionaba y adentro morían ahogados. Me siento culpable de ese sueño, no pude rescatar a las víctimas. Luego el monstruo devolvía dos cadáveres, eran como muñecas muy pequeñas que yo reconocía. Eran mis amigas.

Ulises la tranquilizaba con el recuerdo de la Ruysdaelkade. Parece que ocurre así, los seres humanos se confortan cuando se les promete un lugar al cual escapar. Mientras tanto, quería saber cómo había terminado la historia del padre de Walter. Pero esto Walter no lo sabía. Mi padre, decía Ulises que decía Walter, no quería morir sin antes escribir su vida.

Yo creo que debe existir un país libre de odios, decía Walter que decía su padre. A veces recuerdo el miedo que sentía la buena gente de mi pueblo, entre ellos mis padres, mis hermanos, mi precioso abuelo con su frente levantada; los pasos firmes de los dos policías borrachos disfrazados como generales que causaban pánico cuando salían a la calle. Sin embargo, en Golovno no pensábamos en algo mejor, nos parecía que aquello era todo lo que existe y que ninguna fuerza podría cambiarlo. Un día quise irme y así lo hice. Algunas veces me arrepentí, ahora no me arrepiento de haber querido irme.

Cuando su padre vio el barco sintió pánico. Había conocido el mar desde el muelle mientras pensaba en su pueblo y en los que había dejado atrás, pero nunca antes había navegado. Hizo la cola con los otros jóvenes, y uno a uno fueron subiendo la escalerilla. Se escuchó la sirena tres veces y el barco comenzó a separarse del puerto. Sólo regresé a mi pueblo una vez, decía Walter que decía su padre, y estuve sentado con ellos tomando el sol y contestándoles preguntas. Cuando pasaba un soldado todos dejaban de hablar. “Puede pensar que hablamos de él”, me contestaron cuando les pregunté por qué se callaban. Les avisé de todo lo que venía pero no quisieron creerme. Vi a mi abuelo por última vez, ya mi abuela había muerto, estaba muy anciano, y me dijo que se sentía muy orgulloso de mí. Los que se quedaron en Golovno fueron asesinados. Se salvó mi hermana mayor que se marchó a América. Cuando dejé mi pueblo nunca pensé en irme a un lugar concreto, únicamente en dejar Golovno atrás. Creo que el ser humano se deja llevar por el deseo de cambiar de destino, y sin poder saber a fondo la razón. Llegué a este país, y antes del desembarco me dijeron que tenía que pagar veinte dólares en la aduana, no los tenía. Un hombre rico que viajaba en el mismo barco me los dio.

—Soy un hombre honrado. Mi abuelo era un hombre honrado —le dije.

—Olvida de dónde vienes. Olvida todo aquello —me contestó.

—¿Cuál es su dirección? Le devolveré el dinero cuando empiece a ganar.

—Olvida también eso —me dijo

Recuerdo una foto en la que estoy junto a él, decía Ulises que decía Walter, en la calle frente al edificio en el que vivíamos en mi infancia. En esa época dormíamos todos en el mismo cuarto. Había una sola

cama en la que estaba sentada mi madre ayudando a mi hermana a desvestirse. La ropa estaba desparramada porque no había dónde colgarla y mi padre intentaba inútilmente poner orden en la habitación. Quería recordar cómo era ese edificio para escribirlo en su diario, y para eso volvió al lugar donde antes vivimos. Se entristeció mucho porque estaba deshabitado, sin embargo, le parecía ver por la ventana cuando los cuatro, él, mi hermana, mi madre y yo cenábamos. Ellas no lo querían. Mi madre pensaba que había sido un mal marido y mi hermana que había sido un mal padre. No lo quisieron ver más. Se fueron para siempre, yo tampoco las he vuelto a ver. Podría decir que eran una mala esposa y una mala hija, pero no lo digo. Se fueron porque necesitaban hacerlo. Cuando mi padre estuvo rondando por el antiguo lugar donde vivíamos entró en una pequeña librería en la que comprábamos los útiles escolares, y salió con varios cuadernos y unos lápices. Mi padre escribía muy mal y no le entendía la letra, ni él mismo se la entendía, así que no conozco el resto de su vida.

22

El conserje le advirtió que no había taxis disponibles y le sugirió que siguiera hasta la esquina siguiente. Con ese propósito de volver a la primera dirección, la que le había indicado la dueña del Oasis, Ulises salió a la calle. Estaba seguro de que ella había conocido al verdadero Díaz-Grey. Aunque no le había dado demasiados detalles acerca de él, la seguridad con que le aconsejó buscarlo aquella primera vez que la conoció cuando compró la habitación 32, dejó una honda impresión en él. Es necesario dejarse llevar por las intuiciones, decía Ulises.

Al cruzar la esquina de las Urbex se encontró de frente con una multitud que gritaba consignas agitando banderas y pancartas, y se vio cercado por la enorme mancha humana que avanzaba contra el sol. Intentó desandar el camino, pero brotaban por millares de todas partes conformando una gruesa columna que le impedía el paso. Decidió, entonces, seguir con ellos hasta encontrar una vía alterna; sin embargo, después de un largo rato sin que eso fuera posible, comprendió que la ruta de la multitud conducía a la autopista, y que, una vez en ella, no podría escapar. La gente continuaba cantando y entonando consignas, algunas personas empujaban coches de niños y sillas de ruedas, otras se detenían a comprar botellas de agua a cualquier precio, o viseras y banderines. Ulises quiso también comprar una botella de agua pero los vendedores habían quedado sin mercancía; ofrecían restos de bolsas de papas fritas o galletas y la mayor parte de la gente sólo quería agua. Vio que un grupo de hombres jóvenes llevaban bastones de hierro y les pregunto para qué eran. Ninguno le contestó hasta que una mujer que caminaba con dificultad y arrastraba a una anciana le explicó que los bastones eran para defenderse de Los Pájaros Negros que los esperaban más adelante. ¿Qué tipo de pájaros?, decía Aspern que había preguntado Ulises, pero ya las dos mujeres se habían perdido en la multitud. Intentó apartarse de los que marchaban a su alrededor para buscarlas y le pareció divisarlas sentadas a la sombra en un borde de seguridad. Estaban debajo de un árbol grande de buena copa donde varias personas se habían refugiado para comerse un helado y beber agua. Ulises logró hacerse camino y acercarse. Se sentó junto a ellas y volvió a preguntar: ¿qué tipo de pájaros? Pensaba en la pajarera que veía

desde la habitación 32 del Oasis; era una casa de tres pisos y el último terminaba en una platabanda en la que se encontraban un tendedero, un nicho de ladrillo, quizá para guardar utensilios o herramientas, y la pajarera, que era más bien una habitación de pájaros. Una habitación llena de jaulas. Al fondo la montaña era hermosa y Ulises recordaba ambas imágenes juntas.

La anciana, que en realidad no lo era tanto, sólo una mujer cansada y de más edad que la otra, lo miró fijamente y repitió: "Los Pájaros Negros". En ese momento una bandada de pájaros cruzaba el cielo y Ulises se quedó mirándolos desconcertado. Las dos mujeres se rieron; "ésos son los pajaritos", dijeron. Ulises se levantó y siguió caminando. La gente cantaba y hablaba muy alto, por lo que no le era fácil preguntar de nuevo acerca de los pájaros. De pronto un vendedor apareció saltando los bordes de seguridad y sacó varias botellas de agua que rápidamente fueron arrebatadas por la multitud. Corrió hacia él pero era tarde, todas las botellas habían desaparecido.

Un redoble de tambores y trompetas anunció el paso de Los Salvadores de la Patria. Montada en un camión una joven arropada con un manto arrojaba flores sobre la gente, mientras un sacerdote rociaba con agua la figura de un demonio pintado sobre una tela. Detrás del camión la procesión continuaba en una larga fila de personas que llevaban imágenes de vírgenes, unas de gran tamaño y otras pequeñas figuras. Quienes las alzaban entonaban cánticos religiosos y oraciones que reproducían la consigna escrita en una enorme pancarta. "La Virgen nos salva". Ulises avanzó rápidamente entre las vírgenes para dejarlas atrás, pero otros camiones con altoparlantes aparecían a su paso, obstaculizándolo y produciendo una música atronadora. A medida que la mancha humana proseguía su camino, aumentaba en una magnitud tal que solamente podía distinguir los cuerpos junto a los cuales formaba un bulto en movimiento. No podía ver hacia los lados de modo que era imposible saber en qué lugar se encontraban ni cuál era el punto de llegada. Únicamente el sol en lo alto.

Finalmente se aproximaron a una salida de la autopista y la columna se dirigió hacia una gran plaza centrada por una fuente de agua. La gente corría gritando que buscaran la entrada del metro y siguió con ellos. Un hombre lo tropezó y le dijo "vienen Los Pájaros Negros". Ulises quería huir también pero la mancha humana lo impedía y no sabía dónde estaba la entrada del metro. El humo comenzó a hacerse más asfixiante y se subió la camisa para intentar taparse la boca y la nariz. Una ambulancia activó la sirena. Grupos de personas comenzaron a correr en sentido contrario a la marcha tratando de escapar en retirada y chocando unos con otros. "Los pájaros están disparando", escuchó gritar, inmediatamente después

vio que a su lado caía una joven. Ulises se detuvo para ayudarla pero fue arrastrado por los otros, “no te quedes ahí”, le decían. Empujado por los demás se vio en una avenida. “Están arriba”, avisaron. Ulises vio que, subidos en la azotea de un edificio, unos hombres disparaban contra la mancha humana. Alguien logró romper con una piedra la vitrina de una tienda. Inmediatamente saltaron los vidrios y los que se encontraban alrededor se metieron adentro. Todos intentaban hacer lo mismo, ya no cabían porque era un local pequeño, y comenzaron a romper otras vitrinas. La mayoría de las tiendas estaban cerradas con puertas metálicas y era difícil encontrar refugio.

Ulises había sido de los primeros en guarecerse y se sorprendió cuando vio que tenía la ropa llena de sangre. Se palpó el cuerpo para comprobar si había recibido algún disparo pero no era así. Pensó que la sangre debía ser de la joven que había caído unos metros antes, cuando la abrazó para intentar levantarla. La sangre estaba fresca y le había manchado todo el pantalón. “Está herido”, dijo un niño en voz muy baja. Ulises le aclaró que no, que la sangre no era suya, pero el niño no se refería a él sino a otro niño que había atravesado la vitrina rota con los refugiados. Ulises se quitó la camisa y trató de vendar la herida, pero inmediatamente comprendió que no podía cortar la hemorragia y se dirigió a los demás diciendo que era necesario sacar al niño y llevarlo a un hospital. Se escuchaban las sirenas de las ambulancias bastante cerca pero desde allí no podían saber exactamente dónde se encontraban. “¿De quién es este niño?”, preguntó alguien. Nadie contestó, así que supusieron que no era de nadie sino un niño que estaba allí en aquel momento y se había protegido en la tienda como todos. Sangraba demasiado pero nadie se atrevía a salir porque seguían escuchándose los disparos.

En ese momento un hombre se aproximó al niño herido.

—Permítanme —dijo—, soy médico.

Se quitó la camisa y empezó a empapar la sangre con ella. Metió la mano dentro de la herida, era muy profunda, y sacó unas pinzas de un bolso que llevaba ajustado en la cintura.

—Sosténgame aquí —le ordenó a Ulises.

Maniobró por varios minutos y luego habló para sí mismo: nada que hacer.

—Me llamo Díaz-Grey —dijo.

—Lo he estado buscando mucho tiempo. Mi nombre es Ulises Zero.

—¿De qué nos conocemos? —preguntó Díaz-Grey.

—Me habló de usted la dueña del Hotel Oasis. Dijo que podía ayudarme a resolver mi problema.

—Me temo que no es el día. ¿Y qué problema tiene?

—Mi problema es, o era, que desperté en ese hotel sin recordar

nada de mí mismo. No estoy seguro de ser Ulises Zero, aunque hace tanto tiempo que lo soy que ya me lo parece. Sólo recuerdo cuando era niño en Bahía de Piedras.

—¿Dónde está Bahía de Piedras?

—Ése es el problema, precisamente. No lo sé.

—Yo tampoco sé quién es la dueña del Hotel Oasis. Quizá fue paciente mía alguna vez, es imposible recordarlos a todos. Probablemente a este niño lo recordaré, uno recuerda las bajas. ¿Sabe cómo se llama?

—Ni idea. ¿Cree que cuando esto termine podrá ayudarme? La dueña del Oasis me lo recomendó con mucha confianza. Hoy salí a buscarlo a una dirección donde me dijeron que vivía, y fue entonces cuando me encontré dentro de esta multitud y no pude llegar.

—Venga a verme cuando quiera —le extendió una tarjeta—; ahora lo primero es salir de aquí.

Comenzó entonces a escucharse el discurso amplificado por los altavoces y Ulises reconoció que era el mismo que había oído cuando estaba en la cafetería frente al edificio invadido por Los Guerreros de la Reina, que, a su vez, era el mismo que escuchó en la calle de los tenderetes donde lo dejó el autobús equivocado. “Es el Ángel Vengador”, dijeron todos.

Finalmente ocurrió un silencio. Esperaron a que se prolongara lo suficiente, y poco a poco salieron del local y avanzaron unos metros más, el humo era muy intenso. Ulises salió también y miró hacia arriba. El azul del cielo se había emborronado completamente con los gases y era imposible distinguir los bultos de los hombres que disparaban desde la azotea. La ausencia de disparos los animó a salir. La voz del Ángel Vengador retumbó de nuevo y el fuego comenzó más cerrado. Díaz-Grey corría con el niño herido en sus brazos. Ulises los vio caer juntos. Por el otro lado de la calle subían Los Pájaros Negros disparando las ametralladoras y arrojando bombas, de modo que la única vía era continuar hacia delante para intentar traspasar a los francotiradores.

Una vez que pude llegar a las Urbex, decía Aspern que había dicho Ulises, la mujer que para mí es y será siempre Eudora Welty me dio unas pastillas para dormir. Fue peor, soñaba constantemente con el niño y con Díaz-Grey. Me siento culpable, aunque comprendo que nada pude hacer por ellos, ni tampoco tuve ninguna responsabilidad en que el niño y Díaz-Grey se encontraran en aquella circunstancia.

—¿Por qué estarían allí? —preguntó Emma.

—El niño estaba allí porque probablemente vivía en el barrio, vio la multitud en la calle, sintió curiosidad, salió sin que sus padres se diesen cuenta.

—¿Era un niño de la calle? —preguntó el coronel.

—No creo. Decía Ulises que estaba vestido como un escolar.

—Es igual. Un niño que se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado —dijo Wakefield.

—¿Y Díaz-Grey? ¡Qué momento tan extraño para aparecer después que el señor Zero lo había buscado tanto! —exclamó Emma.

—Así es, querida, la vida está llena de casualidades.

—Y la muerte —añadió Aspern sirviendo el té.

23

Ulises, decía Aspern, estaba abatido. El recuerdo constante del niño y de Díaz-Grey no lo dejaba en paz. Sueño, decía, con Bahía de Piedras, veo los cazadores de morsas, pero cuando disparan no lo hacen sobre ellas sino contra el niño y Díaz-Grey, que tratan de huir entre los acantilados. Mi madre también soñaba con la matanza de morsas cuando era niña. Es algo que dañó mi infancia, decía Ulises que decía su madre, las pesadillas con las morsas y los cazadores. Tu abuelo me explicaba que así es la ley de la naturaleza, los más fuertes matan a los más débiles.

Durante tanto tiempo estuve buscando a Díaz-Grey y ahora sé que ya nunca tendré el consuelo de su ayuda. Yo lo ayudé a él mientras vendaba al niño, y también fue inútil. No quiero ser más Ulises Zero, cuando me vaya al apartamento de la Ruysdaelkade ya no me llamaré así, cambiaré mi nombre por cualquiera. Un nombre es igual a otro. La mujer que para mí ha sido Eudora Welty también cambiará su nombre. Estamos decididos a llamarnos con otros nombres, ésa es la única manera de asegurarnos la felicidad. Ya nada los ataba a las Urbex, salvo Walter.

Ulises estaba preocupado por él. Había perdido el trabajo en el estacionamiento. El dueño descubrió a la familia que vivía allí y lo culpó. Ulises logró convencer al gerente de las Urbex que sería una persona útil en las residencias, y le permitieron dormir en uno de los depósitos. Las Urbex, decía Ulises que decía Walter, estaban marcadas. Había seguido la ruta de las señales y notado que aparecían cada tanto en los mismos edificios y las mismas casas, las limpiaban y reaparecían. Subían por la calle que terminaba en un cruce, seguían por el lado derecho de la bifurcación hasta que esa calle se transformaba en una avenida, de allí torcían a la izquierda y llegaban a la calle de las Urbex.

Los empleados limpiaban los signos con cepillos y detergentes, y cuando lograban borrarlas de nuevo estaban allí a la mañana siguiente. Era un fenómeno constante y regular. Ulises le había contado esto a la mujer que había dicho ser Eudora Welty pero ella no le dio importancia. Consideró que se debía a la escasa educación

ciudadana y al descuido de las personas por su entorno. Tampoco el gerente le prestó atención. Sin embargo, las señales fueron en aumento y Walter continuó controlando su aparición y desaparición. Casi todos los edificios y casas del vecindario tenían las mismas marcas porque la gente había desistido de quitarlas. En cierta forma se acostumbraron a verlas.

Me arrepiento de no haber escrito un diario de mi vida en esta ciudad, decía Ulises, pero es tarde, ya no vale la pena, ha pasado demasiado tiempo y todo está por terminar. Comienzo a ver la ciudad con otra luz. Observo pequeños detalles antes inadvertidos por la costumbre o la cotidianidad. Esto es lo más difícil, abrir los ojos para distinguir aquello que la monotonía oculta. Estar atentos a las innovaciones de un paisaje que no vemos al darlo por visto. Debemos contemplarlo como si viniera de lejos. Es doloroso mencionar el nombre de una calle muy conocida, muy recorrida, y ya perdida. Es necesario aprenderla de nuevo, como si nunca nos hubiera conmovido.

Una tarde, cuando la mujer que quiere para mí ser Eudora Welty y yo estábamos mirando distraídamente la televisión, la reportera comenzó a decir que en la plaza se estaban presentando "momentos de confusión". Su voz se iba haciendo más y más tensa, por momentos dejaba de hablarnos ya que debía protegerse. De pronto anunció en pánico que los disparos arreciaban de nuevo y no la escuchamos más. El locutor desde los estudios retomó el control y poco a poco comenzamos a entender lo ocurrido. En verdad era fácil de entender desde el primer momento, puesto que escuchábamos las balas a través de lo que los periodistas llaman el "audio ambiente". Fuimos así, cómodamente sentados frente a nuestro televisor, espectadores de los repetidos disparos, de cómo las personas de Auxilio Civil intentaron refugiar a los heridos en la parte subterránea de la plaza, de los gritos de los heridos, de la muerte de un joven de 17 años a quien desesperadamente un paramédico intentaba dar respiración artificial. Luego presenciamos cómo algunas personas que estaban en la plaza apresaron al autor de los disparos. Oímos sus declaraciones de que había, efectivamente, disparado porque sentía la necesidad de atacar a los medios de comunicación ya que, al parecer, lo habían sometido a una suerte de tortura psicológica desde su adolescencia. Y finalmente, esa misma noche un militar de alto rango dijo, después de nueve minutos en los que contó algunos chistes y anunció la inauguración de alguna escuela, que quizás aquel hombre no era culpable ya que la confesión nada prueba. Algunas personas confiesan crímenes que no han cometido. Antes de terminar su alocución dio el pésame a los familiares de las víctimas. Entonces, todo esto ya me parece muy lejano y creo que pronto lo olvidaré, pero esa plaza, para mí y para la

mujer que no quiere ser más Eudora Welty, había sido un territorio conocido y ahora es un espacio ajeno que se asemeja a un campo de guerra.

24

Cuando dejaron de aparecer los cadáveres de conejos los periodistas abandonaron Nocturama. Una noche sin conejos muertos fue suficiente, tan rápido como habían llegado se fueron. Los nocturanos se entregaron a la frenética búsqueda de algún conejo vivo o muerto, en alguna parte, se decían, debe quedar alguno. Los conejos eran la esperanza de todos, pero la especie había sido aniquilada. Uno tras otro vieron partir los helicópteros. En la oscuridad los habitantes de Nocturama se refugiaron en sus hogares a padecer su ruina. Sin conejos ni coliflores su alimentación se había sostenido con los bienes que traían por aire, y compraban gracias a los ingresos que les habían producido los visitantes, tanto los que venían con los medios de comunicación como los turistas de aventura necrofílica. Nocturama había aparecido en todas las páginas de turismo, con la especificidad de que era el único lugar en el mundo en el que quedaban vampiros. Nadie pensaba ya en los Cárpatos de Transilvania, eso era el pasado. En Nocturama un vampiro verdadero desangraba conejos. Los cuerpos exangües podían verse realmente con sólo viajar en los helicópteros de Nocturama Air Express, que salían del otro lado de la cordillera y aterrizaban en el helipuerto de Nocturama. Desde allí, jóvenes vestidos de Vlad Tepes los trasladaban en jeep hasta sus albergues; muchachas vestidas de Erzsébet Barthory les servían, a la luz de los candelabros, un menú nocturno que decían era de auténtico conejo vampirizado por sus propios dueños. Y todo eso había fatalmente terminado con la noticia de que hasta el último conejo se había extinguido.

Al principio se tejió la esperanza de que, a falta de conejos, aparecieran niños. Un vampiro verdaderamente cruel haría esto. Pero las mujeres nocturanas consideraron que las calamidades habían ido lo suficientemente lejos. Encerraron en las casas a sus niños y decidieron que juntos vivirían el asedio y esperarían la muerte en familia. No le darían sus hijos al héroe.

Mientras tanto la oscuridad avanzaba sin pausa. Cada vez los días eran más cortos y las noches más largas, apenas si la claridad solar duraba dos horas. Este fenómeno entristecedor para ellos fue, sin

embargo, de interés para los científicos. Los señores del Consejo de Gobierno decidieron gastar los últimos recursos en comunicar por todos los medios posibles que se había producido un curioso e inexplicable eclipse. Nocturama no se encontraba en una región nórdica en la cual fuese normal el invierno de noche eterna, seguido del verano con sol de medianoche. Estaba sometida a los ciclos más frecuentes de alternancia de luz, con variaciones de acuerdo con la época del año, de modo que cuando quedó completamente oscurecido lograron captar la atención de los periodistas que los habían abandonado, y regresaron ahora acompañados de astrofísicos y astrónomos. De nuevo la afluencia de visitantes hizo sentir la prosperidad, Nocturama volvió a ser noticia y giró en todos los canales informativos del planeta: la NASA había elegido a Nocturama como centro de investigaciones y destinado una inversión millonaria para la instalación de los equipos y el traslado de expertos.

Se rehicieron las estaciones de radio y televisión de acuerdo con las exigencias que esta situación planteaba, se amplió el helipuerto de modo tal que pudiera recibir helicópteros de gran tamaño, y se inició la construcción de un aeropuerto, para lo cual fue necesario dinamitar una de las montañas de la cordillera. Se instalaron reflectores de dimensión colosal en varios puntos de la ciudad y la noche nocturana se iluminó en forma esplendorosa. Era, sin embargo, un efecto que producía mucha desazón en los habitantes. Acostumbrados a largos períodos de tiniebla, ahora se veían obligados a soportar la claridad continua y les era difícil conciliar el sueño.

Fue necesario también producir nuevas fuentes de alimentos porque los tradicionales habían quedado devastados y sustituidos temporalmente por la caza de pájaros y gatos. Se inició la cría de comadrejas como producto alternativo, ya que si bien no son tan adecuadas para la alimentación humana constituía un sustituto proteínico indispensable, y aunque no son animales nocturnos se adaptan bien a la oscuridad. Su gran obstáculo es que constituyen una plaga para los conejos, pero como ya no los había el problema quedaba resuelto.

Mientras todas estas transformaciones tenían lugar los nocturanos olvidaron al héroe sin estatua. Cuando los señores del Consejo de Gobierno pretendieron juzgarlo y condenarlo por los males que les había producido, nadie pudo encontrarlo. De la misma manera imprevista en que llegó, había desaparecido. Lo cierto es que no supieron más de él.

Durante un largo tiempo los científicos de la NASA estuvieron en Nocturama estudiando el eclipse que se había producido en aquella región sin que pudiera explicarse por los movimientos de la luna o del sol. La hipótesis que contaba con mayor aceptación se basaba en la

posibilidad de que seres de otras galaxias hubiesen tapado la luz mediante una cortina de energía hasta el momento desconocida, pero no pudo ser comprobada. Concluyeron así que el fenómeno era aleatorio y no relevante para sus investigaciones. Cuando los periodistas abandonaron Nocturama, CNN agotó sus reportajes, y los turistas de la nocturnidad se cansaron de pasear con linternas, los nocturanos quedaron definitivamente solos. Todo intento de volver a sus labores fue inútil. La cría de conejos y la cosecha de coliflores se extinguieron. No quedaban conejos vivos y el valle perdió su fertilidad debido a los cambios climáticos que se habían producido por la prolongada noche. Quienes pudieron huir lo hicieron, los demás permanecieron en sus casas de piedra, sentados frente a las estrechas ventanas de balcones oxidados escuchando llover sobre los tejados de pizarra y mirando la luz de la nieve en las cimas de las montañas.

Así los descubrió un nocturamista, que como su antecesor vino a la comarca para elaborar el más grande nocturama del cual se haya tenido conocimiento en los museos del mundo. Explicó lo siguiente:

“Desde el principio de los tiempos la actividad humana ha estado ligada a la luz solar. Durante la noche el hombre primitivo debió encontrarse perdido. De hecho, la oscuridad representa todavía para muchas personas un territorio de misterio e inseguridad.

Vivir de noche impone muchas restricciones sensoriales y los animales tienen que disponer de órganos visuales adaptados a una baja luminosidad o utilizar sistemas alternativos. Independientemente de cuáles sean las razones para vivir de noche y sus adaptaciones, el hecho es que los animales de vida nocturna son muy numerosos. Hemos encontrado en esta localidad numerosos murciélagos, lechuzas, mapaches, ranas y pequeños ratones. Particularmente interesantes son los zorros fenecs de pequeño tamaño, piel pálida y enormes orejas. Pueden ocultarse en la arena excavando madrigueras y resistir varios días sin agua. En algunos casos son domesticados como mascotas pero presentan el problema de que no se adaptan a vivir en las casas. Cuando se saludan los fenecs emiten desagradables chillidos y se orinan por todas partes. Igualmente atractivos son los quincayos, un cruce entre cachorro de oso y mono, ya que son arbóreos y de cola prensil. Su piel es color miel y se comunican dejando marcas de un olor desagradable. Sin duda el ocelote es el rey del nocturama. Es el felino más hermoso, de naturaleza solitaria y monógama. Acostumbra a matar animales domésticos pero también puede ser depredador de mamíferos de gran tamaño. Es muy extendida la creencia de que quien bebe sangre caliente de ocelote adquiere vigor y salud.

‘Vivir la noche’ ha sido una buena estrategia evolutiva, sin duda una pieza clave que confirió importantes ventajas a estos grupos animales. Sin embargo, con el paso del tiempo algunas adaptaciones

pueden perder su eficiencia ante algunas características nuevas del medio. Las 'cantidades mínimas de luz' de la noche primitiva han sobrepasado actualmente un umbral que hace que los animales nocturnos se vean completamente desorientados".

—¿Supo el señor Zero el final de la historia de Nocturama? —preguntó el doctor Wakefield.

—Desgraciadamente no. Lo vi venir como la primera vez, agotado entre los matorrales, poco después de la catástrofe.

—¿Qué catástrofe, profesor Aspern? —preguntó Emma.

—Salió en todos los periódicos, querida.

—¿Qué periódicos, David? Sabes muy bien que no hay periódicos.

—Es el tipo de cosas que salía en la prensa, Emma, por eso Wakefield se refiere a ello —contestó el coronel.

—Es cierto, ¿y qué hubiesen dicho los periódicos?

—Más o menos lo mismo que relató Ulises Zero.

25

Fueron convocados muy temprano en el salón de conferencias del Business Centre junto con el resto de los residentes de las Urbex, había concluido Aspern su relato. El gerente general tomó la palabra para explicar que se esperaban graves acontecimientos y era necesario estar preparados. A continuación el gerente de seguridad se dirigió a todos y corroboró las noticias de que esa noche se produciría un ataque a las residencias, así como a todas las edificaciones de la zona. Pidió atención para explicar el plan de seguridad. La pantalla se iluminó con la proyección del plano de las Urbex a fin de situar las salidas de emergencia, escaleras, puntos de agua para incendios y puntos de auxilio médico, mientras el gerente los señalaba uno a uno indicando que los memorizaran.

Muchas de los presentes protestaron diciendo que, si estaba por ocurrir una situación de emergencia durante la noche, lo más prudente era abandonar el sitio antes de que oscureciera. El gerente consideró que ya era tarde. “Estamos marcados”, dijo. A continuación llamó a Walter para que explicara el asunto de las marcas. Walter habló con mucha timidez porque no estaba acostumbrado a expresarse en público. Con ayuda de un plano del área mostró que todas las edificaciones aledañas, o al menos la mayoría, estaban marcadas con extraños caracteres rojos. Abandonar el sitio era una decisión que cada cual debía tomar a su propio riesgo, pero, insistió, probablemente no lograrían traspasar el área. Sucedió un largo silencio y el gerente de seguridad tomó de nuevo el micrófono:

—A continuación se darán las instrucciones concernientes al ataque con gases tóxicos arrojados a través de las ventanas o por personas que hayan ingresado al interior. Los proponentes de estas armas químicas refieren que, usadas correctamente, sus efectos nocivos son transitorios y no dejan secuelas. Las concentraciones son muy elevadas en espacios cerrados y potencialmente fatales por arriba de 50.000 mg/m3. Las granadas de gases lacrimógenos pueden causar lesiones traumáticas severas y quemaduras. Los efectos más comunes de los gases son irritación intensa de los ojos y de las membranas de la nariz, tráquea y pulmones, causando secreción nasal, sensación de

ahogo, inducción del vómito e irritación de la piel con sensación quemante dolorosa. Las inhalaciones intensas han demostrado su capacidad de producir neumonitis química y congestión pulmonar fatal.

Los métodos de prevención son los siguientes: mascarillas de ojos o lentes de natación que repartiremos seguidamente. Un neutralizador de agua que cada cual debe tener listo. Es agua potable con 5% de bicarbonato o la mitad de un antiácido. Si no tienen el material para prepararlo, es aconsejable reunir varios pañuelos empapados en vinagre de cocina y colocarlos en una bolsa de plástico. A continuación distribuiremos varios litros a fin de que puedan preparar las bolsas. En caso de que la bomba sea disparada directamente al cuerpo, éstas son las instrucciones más importantes. Traten de recordarlas:

Mantenga la calma, respire normalmente y evite tomar bocanadas de aire. Camine con cuidado, mirando siempre a su alrededor. En caso de no ver, utilice los brazos como guía. No corra ciego. Si se encuentra en un espacio cerrado salga de inmediato o abra las puertas y ventanas para ventilar el área. Diríjase en contra del viento y retírese del área de la granada o envase de gases lo más rápidamente posible, siempre evitando estar frente al agresor. Manténgase en contra del viento lo más que pueda para dispersar rápidamente el gas. Si tiene abundante lagrimeo no lo interrumpa ya que ayuda a eliminar los químicos (no se toque o frote los ojos, recuerde que las manos están también impregnadas de tóxico). Evite tragar y escupa si siente mal sabor y molestia en la boca o garganta. Tan pronto pueda debe darse una ducha con agua fría por tres a cinco minutos, y luego continúe con un baño rutinario con jabón. Evite el agua caliente, ya que abre los poros y permite el paso del gas a su organismo, y los baños de tina porque lo redistribuyen. En caso de una contaminación muy severa use el neutralizante como se indicó anteriormente. La ropa debe ser colocada al aire libre expuesta al viento para dispersar los últimos remanentes del gas. Luego las prendas deben ser lavadas por separado del resto de la ropa, primero con agua fría y luego de manera habitual. Una vez realizado este procedimiento podrán ser usadas normalmente. Los gases CS son solubles en grasas, por lo tanto nunca cubra su piel con gelatina de petróleo como la vaselina o sustancias similares. Una vez contaminado no trate el área con ninguna crema, gel o ungüento, a menos que sea un experto en la materia. Las personas con antecedentes de enfermedades respiratorias alérgicas, asma o enfisema requieren ser observadas cuidadosamente por la exacerbación de su condición.

Los asistentes pidieron que dictara las instrucciones más lentamente. Afortunadamente, dijo alguien, no había niños ni

ancianos en las Urbex. Todos eran adultos contemporáneos. Seguidamente el gerente de seguridad continuó con las instrucciones de defensa frente a armas de fuego.

—En sus habitaciones encontrarán los chalecos antibalas. Están dispuestos debajo de la cama y se desprenden fácilmente. Si por azar en su habitación falta el chaleco pueden confeccionarlo con las almohadas uniéndolas por medio de algún cinturón o correaje, y cuidando de que cubran el torso por completo. Les advierto que no hay cascos disponibles. Las heridas causadas por armas de fuego no deben ser atendidas por personas inexpertas. Les ruego fijen su atención en el plano y observen que en cada piso se encuentra un punto de auxilio médico. Al producirse una víctima, o bien por sí misma, si está en condiciones para ello, o bien auxiliada por quienes se encuentren a su lado, debe ser inmediatamente trasladada al punto de auxilio. Están marcados en amarillo, les ruego memoricen bien el lugar en que se encuentra en su piso. Cada punto de auxilio está dotado de material médico y quirúrgico de emergencia y es atendido por un médico, un paramédico y personal de enfermería. Si en el punto de auxilio correspondiente a su piso se observa que el personal ha desaparecido, notifíquenlo inmediatamente a la coordinación general. Ésta se encuentra en el piso más alto de las Urbex, en la sala contigua al bar.

He expuesto las medidas de defensa. A continuación expondré las medidas de ataque. Todas las suites cuyas ventanas dan a la avenida deben estar herméticamente cerradas, pero en el caso de que fueran violentadas, la persona de mayor fuerza accionará de la siguiente manera: arrojará los envases de aceite caliente sobre los atacantes e inmediatamente cerrará de nuevo las ventanas. Previamente los envases deben mantenerse a temperatura de ebullición en las hornillas de sus equipos de cocina. A continuación repartiremos los envases.

En cada piso encontrarán unos contenedores de piedras y otros objetos contundentes. Observen que en el plano están marcados en rojo. Al entrar en sus respectivas habitaciones deben llevarse un acopio de los mismos y tenerlos disponibles para ser arrojados contra los atacantes en el caso de que no hayan podido repelerlos con el procedimiento anterior.

No tenemos armas de fuego suficientes para todos. Las existentes serán utilizadas exclusivamente por los encargados de seguridad y personal adiestrado. No intente usarlas si no tiene experticia en su manejo. Esta es una recomendación que no deben olvidar. En el caso de que se produzcan bajas entre los atacantes, inmediatamente deben retirarles las armas y consignarlas en la coordinación de armamento, la cual está ubicada en el bar y se encuentra señalada en el plano en color morado.

Como medidas generales, tan pronto se inicie el ataque comenzarán a sonar las alarmas y lo harán por tres veces consecutivas con pausas de un minuto. Luego se desactivarán para evitar que el ruido produzca mayor confusión. Simultáneamente las rejas automáticas aislarán las residencias del exterior, pero es necesario saber que pudieran no ser totalmente eficaces contra armas de gran potencia. Les señalo también que en cada piso hay un coordinador de emergencias, situado en el punto marcado en color azul. Identifiquen, por favor, el que les corresponde. Esa persona está preparada para actuar en cualquier caso en que se requiera su ayuda.

Por último, lo más importante: conserven en todo momento la calma. Y no olviden que estamos solos en esto.

Ulises, dijo Aspern, se retiró a su suite con la mujer que dijo siempre ser Eudora Welty y Walter. Cerraron la puerta, se abrazaron y procedieron a repartir las tareas. Walter se encargaría de las piedras, Ulises de los envases de aceite, y ella prepararía los pañuelos con vinagre. Estamos solos en esto, repitió Walter. Estamos solos, repitieron ellos también. Ulises guardó su pistola en el pantalón.

La ofensiva comenzó mediada la tarde. Primero escucharon los aviones, y desobedeciendo las instrucciones se asomaron a la ventana. F-16, señaló Walter. Los aviones estuvieron circundando el cielo por largo rato, al anochecer llegaron los tanques y camiones. Los tanques comenzaron a descargar sobre las edificaciones, pero aún se escuchaban lejos. Cuando sintieron que el ruido se aproximaba comprendieron que el ataque era inminente. Aquí están, dijo Ulises.

Después hubo un silencio y a partir de entonces ocurrieron las detonaciones. Los cristales de las ventanas estallaron, y considerando que era inútil permanecer por más tiempo iniciaron el descenso hacia la planta baja. Todos los pisos estaban llenos de cadáveres que yacían en el suelo, y los atacantes provistos de chalecos y máscaras antigases disparaban con armas cortas y arrojaban granadas y bombas tóxicas. Retrocedieron de nuevo porque era imposible cruzar la línea de fuego. Walter consideró que la única vía de escape era saltar por la ventana en el momento en que los atacantes se hubieran desplazado por completo al interior de las residencias y la calle quedara libre. Quizá ya no había tiempo pero era la última acción que podían intentar con una mínima posibilidad de éxito. Ulises propuso ir en primer lugar hasta el punto de coordinación de su piso y así lo hicieron. En el suelo estaba tirado el coordinador, al lado suyo había una pistola que Walter agarró. Decidieron entonces dirigirse al punto de auxilio médico, pero tampoco encontraron a nadie vivo. Una mujer se desangraba sobre la camilla y le pidió a Walter que la hiciera morir rápido. Walter disparó.

De nuevo en su habitación Ulises y Walter se sentaron en la cama

mirando hacia la puerta con las armas apuntadas. Mientras tanto ella vigilaba la calle desde la ventana. El humo de las bombas se hacía intolerable y penetraba por las ranuras de la puerta, de modo que siguiendo las instrucciones abrieron la ventana. Todavía no era posible saltar, había muchos grupos de atacantes afuera; sin embargo, observaron que se habían retirado los camiones y los tanques.

A una señal de la mujer que aún era Eudora Welty se dispusieron a salir. Lo hicieron y creyeron que estaban a salvo, pero inmediatamente sonaron los disparos. Ulises y Walter contraatacaron y lograron bajar a varios hasta que se les terminaron las balas. Entonces, simplemente corrimos, decía Aspern que le había dicho Ulises. Alcanzaron a Walter. No pudimos detenernos, era él o nosotros, y de todas maneras sabíamos que estaba muerto.

Luego supimos que los ataques se habían producido en toda la ciudad y que el sistema eléctrico había caído. Se produjo una intensa noche porque el cielo estaba nublado por el humo de los gases y las bombas. La gente despavorida aullaba por todas partes y nosotros también. No era necesario saber adónde nos dirigíamos, solamente seguir a los demás entre miles de cadáveres. El olor era insoportable y nos acometió la idea de matarnos juntos, pero ya no podíamos hacerlo porque estábamos desarmados. Era como debe ser el infierno, una noche oscura de vez en cuando iluminada por el fuego. Tropezábamos con otros y volvíamos a levantarnos. Entonces ocurrió la gran explosión. Vimos como la Gran Montaña se abría en medio de las llamas que iluminaron el firmamento. La Gran Montaña se desprendía a pedazos, bajaban inmensas rocas y árboles, y los ríos se desbordaron. El agua en torrentes caía sobre la ciudad, y mientras todo lo anegaba también sofocaba los incendios. Su sordo alarido de montaña herida se escuchó un largo rato.

Probablemente perdimos el conocimiento, en todo caso no recuerdo exactamente qué ocurrió después de la explosión, decía Aspern que había dicho Ulises. Quizás estábamos conscientes y no nos dábamos cuenta. La ciudad estaba completamente en tinieblas y solamente la alumbraban los bombardeos que estallaban como haces de resplandor; en esos momentos distinguíamos a nuestro alrededor sombras que eran también personas. Puede ser que estuvieran muertas, en algunos momentos nosotros también creímos haber muerto. La mujer que ya no sería Eudora Welty y yo no habíamos sido niños juntos, pero quizá seríamos cadáveres juntos. Yo la miraba y ella me miraba, y aun así no estábamos seguros de vernos. Ésa era la mayor angustia, pensar que en cualquier momento podríamos desvanecernos y dejar de vernos. Nos abrazamos muy estrechamente para que eso no ocurriera, estábamos decididos a que si nos desvanecíamos lo hiciéramos juntos. Fue, sin embargo, un tiempo

hermoso porque sabíamos que estaríamos juntos hasta que la muerte nos separe. La muerte tampoco podría separarnos porque moriríamos juntos. Dejamos de tener sed, al principio nos atormentaba pero luego desapareció. Tampoco sentíamos ya cansancio. Escuchábamos las explosiones, la montaña seguía explotando como si se deshiciera entera sobre la ciudad; algunas sombras que se cruzaron con nosotros decían que la ciudad ya no existía. Los perros salvajes habían invadido las ruinas y estaban devorando todo lo que encontraban, tanto los cuerpos muertos como los cuerpos vivos.

Entonces, decía Aspern que había finalizado Ulises su relato, me pareció que habíamos alcanzado el punto donde comenzaba la perimetral y seguimos la marcha durante horas sin mirar atrás. Cuando llegamos a la barrera del tren supe que, aun cuando nos faltaba un largo trecho, llegaríamos hasta aquí. La atmósfera comenzó a aclararse y por ráfagas sospechábamos el camino, los ojos se acostumbran a la oscuridad. Recordé que mi madre, en esas vacaciones que pasamos por última vez en Bahía de Piedras, estuvo enferma. No me quiero morir sin ver el fin del mundo, fueron sus palabras.

Vinieron en su huida, concluyó Aspern, y aquí descansaron unas horas. Dijo que ya no sería más Ulises Zero y tampoco la mujer, que ya no quería ser más Eudora Welty, sería Eudora Welty. Los vi desde la veranda por última vez, alejarse agotados entre los matorrales en dirección a la Ruysdaelkade. Conservaba la foto que había aparecido en su billetera cuando despertó en el Hotel Oasis y me la entregó. Puesto que no sé quiénes son, no los necesito. Pueden ser tanto míos como suyos. Eso dijo. Hubo una extraña luz en ese momento, una luz que no suele verse casi nunca. Un claro de luna lo llamaban los antiguos.